Los bailarines del fin del mundo

Ricardo Romero

Ricardo Romero nació en Paraná, Entre Ríos, en 1976. Es Licenciado en Letras Modernas por la Universidad Nacional de Córdoba y desde el 2002 vive en Buenos Aires. En el 2003 publicó su primera novela, ***Ninguna Parte***, y desde ese mismo año dirigió la revista de literatura ***Oliverio***. En el transcurso del 2006 publicó su primer libro de cuentos, ***Tantas noches como sean necesarias***. En el 2007 varios de sus cuentos fueron publicados en diversas antologías dedicadas a los nuevos narradores argentinos. Es uno de los integrantes del Quinteto de la Muerte y editor de Gárgola Ediciones, donde dirige la colección "Laura Palmer no ha muerto". La presente novela es la segunda entrega de la saga iniciada con ***El síndrome de Rasputín***, publicada en 2008 por **Negro Absoluto**.

Los bailarines del fin del mundo

Ricardo Romero

Los bailarines del fin del mundo

NEGRO ABSOLUTO

Romero, Ricardo
Los bailarines del fin del mundo. - 1a ed. - Buenos Aires: Aquilina, 2009.
240 p.; 20x12 cm. - (Negro absoluto)

ISBN 978-987-24900-2-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Negro Absoluto
Colección dirigida por Juan Sasturain

Foto de tapa: Ariel Sciuto

Diseño de tapa: Ariel Sciuto
mail@arielsciuto.com.ar

© 2009 Ricardo Romero
© 2009 Ediciones Aquilina SA
Reservados los derechos
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
ISBN: 978-987-24900-2-7
Impreso en Argentina

Ediciones Aquilina SA
Lambaré 1075 1º "C"
(1185) - Almagro - Buenos Aires
Tel/fax: (054-11) 4541-0072 / 011-1552617308
info@negroabsoluto.com
www.negroabsoluto.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida
en manera alguna ni por ningún medio,
ya sea eléctrico, químico, mecánico, de grabación o
de fotocopia, sin permiso previo del editor.

BAJAR ES LO PEOR

Lo que se viene es **Los bailarines del fin del mundo**, *una novela negra de aventuras, si cabe. De aventuras más o menos fantásticas o por venir. Algo así, saludablemente inclasificable. La clasificación no es el problema. No hay ningún problema, en realidad. Hay que dejarse ir, tomarse el buque imaginario y empezar a andar por arriba y por debajo de la Buenos Aires que parece –todo hace parecer– que se nos viene. Por algo todo sucede/sucederá, como en* **El Eternauta**, *para que alguien diga o piense al final: ¿será posible?*

Los lectores que tuvo y tiene **El síndrome de Rasputín** *–la novela anterior de Ricardo Romero, publicada en esta misma colección– se darán el gustazo de reencontrarse con el amistoso terceto protagonista que debutó con ella: los increíbles Abelev, Muishkin y Maglier, los muchachos más o menos pendejos o veteranos marcados por el síndrome de Tourette, los íntegros amigos rengos de cuerpo y alma que lidian con sus síntomas mientras empujan la acción aventurera o son llevados tormentosa, solidariamente por ella hasta donde sea.*

Esta vez, la peripecia arrancará con las historias particulares (hacia atrás para coser con la aventura anterior, hacia adelante en la fundación del nuevo relato) de cada uno de los tres, sus fantasmas privados. Primero que nadie Maglier –el disparador esta vez– y la revelación de una tradición familiar de tenebrosos ajusticiadores que le vie-

ne a pedir cuentas; después Muishkin y sus rubios gemelos muertos y mal enterrados que lo siguen/seguirán a todas partes, incluso hasta el sangriento final; finalmente Abelev y la convalecencia prolongada que no lo dejará zafar de la silla pero tampoco del ataque de un amor ultrarromántico, excesivo e invasor que lo convertirá en héroe sobre ruedas.

De ahí, juntos y separados luego para confluir, protagonizarán una aventura que transita en el sentido de los grandes relatos ejemplares: partir, cada uno con su foto, en busca de la esquiva María Huidobro es tarea asimilable al rescate de la Princesa perdida, arrebatada y llevada a los Abismos. El relato mítico incrustado en la circunstancia cotidiana tiene consabidos antecedentes. No tanto las Princesas raptadas, pero sí los descensos a los Infiernos porteños entre alusiones a Lovecraft y al Dante. Alejandro Vidal Olmos dejó un informe sobre ciegos pegado con cinta scotch en una novela enfática con héroes y tumbas; la paródica Cacodelphia marechaliana –adosada al Adán con arbitraria necesidad satírica– sigue haciendo reír por no llorar. No éste es el caso.

Los muchachos se mandan hacia Abajo –a lo Verne, hacia el danzante CentrodelaTierra (sic)– por dos bocas, San Telmo y Primera Junta, guiados por perversos o torpes guías –el siniestro Santolaya, "el hombre más amable del mundo", y el atropellado Murciélago Rojo– y desembarcan, desembocan, descienden en el más puro folletín con Profesor loco incluido y tiros y experimentos y jeringas y guardias y enfermeros, pero también terminan chapoteando, antes de emerger, en la perturbadora alegoría: este horror de muertos vivos es lo que queda/quedará de la Fiesta.

Pasen, pasen... La aventura continúa.

Juan Sasturain

A mis viejos y a mi hermano Leandro,
mi orquesta favorita.

A mis dos pies izquierdos.

"Welcome to the human race."
Snake Plissken
escena final de *Escape de Los Ángeles*,
John Carpenter, 1996.

I

Balada del árbol del ahorcado

1. Todos los lugares son Dinamarca

Aunque el corazón acelerado de Gaspar Maglier pronosticaba que algo iba a alterar la calma de la madrugada, la bicicleta no dijo nada. Apenas, sí, dejó que sus caños brillaran en la noche un poco más, como huesos en la llanura, anunciando lo que estaba por venir. Luces malas entre el titilar de los edificios envueltos en la niebla que subía de las dársenas. Pero Maglier no estaba para sutilezas y augurios silenciosos. Levantó las cejas, estiró el cuello, abrió grandes los ojos para alentarla, pero otra vez no. Otro presentimiento que se le atravesaba en la garganta, que le hormigueaba en el pecho y estallaba como una pompa de jabón para dejarlo sin nada. Blup. Así hacían los presentimientos muertos.

Maglier suspiró resignado. Presentir, vislumbrar, intuir, conjeturar una y otra vez vaguedades y pronósticos oscuros. Era un tic desgastante, descorazonador. No porque los presentimientos no se cumplieran sino porque cuando se cumplían nunca estaban a la altura de la intensidad que los había anticipado. Maglier presentía en sus largas vigilias que algo estaba por cambiar, y entonces se largaba a llover una vez más, los semáforos dejaban de alternar entre el verde y el rojo para co-

menzar a parpadear en amarillo, pasaba un avión, un punto minúsculo en el cielo nocturno, o sonaba algún teléfono en alguna oficina vacía y para nadie. Esas cosas. Esas tristes cosas que pasan desapercibidas para la mayoría porque estar atentos a esos detalles podría enfermarnos de melancolía y de miedo. Pero a Maglier su Tourette lo volvía crónicamente inmune. Hacía varias noches que tenía la sospecha taquicárdica de que algo se avecinaba, y los dueños de todas esas sospechas eran la bicicleta y su silencio. La miraba, la contemplaba, la acechaba sabiendo que había un momento preciso en la madrugada en que era posible que ella se decidiera a dar el salto. Y ese momento había llegado y pasado de largo una vez más.

De pie detrás de la puerta de entrada del edificio de Puerto Madero que custodiaba, Maglier miró el reloj. Entre las cuatro y veintidós y las cuatro y veintisiete, documentó. El momento más frío de la madrugada, al menos en esa noche. Volvió la mirada sobre su bicicleta, apoyada afuera sobre una de las columnas de ladrillos vistos del sobretecho del edificio. Detrás de ella se veía la dársena desolada, el agua oscura reflejando las luces de la ciudad, los esqueletos enormes de las grúas inclinados sobre el agua pero sin alcanzarla, sedientos en su inmovilidad. En esa fracción de la madrugada Maglier sentía que las luces se intensificaban y se achicaban, que las ventanas alineadas de la Universidad Católica del otro lado del río se volvían más oscuras, que los ruidos de las avenidas cercanas se encapsulaban, se retorcían sobre sí mismos como si ellos también fueran capaces de sentir la crudeza. Pero ocurrían otras

cosas también. Los bancos de plaza, los semáforos, los tachos de basura, cobraban vida por un rato. Un silencio vivo lo invadía todo, chispeaba y luego desaparecía. Cuando ese momento pasaba, todos tenían lo suyo. Los bancos de plaza, los semáforos y los tachos de basura volvían a apagarse con su breve memoria y cada persona despierta podía encontrar en su pecho su porción de desconcierto.

Eran ya las cuatro y media, el momento había pasado y la bicicleta ni mu. Durante las últimas dos semanas, después de los sucesos desencadenados por el atentado contra Abelev, Maglier había recuperado ese viejo tic de presentir. Lo que él había pasado más de treinta años intentando adormecer, se había despertado en pocos días, y ahora se sentía incómodo en todas partes. Pero ni todos los presentimientos de su vida amontonados uno sobre otro lo habrían preparado para la aparición de la mujer. Y desde esa noche y para siempre la mudez de las bicicletas sería para Maglier un gesto de complicidad, la advertencia de que mientras ellas no se decidieran a hablar, nunca estaría todo dicho.

Así estaban las cosas cuando la mujer apareció. Morocha, alta, caminaba erguida sobre tacos largos y filosos, sorteando con una desganada elegancia las irregularidades de los adoquines. Llevaba una mano dentro de uno de los bolsillos del piloto, y con la otra, grande y delicada, acariciaba al pasar la baranda junto al río.

Al principio Maglier le dedicó una mirada única: midió su belleza y su inaccesibilidad. La miró como quien mira pasar los trenes. Pero cuando la mujer de-

tuvo su paso encaminándose en dirección a la puerta del edificio, se alarmó. Aunque estaba del otro lado del vidrio polarizado y era muy difícil que ella lo viera, Maglier se sintió descubierto. La mujer se detuvo muy cerca del cristal y ahí se quedó. No parecía consciente de que estaba frente a una puerta y de que del otro lado podía haber alguien observándola. Para ella era un espejo. Se miró un largo rato, de frente. Parecía buscar algo en su cara, en su pose, y Maglier se sintió atrapado en su búsqueda, como si el reflejo de la mujer, de alguna extraña manera, fuera él. Estaba inmovilizado, encandilado por esa posibilidad.

Sólo cuando la mujer dejó de mirarse y le dio la espalda, Maglier salió de su estupor. La vio alejarse unos metros y detenerse frente a su bicicleta. Con su mano larga y fina comenzó a acariciar el asiento.

–No toque mi bicicleta –murmuró.

Era imposible que la mujer lo hubiese escuchado y, sin embargo, esperó que dejara de hacerlo. Pero la mujer siguió acariciando. Antes de darse cuenta Maglier estaba abriendo la puerta.

–No haga eso.

La mujer no se detuvo, acarició el asiento con gestos más lentos, como remarcando, despidiéndose o desafiándolo. Después lo enfrentó:

–¿No debería tenerla encadenada para que no se la roben?

Maglier evitó su mirada y se acercó a la bicicleta para constatar que no había sido dañada. En voz baja le dijo "tranquila, tranquila". El perfume de la mujer se le había metido por la nariz y por la boca, y un cos-

quilleo le recorrió el bajo vientre. Olía a algo picante, sabía a algo cítrico.

–Claro... no es necesario. Usted no cuida el edificio, cuida la bicicleta, y todo el edificio está acá para que la bicicleta pueda apoyarse en la columna.

La ironía de la mujer tenía matices dulces que se perdían en la indiferencia. Maglier permaneció callado. Deseaba y al mismo tiempo temía saber qué era lo que buscaba. Pensó en Sara, la prostituta telefónica con la que hacía meses intercambiaba mentiras desde que el teléfono había sonado y él había elegido caer en la trampa hasta que ella cayó también, y entonces el piloto de avión que era Maglier le compraba pequeños obsequios en diferentes partes del mundo que nunca le iba a dar. Pero no. No la hacía tomándose el trabajo de dejar de lado el amparo de la invisibilidad para averiguar quién era él realmente, a qué se dedicaba y en dónde.

La mujer volvió a tomar la iniciativa.

–¿Está armado?

–No –mintió Maglier, pero no pudo evitar palpar el arma.

–Debería estarlo. Vienen días difíciles para usted.

Maglier callaba. Sólo atinó a palpar otra vez el revólver entre sus ropas.

Ella sonrió, meneó la cabeza, resignada, se acercó un poco más y esperó. Era morocha, sí, y debía tener más o menos su edad, aunque no lo aparentaba. Sus ojos eran grandes y oscuros, su boca amplia y curva. Se dejaba observar, paciente, y Maglier tuvo una lenta erección. Tardó en darse cuenta de que lo que esa mujer quería era que la reconociera.

–Te la voy a hacer más fácil –dijo finalmente ella. Se abrió el piloto y se subió el resto de la ropa, hasta dejar al desnudo unas tetas maduras pero aún firmes–. ¿Y ahora sabés quién soy, perro?

A pesar de la expresión, seguía habiendo dulzura en su voz. Una dulzura que quemaba.

Bajo la penumbra del sobretecho, apenas iluminados por los faroles de la explanada junto a la dársena, Maglier vio y reconoció las cicatrices. Mordidas de rata, pellizcos pares, alfilerazos pequeños y simétricos, antiguas llagas redondas como el espanto, un mapa de laceraciones con las que él había dibujado, uniendo los puntos, la forma geométrica, limpia y muda que resumía su pasado. ¿Cuántas veces había trazado ese dibujo a lo largo de los años, con biromes anémicas, con llaves torpes, sobre todo tipo de superficies? Olvidar tiene su precio, y él había sentido que desde su juventud había partes de su cuerpo que habían muerto, músculos y nervios atrofiados. Pero ahora ella estaba ahí y todo volvía dolorosamente a la vida, una comparsa de tics imperceptibles que lo vapuleaban. Maglier había lavado ese cuerpo, le había dado de comer y de beber, le había pedido perdón. Levantó la mano lentamente y con el dedo índice, rozándole apenas la piel, rehizo el viejo trazado. Ella lo dejó hacer, respirando agitada. Maglier fue uniendo los puntos, podría haberlo hecho incluso con los ojos cerrados. El pulso sólo le tembló al principio y en la recta final, al cerrar la figura uniendo las últimas dos heridas. Cuando terminó, se sintió vacío, y se sorprendió de que ella aún estuviera ahí. Una vez finalizado

el recorrido, no podía imaginarse qué otra cosa podía estar buscando.

Media hora más tarde, Maglier se encontraba solo en el último piso del edificio, frente a los ventanales que daban hacia las dársenas. Había visto a la mujer cruzar el puente, pasar por debajo de las grúas, perderse del otro lado, en la ciudad, mientras la niebla la devoraba lentamente. Y la ciudad también era devorada por la niebla que ahora bajaba de la oscuridad agitada del cielo, envolviendo los edificios altos. Ya no había presentimientos sombríos sino certezas inaplazables que la mujer había traído del pasado. Mirando los lentos vaivenes de la bruma, Maglier pensó en la palabra "mortaja" y después en la palabra "glamour", y las dijo. Parecía que estaba por amanecer, que en algún momento se notaría una claridad, pero él sabía que aún faltaba bastante. Era invierno. Todo se volvería más negro todavía, más frío. El amanecer esperaría a que ya nadie lo esperase para dignarse a suceder. Maglier guardó el papelito que la mujer le había dado con su teléfono y sacó del mismo bolsillo a su ahora solitaria piedrita. Yorick. La puso en la palma de la mano a la altura de sus ojos. La piedrita, lisa y opacada por el manoseo, dijo entonces lo que tenía para decir.

2. Tres son muchedumbre (que no es lo mismo que multitud)

Esta vez no les haría caso. No dejaría que lo guiaran toda la noche por el laberinto de casas derrumbadas de Constitución, para perderse una vez más en los amagues de la niebla sin encontrar lo que buscaba. Los dejaría hablando solos mientras él se lanzaba decidido entre las calles desoladas sorteando todo tipo de sombras, apenas iluminado de a ratos por el resplandor de las esporádicas hogueras sobre las que los habitantes del barrio se inclinaban pensativos. No tendría miedo, no se dejaría ganar por la ansiedad. Él solo sabría encontrar el lugar donde los había enterrado.

–Es por allá.

–No, por allá.

–Estás perdido otra vez. Te digo que es por allá.

–No, es para la derecha.

–Vos querés ir para la derecha porque estás del lado derecho, si estuvieras de mi lado seguro dirías que es para la izquierda.

Muishkin, escoltado por los fantasmas de los gemelos rubios, caminaba y guardaba silencio. Ya había dejado de preguntarse si realmente eran fantasmas o una alucinación suya. Ni ellos lo sabían y tampoco parecía interesarles demasiado. En las últimas semanas,

en su trato con ellos, Muishkin había descubierto sólo dos cosas: que él era el único que los veía y que los gemelos estaban sistemáticamente en desacuerdo. El del piedrazo en la frente era el más huraño de los dos y estaba siempre a su derecha. El otro siempre aparecía a su izquierda.

–Lo mismo digo –dijo el del piedrazo.

–Vos no decís lo mismo, vos repetís como un loro. Siempre igual –y dirigiéndose a Muishkin, el gemelo de la izquierda insistió–: No sabés lo que es vivir así. Es como llevar un eco gruñón a todas partes. Hasta cuando se ríe, gruñe. Y no se ríe si yo no me reí antes.

–Sí me río.

–No, no te reís... A ver, reíte, dale.

–No me puedo reír así nomás, de la nada. Menos si me presionás.

–Entonces te cuento un chiste...

–No sabés contar chistes. No tenés gracia.

Muishkin se detuvo en medio de la calle. Miró a uno y luego a otro. En la oscuridad, los gemelos parecían más reales, más corpóreos. La luz los difuminaba.

–Cuento yo. Primer acto: un teléfono sangrando. Segundo acto: un teléfono sangrando. Tercer acto: un teléfono sangrando. ¿Cómo se llama la obra?

–...

–...

–"Se cortó la llamada".

Los gemelos se miraron, serios, sin reírse. Uno de ellos movió la cabeza en señal de negación. Al menos se habían callado por un rato. Parecieron ponerse tris-

tes de pronto, meditabundos, y Muishkin volvió a pensar en lo raro que reaccionaban los muertos.

–Por acá –dijo, y los gemelos lo siguieron sin protestar.

Hacía varias cuadras que caminaban por lo que había sido la avenida San Juan, flanqueados por los esqueletos de los autos que el fuego había encontrado estacionados. Algunos eran sólo fierros retorcidos, criaturas increíbles y petrificadas clamando al cielo nocturno, pero la mayoría conservaba la carrocería, eran habitables. Al paso de Muishkin los resortes crujían cuando los que estaban despiertos se erguían sobre los asientos chamuscados. Lo miraban pasar con desconfianza, y alguno incluso dejaba escapar una amenaza incomprensible. ¿Estarían viéndolo sólo a él o también a los gemelos?

–Pobre gente –dijo el gemelo de la izquierda–. Este barrio me deprime...

–Cómo no te va a deprimir si estamos enterrados acá.

–No es eso... es... Hay gente por todas partes... Está deshabitado y lleno de gente al mismo tiempo.

Muishkin se mordió el labio inferior para no participar de la conversación. Miraba los edificios en las esquinas intentando ubicarse pero no encontraba un punto de referencia. Había actuado como un sonámbulo. La primera noche después de la desaparición del gigante ruso y la resolución del caso de los hermanos Zucker, había vuelto a la habitación a donde habían abandonado los cuerpos. Ahí estaban, tirados sobre las colchonetas mugrientas en donde los había dejado.

Sólo que ahora estaban desnudos. Les habían robado las ropas dejándolos en calzoncillos. Muishkin no recordaba cómo había hecho para trasladar los cadáveres, con qué había cavado. Al volver al departamento se había acostado a dormir vestido y embarrado, y Abelev y Maglier habían evitado preguntar. Al mediodía, cuando despertó, se encontró con los gemelos, sentados uno de cada lado a los pies de la cama. Estaban en calzoncillos, tal cual los había encontrado. El gemelo del piedrazo tenía un sleep rojo, el otro uno negro algo desteñido, y ahora eso también le servía para diferenciarlos. Lo bueno es que no tenían los cortes en el cuello, era como si se los hubiesen robado como parte de sus vestimentas. "Se entiende. Hay que ver las cosas que la gente usa para sacarse el frío", le había dicho Abelev, cuando se lo comentó. Él al principio no había entendido ese comentario, pero después de pensarlo y repensarlo, había llegado a la conclusión de que bien podía ser cierto. Los tajos servían para sacarse el frío cuando el frío venía por dentro.

–No es que me moleste caminar pero, ¿vamos a seguir así toda la noche? –preguntó el gemelo de la izquierda.

–¿Tenés otra cosa que hacer? –se adelantó el gemelo del piedrazo, burlón.

–Creo que esta vez me ubiqué –dijo Muishkin, ignorándolos.

Se habían detenido en un cruce de calles. En una de las esquinas sobresalía un edificio de cinco pisos tan derruido como los otros pero que tenía, en el frente del último piso que aún conservaba su viejo color marfil,

una figura hecha con aerosol azul. El dibujo brillaba en la noche, ganándole a la niebla. Era un hombrecito de gran tamaño hecho con líneas, como los que dibujan los chicos cuando juegan al ahorcado. Un hombrecito de cabeza redonda y sin rasgos, y cinco rayas para el tronco, los brazos y las piernas. Muishkin entonces recordó la noche del entierro. Al verlo se había preguntado cómo habían hecho para dibujar a esa altura, y ahora se preguntaba lo mismo. El hombrecito permanecía impasible. Entonces Muishkin, aquella noche y ésta, sintió la necesidad de bautizarlo.

–Es por acá. Estamos cerca –dijo, evitando empezar a recorrer nombres posibles, porque sabía que podía pasarse el resto de la noche haciéndolo. Y ahora, estando tan cerca de encontrar las tumbas, no podía distraerse.

–Ese dibujo me recuerda a alguien... –dijo el gemelo de la izquierda, que parecía el más permeable de los dos a las motivaciones del mundo que habían abandonado.

Se desviaron por una calle angosta, y durante las siguientes tres cuadras Muishkin fue murmurando todos los nombres que se le vinieron a la cabeza. Los gemelos de vez en cuando tiraban uno.

–Evaristo –probó el gemelo de la izquierda.

–Mejor José. Ese nombre ya no lo usa nadie –dijo su hermano.

–Justamente por eso es mejor. José hay muchos, Evaristos no.

–Eso no lo hace mejor nombre.

–¿Y qué es un buen nombre entonces?

–Shhhhhhh... –los hizo callar Muishkin, deteniéndose en el centro de la calle. El aire traía rumores cercanos. Con gestos les señaló hacia la izquierda, detrás de dos árboles que aunque dañados habían sobrevivido al incendio y crecían negros y frondosos.

Muishkin subió a la vereda y los hermanos lo siguieron.

Habían llegado al descampado, un enorme baldío en el que bajo el extraño fulgor de la niebla, que por momentos parecía luz y por momentos oscuridad, pudieron ver sombras inquietas moviéndose entre los pastizales cubiertos de basura. Eran perros, perros que giraban en círculos alrededor de algo, y gemían. Muishkin en seguida supo lo que estaba pasando.

–Pedro –dijo–. Piedras.

Junto varias del suelo y sacó la gomera. Las primeras que lanzó hicieron que los perros ladraran, tirándose tarascones entre ellos. Estaban confundidos. Pero no tardaron mucho en localizar de dónde venía la agresión. Por un momento se callaron y se amontonaron, volviéndose una sola sombra. En el mismo silencio volvieron a disgregarse. Muishkin redobló su bombardeó, pero eran muchos, y se acercaban. Cuando ya estaba considerando seriamente la posibilidad de retroceder y treparse a uno de los árboles, uno de los perros aulló. Sus compañeros no tardaron en responderle. Cada vez eran más aullidos, y desde la lejanía otros perros también se sumaron. Incluso los gemelos aullaron. Algo los detenía, y Muishkin notó el miedo. No le gustaba que le tuvieran miedo. Los aullidos pronto se transformaron en gemidos. Los perros retrocedieron y se disper-

saron entre las sombras mientras los gemelos miraban todo con angustia creciente.

–Hijos de puta. Nos estaban comiendo... –dijo el gemelo de la izquierda.

El gemelo del piedrazo no dijo nada. Se tocaba la cicatriz de la frente.

Cuando la jauría se perdió entre la maleza y pudieron escuchar los aullidos lastimeros que se alejaban por las calles, se acercaron. Sobre la tierra revuelta y pisoteada, se veía un brazo desenterrado. Un brazo pálido y flaco que los perros no habían llegado a desgarrar. Los tres permanecieron un largo rato en silencio. Finalmente habló el gemelo del piedrazo.

–Es tu brazo.

El otro tardó en contestar.

–No, es el tuyo.

Se miraron los brazos, primeros los propios, luego los del otro.

–Tenés razón, es el mío.

–No, es el mío.

Muishkin, mientras tanto, se adelantó, se arrodilló junto al brazo y volvió a enterrarlo. Los gemelos lo dejaron hacer. Después buscó piedras grandes y escombros para tapar las tumbas. Estuvo yendo y viniendo en la oscuridad por un largo rato.

Estaba terminando, cansado y sucio, cuando la luna se asomó entre las nubes. Una luminosidad hechizada mostró los contornos del baldío y los gemelos parecieron desvanecerse. Muishkin por un instante pensó que desaparecerían, y ante la súbita congoja pensó que los vivos también actuaban de manera extraña. Luego las

nubes volvieron a cerrarse. Todo se oscureció y mientras el descampado se hundía en las sombras los vio resurgir. Ahí estaban y seguirían estando, quietos y en calzoncillos, flacos y fosforescentes como dos hombrecitos dibujados con aerosol sobre la niebla.

3. Cartografías

Sentado en su flamante silla de ruedas, con los ojos cerrados, inmóvil en el centro de la habitación en penumbras, Lucas Abelev enumeraba los objetos que lo rodeaban. Los nombraba en voz baja, casi como en secreto, como si estuviera rezando, y de alguna manera eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Los primeros días la novedad de vivir con sus compañeros había sido suficiente. Estaba entusiasmado. Pero ya al cuarto día comenzó a costarle dormir. Abelev, entonces, primero despacio y luego de repente, mientras observaba el techo del cuarto que le había tocado en suerte, se fue dando cuenta de que era la primera vez que vivía en otro lugar que no fuera la casa de sus padres. Este descubrimiento le alcanzó para desvelarse por varios días seguidos. ¿Cómo era posible? ¿Cómo no se había dado cuenta antes del enorme cambio que había hecho en su vida? Era inaudito, el viejo orden de las cosas se había trastocado y lo había dejado en territorio desconocido. Tenía miedo de hablar porque las palabras resonaban diferentes, y entonces tal vez eran otras, ya ni siquiera podía hablar como sabía. Tenía miedo de moverse porque ya no sabría cómo volver al mismo sitio.

Pero Abelev no era un hombre de amedrentarse fácil. O sí, pero estar amedrentado no lo amedrentaba.

Tenía que apropiarse del lugar, reemplazar el escenario único en el que había pasado su infancia y su adolescencia. Porque así había sido para él más que para nadie. Su infancia y su adolescencia habían pasado en ese departamento de Once, más precisamente en su cuarto, y no en otro lado. Podía recordar con los ojos cerrados no sólo la disposición de los muebles sino también cómo se veían en las diferentes horas del día. La sombra de la silla en la que su padre se sentaba para cenar daba al atardecer sobre un sector de la alfombra que él evitaba pisar, aun cuando la sombra no estaba ahí. Las frutas artificiales del centro de mesa, dependiendo de la hora y de la luz que entrara por la ventana o estuviera encendida, se acercaban peligrosamente a la apariencia de las frutas reales, y entonces él tenía que cerrar los ojos con fuerza para no darles un mordiscón. Eso hacía que a las diez de la mañana, cuando el sol oblicuo tenía la altura necesaria para sortear los edificios cercanos y filtrarse, él sólo se animara a incursionar en el living si tenía los anteojos de sol puestos, lo que misteriosamente hacía que su madre lagrimeara por un rato. Vaya uno a saber lo que la peregrina melancolía de su madre suponía de esos anteojos negros.

Por eso ahora memorizaba el desorden del living, que después de quince días ya dejaba de ser el desorden provisorio de una mudanza triple, para ser el orden establecido por los días y el uso. Libros sobre libros, cajas sobre cajas, muebles en rincones creados por otros muebles. El único espacio que no habían modificado

era el de los sillones frente a la pantalla. Todo lo demás era un caos prolijo de tres tourétticos obsesivos que movían las cosas de un lado a otro como en una partida de ajedrez. Lo más fácil había sido el reparto de las piezas. El único que se animó a instalarse en la que habían muerto los gemelos fue Maglier. Abelev había elegido la que estaba vacía, y Muishkin se había entusiasmado con una pieza improvisada con paredes de telgopor y caños plásticos detrás de la pantalla, que tomaba parte de la gran ventana del living. Le gustaba que las paredes fueran tan poco paredes. Pero la razón principal había sido esa porción de ventana. Desde ahí, sin necesidad de levantarse de la cama, podía ver con sus largavistas a la muchacha que todas las mañanas subía a colgar la ropa en la única casa intacta de las manzanas quemadas. Era verla por un largo rato y empezar el día.

Pero aún era de noche y Abelev se encontraba solo en el departamento, conjurando los objetos con su memoria, tocándolos con palabras apenas susurradas.

Ya habían pasado unas cuantas horas cuando decidió tomarse un descanso. Sorteando muebles se dirigió a la cocina y abrió la heladera. Estaba llena. Llena como nunca había visto una heladera. A los tres les gustaba ir y mirar esa heladera llena, y le sonreían. Pero esta vez Abelev no quería sonreírle. Sólo quería una manzana verde. Las manzanas verdes eran para la noche y las rojas para el día. Cuando vivía en casa de sus padres nunca se había planteado algo así, pero desde que se había mudado le resultaba natural tomar determinaciones de ese tipo. Ahora tenía que ser más ordenado, más res-

ponsable. Volvió al living y se ubicó nuevamente en el centro. Mientras comía la manzana cerró los ojos para hacer un ejercicio liviano. Repasar el catálogo de las manchas de humedad del techo. Era demasiado fácil. Días atrás ése había sido un ejercicio válido, pero ahora necesitaba nuevos desafíos. Enumerar el orden de los discos de Muishkin o el de sus libros. Nombrar las cientos de chucherías baratas e inservibles que Maglier había dispuesto en un estante, sin explicar procedencia o función. Pero una vez que terminó con las manchas de humedad, no pudo realizar ninguna prueba más. La manzana lo había desconcentrado.

Volvió a su cuarto. Ahí de alguna manera los cambios no eran tantos. Había dispuesto las cosas como las tenía en su antigua casa. Las paredes empapeladas de posters de películas. *Martes 13* parte IV, V y VI, *Pesadilla* I y III, *Freddy vs. Jason*, *Freaks*, *Lost Highway*, *El cuervo*, *Metrópolis*, *Escape de Los Ángeles*, *Donnie Darko*, *Stalker*, *Dark City*. A los pies de la cama, contra la pared opuesta, ubicó su computadora, y sobre ella sus libros y su colección de películas pirateadas. Igual que en su habitación de Once, le había dedicado un estante entero a sus muñecos de Robotech y al del dios egipcio Anubis, con los que hablaba secretamente, aunque sus conversaciones no eran profundas y versaban sobre asuntos como el clima, si llovería o no, si se tendría que abrigar al salir o llevar un pulóver liviano para cuando anocheciera.

Encendió el velador y pasó de la silla de ruedas a la cama. Tomó el libro que tenía sobre la mesa de luz y se dispuso a leer. Había sido un gran descubrimiento,

ese libro. Pero no le hablaría de él a sus compañeros hasta que no lo terminara. *Huérfanos de Brooklyn*. Era como si alguien, del otro lado del mundo, supiera de sus existencias y les hubiese mandado un mensaje. Pero a pesar de lo mucho que le gustaba no pudo leer más de media página. La manzana, otra vez. La había dejado también sobre la mesa de luz para poder maniobrar con las manos libres al acostarse. Ahí estaba, comida a medias. Abelev ya no quería más manzana, pero no podía dejarla así. Tenía que terminarla. Esa era otra de las cosas que había cambiado. Ahora tenía que comer lo que le sirvieran o lo que él mismo tomara, hasta no dejar nada. Eso era parte de sus nuevas responsabilidades. Antes, a pesar de que comía mucho, siempre dejaba un bocado en el plato, y su padre rabiaba. "¡Pero es sólo un bocado más!", se escandalizaba. "¡Comete eso te digo!", intentaba obligarlo. Al fin, su madre salvadora siempre retiraba el plato antes, zanjando la cuestión. El padre entonces despotricaba sobre el hambre en el mundo, como si ese bocado único, o la suma de esos bocados únicos, inclinaran la balanza hacia uno u otro lado. Abelev siempre había odiado a su padre en esos momentos, y aún lo hacía. Porque una cosa era madurar y volverse responsable y ya no poder dejar un bocado en el plato, como cuando uno es chico, y otra cosa es querer obligar a los demás. Suspirando entonces dejó el libro y tomó la manzana. Dio un mordisco y luego otro, y cuando estaba por dar el tercero, se largó a llorar. Y mientras lloraba comió el resto de la manzana. Y después siguió llorando. Sacó del cajón de la mesita de luz los anteojos negros, se los puso y si-

guió llorando. Jamás se lo hubiese imaginado, pero era cierto. Era una verdad incontestable. Abelev extrañaba a su madre. La extrañaba no como un chico que quiere volver a sus brazos sino como un adulto que ha perdido el camino hacia ella. Algo así le había pasado con los juguetes a muy temprana edad, a los siete u ocho años. Algo se había perdido y no sabía cómo volver a ellos, aunque los tenía frente a él. Ahora pasaba con su madre. No podía encontrarla con el sentimiento que la encontraba siempre. Él también había cambiado, y tendría que descubrir en qué lugar se hallaba ahora. Era una especie de traición. ¿Cómo había sido capaz de dejar de ser el que era, así nomás, sin previo aviso? Se miraba las manos y casi casi se sentía intimidado por ellas. Tenía ganas de salir corriendo, pero sus piernas aún no estaban listas. No le quedaba otra que mirar sus manos.

–Eso te pasa por mirar tantas películas de terror.

Abelev se sobresaltó. No lo había escuchado entrar. Maglier lo miraba desde la puerta de la habitación, todavía con el sobretodo puesto.

–¿Qué cosa?

–Eso. Lo que sea que te esté pasando, seguro te pasa por mirar tantas películas de terror.

"Soy el joven manos de tijera", pensó en decir Abelev, pero Maglier no lo entendería y no tenía ganas de explicárselo. Además, había algo extraño en él. Había llegado más temprano que de costumbre, y parecía preocupado.

–¿Y a vos por qué te pasa lo que te pasa? –preguntó.

Maglier tardó en responder.

–Porque no entiendo a las bicicletas –dijo. Hizo una pausa, amagó a irse y se quedó–. Tengo que contarte algo –dijo finalmente.

Para cuando Maglier terminó su relato, una claridad gris había invadido el living y se apoyaba sobre sus espaldas. Puntual como siempre, el amanecer llegaba cuando ya nadie lo esperaba y cuando la oscuridad hubiese sido más conveniente.

4. El abrazo de la Doncella de Hierro (genealogía I)

Nueve años tenía Gaspar Maglier cuando su abuelo lo sentó frente a esos brillantes objetos que tantas veces había visto en las manos de sus familiares varones. Pero en ese momento fue distinto. Una cosa era ver esos objetos en las manos de su abuelo, en las de su padre o en las de sus tíos, y otra muy distinta era verlos sobre la mesa, resplandecientes y llenos de puntas filosas y curvas siniestras por todas partes. En las manos de alguien eran armas, instrumentos entre letales y quirúrgicos. Ahí sobre la mesa eran animales increíbles, criaturas que daban risa y miedo, que quería tocar y que al mismo tiempo le hacían esconder las manos en la espalda.

–Alguna vez fuimos franceses. Alguna vez tuvimos honor –había dicho su abuelo, inclinado para poder mirarlo a los ojos, una mano apoyada sobre su hombro.

Maglier entonces se distendió un poco sabiendo que no había hecho nada malo, que no estaba ahí por eso sino porque su abuelo había estado otra vez pensando demasiado, y ahora quería hablar de los viejos tiempos que ni siquiera eran viejos. Eran otros, porque ningún Maglier vivo los había vivido. Los tiempos de la Le-

gión Extranjera, los tiempos en que algunos Maglier de número impreciso habían deambulado por África, principalmente por Madagascar a fines del siglo XIX, feroces y honorables bajo el sol.

–Ahora, Gaspar, sólo nos queda esto. Somos instrumentos de instrumentos. Es la única pureza que nos queda. El mundo está loco, la gente se mata por razones políticas o religiosas que nadie entiende. Nosotros no tenemos razones, Gaspar. Tenemos esto –dijo su abuelo, levantando de la mesa una de las herramientas.

El pulso le temblaba por la emoción, y porque ya no tenía fuerzas suficientes como para levantarla con una sola mano.

–¿Sabés para que sirve esto, Gaspar?

Maglier negó con la cabeza.

–Sirve para lastimar. Para que la gente diga lo que no quiere decir, lo que quiere esconder. Y esconder, Gaspar, enferma. Este mundo está enfermo porque la gente esconde. Y cuando la gente esconde se producen los malentendidos. Y por eso la gente se mata. Mejor un mundo lastimado, Gaspar, que un mundo enfermo.

Maglier asintió con la cabeza.

Lo que siguió fue el relato de las aventuras del padre de su abuelo, el bisabuelo Ludovic, que peleó contra la reina Ranavalona III en 1895, en Madagascar. Maglier ya había escuchado esta historia infinidad de veces, pero era la primera vez que se la contaban a él y sólo a él. Siempre había sido parte de un diálogo entre los hombres de la familia, pero ahora los ojos negros y acuosos de su abuelo, sus palabras sentenciosas, eran únicamente suyas. Y a través de esos ojos, y de esas pa-

labras, Maglier entró en conocimiento de los secretos familiares.

Su bisabuelo Ludovic había sido miembro de la Legión Extranjera, primero en Argelia y luego en Madagascar. Ésa era la historia que ya sabía. Lo que no sabía era por qué había terminado bajo los soles africanos quemándose el cuerpo y el alma en guerras tan sangrientas que terminaron por cambiarle el color de la piel (ésa era la explicación que le daba el abuelo para que la figura rubicunda de las añejas fotos marciales en las que el bisabuelo Ludovic ostentaba su uniforme, hubiera devenido en los ojos negros, en la pelambre negra, en la piel cetrina del abuelo, y no la silenciada procedencia de la bisabuela que nunca figuraba en las fotos). Porque Ludovic no había sido el primer Maglier, era uno más en la cadena familiar, el eslabón que había tenido que huir, que pagar el precio más alto de todos. Por más de trescientos años los Maglier habían vivido en París cumpliendo un rol, perfeccionando un oficio. Habían sido verdugos. Por primera vez el niño Maglier escuchó la palabra "guillotina", y su lengua quedó trabada en la "ll" para siempre, la boca llenándosele de saliva. Oyó y memorizó expresiones como el Cepo, el Potro, la Pera, la Cigüeña, el Toro de Fálaris, las Garras de Gato, la Cuna de Judas, y confundió a La Doncella de Hierro con algún familiar lejano y querido. Maravillado y receloso comprendió que los instrumentos alineados sobre la mesa eran únicos y tenían nombres que sólo habían conocido sus predecesores. Eran inventos familiares. Ajenos a cualquier bando, los Maglier se habían desempeñado en el arte

de la tortura, en el rito del sacrificio y el castigo, hasta que el mundo moderno decidió que sus habilidades eran prácticas atroces. No innecesarias, sino atroces, y por lo tanto debían ser silenciadas. La mayoría de los verdugos habían aceptado pasar a la clandestinidad, pero no Ludovic Maglier, que por esa razón había elegido el exilio. Y entonces los Maglier dejaron de ser franceses, dejaron de tener honor, y se convirtieron en instrumentos de instrumentos. El relato del abuelo terminó ahí, en donde había empezado, y luego de guardar una por una, en silencio, las reliquias familiares, lo dejó partir a su cuarto.

Esa noche el niño Maglier tuvo horribles pesadillas. Soñó que La Doncella de Hierro lo atrapaba en su abrazo como lo hacía la única hermana mujer de su padre, la tía Ernestina. La Doncella de Hierro lo abrazaba y lloraba como lo hacía su tía cuando creía que nadie la veía, y le reclamaba sus secretos más recónditos. Porque el niño Gaspar Maglier tenía muchos secretos. Estaba enfermo, muy enfermo de malentendidos.

Seis años más tarde, el 20 de junio de 1973, Gaspar Maglier vio llorar a su abuelo por primera y única vez. El llanto de su abuelo era muy distinto al de la tía Ernestina, que ya no lloraba ni hacía nada porque ya no estaba. Su abuelo apenas lagrimeaba y negaba con la cabeza, mientras escuchaba la radio.

–No te digo, Gaspar. Este mundo está enfermo. Ya nadie sabe ni siquiera en qué bando está. Es hora de que aprendas el oficio antes de que aprendas otras cosas. Mañana te venís conmigo.

Y así fue. Al día siguiente todos los hombres de la familia salieron de madrugada en la camioneta Ford de su abuelo, y mientras comenzaba a amanecer su padre y los hermanos de su padre, uno a uno, fueron bajando en diferentes lugares, comisarías y casas aisladas del conurbano bonaerense. Finalmente quedaron solo él y su abuelo. El aire era frío, y bajo un cielo límpido llegaron a destino, una casa enorme en una zona de descampados. Era una casona que parecía abandonada, pero Maglier pronto se dio cuenta de que había mucha gente ahí adentro. Contó diez hombres callados y armados, contó infinitas puertas. Esa mañana de sol, Gaspar Maglier descubriría varias cosas. Descubriría que una cosa era escucharlo hablar a su abuelo, y otra muy distinta era verlo actuar. Descubriría que los secretos de la gente no le interesaban, no los quería saber. Y descubriría también que los malentendidos que habitaban dentro de su cuerpo, habían decidido salir a la luz.

Después de ese día vinieron meses, años terribles. Sólo los ampulosos gestos de la violencia le permitían esconder los gestos de esa enfermedad que no tenía nombre, pero que quería nombrar todas las cosas. En la escuela y en el barrio se peleaba con todo el mundo, era temido y odiado. En el trabajo, aunque él generalmente se limitaba a asistir a su abuelo, cuando éste lo dejaba amansar a algún nuevo prisionero se excedía y actuaba con fervor. Su abuelo estaba orgulloso y secretamente lo envidiaba. Pero cuando quedaba solo con los detenidos caía de rodillas y les pedía perdón. La "ll" volvía a atravesarse en su garganta y les susurraba

"guillllotinas rodillllas orgullllllos calllos hallllllazgos llllllameantes", en sus oídos. A él le tocaba lavarlos y curarlos. Alimentarlos y calmarles la sed. Gaspar Maglier, mientras recorría con sus manos las cicatrices frescas, las heridas aún abiertas, contaba todos sus secretos a quienes torturaba para arrancarles los propios.

Hasta que un día la familia Maglier entró en desgracia, en pleno Mundial de fútbol. Alguno de sus tíos hizo algo que no debía hacer, habló con alguien con quien no debía hablar, dejó de ser un mero instrumento de un instrumento y se involucró torpemente en alguna historia menor. Nunca supieron bien qué había sucedido. De un día para el otro, los Maglier fueron perseguidos y detenidos. Fueron cazados. Gaspar pudo sentir el odio acumulado, el estallido del miedo que por años había permanecido escondido entre los policías y los hombres de los servicios especiales para los que trabajaban. Eran una familia abominable. Y de pronto pareció que los dos bandos que peleaban por ese entonces, se entendían. De uno y otro lado llegaron la sentencia y la venganza.

Uno a uno sus tíos fueron acribillados en persecuciones callejeras. Su abuelo murió atrincherado en el galpón trasero de su casa, que se incendió con él adentro, y su padre se entregó y nunca más supo de él. Las mujeres de la familia también desaparecieron. Gaspar Maglier fue el único que logró escapar.

La tarde en que su abuelo murió, él había ido solo al viejo caserón con la excusa de limpiar las herramientas. A veces el abuelo se levantaba deprimido y se pasaba todo el día encerrado en el galpón. Él aprovechaba, le

pedía la camioneta y marchaba siempre a limpiar las herramientas. Los hombres que deambulaban por la casa lo dejaban hacer. Él iba y venía sin que nadie le preguntara nada. Era el nieto adolescente del verdugo, la mascota del hechicero, un pájaro que traía mala suerte. Después de limpiar los utensilios, iba a ver a algunos prisioneros, a los más dañados. Esa última tarde estaba limpiando las heridas de una mujer joven. Tenía quemaduras de cigarrillo en el pecho y estaba inconsciente. Maglier se había acercado a su oído y había dicho "llllaves anillllos castillllos cuchillllos". Y entonces la mujer despertó.

–Llorón. Sos un perro llorón –dijo la mujer, que de pronto lo miraba a los ojos más despierta que nunca.

Maglier se quedó quieto por un segundo, y después salió corriendo de la habitación.

Al volver, tres cuadras antes de llegar a la casa de su abuelo, pudo ver el humo del incendio, los autos detenidos frente a la casa. En seguida supo lo que estaba pasando. Se detuvo, se bajó de la camioneta dejándola en marcha, con la puerta abierta, y tomó un colectivo que justo pasaba por ahí. Maglier había viajado muy poco en colectivo, y generalmente acompañado. Por suerte estaba vacío. Viajó hasta que se hizo de noche, y durante la noche siguió viajando por barrios desconocidos. Durmió de a ratos, apoyado contra la ventanilla. Y cada vez que durmió, soñó con la Doncella de Hierro, que lo abrazaba para protegerlo. Él le contaba todos sus secretos sin que ella se lo pidiera, pero ella siempre parecía querer más.

5. El ahorcado (genealogía II)

El árbol estaba lejos, muy lejos sobre la cima de una lomada. Aunque el hombre no usó la palabra "lomada" para referirse a la elevación donde el árbol estaba solo, rodeado por largas extensiones de pastos agitados por el viento. El hombre, días después, cuando Maglier recuperó el conocimiento, usó la palabra "cuchilla". Y Maglier entonces supo, con alegría y desazón, que todavía estaba vivo.

Muy lejos estaba el árbol de la casa del hombre, casi al borde del horizonte. Pero él tenía buena vista y el amanecer lo había ayudado, recortando desde atrás la extraña figura que se balanceaba. No necesitó tener mucha imaginación para saber de qué se trataba. El hombre se persignó y luego se encaminó al lugar, acompañado por sus perros. No tenía apuro, porque el árbol estaba tan lejos que no había posibilidad de que él llegara antes de que el suicida muriera. Los perros sí se apuraron, iban y volvían mientras el hombre se acercaba, ladraban y ladraban. Caminó un cuarto de hora antes de llegar. Lo vio ir creciendo, y la figura que al principio había necesitado del entendimiento de su mirada para completarse, poco a poco tomó las dimensiones de un hombre. Un hombre que se balanceaba colgado de una cuerda.

Cuando finalmente llegó tuvo que espantar a los perros a las patadas. Se habían enloquecido y saltaban alrededor del muerto intentado morderle los talones. Eso lo tendría que haber puesto sobre aviso, pensó el hombre después, y se lo dijo a Maglier. Porque sus perros nunca hubieran tratado así a un muerto. Pero en ese momento no lo pensó, y una vez que logró alejar a los perros, examinó un rato al ahorcado. No lo conocía, no era de la zona. Estaba tan acostumbrado a ver sólo gente que conocía, que por un rato lo observó con sorpresa. Después sacó el cuchillo y se subió al árbol para cortar la cuerda. Si el hombre se había ido hasta ahí, tan lejos de todo en el medio de los montes entrerrianos, era porque no quería ser encontrado, y él no era quién para andar avisando a la policía contraviniendo los deseos de un hombre desesperado. Lo enterraría y listo. Y sólo él sabría de su desgracia. Por las noches rezaría encomendando su alma, y de vez en cuando se acercaría a la tumba y se quedaría mirándola, pensando en la muerte y esas cuestiones. Incluso tal vez le hablaría y le contaría cosas que no le había contado a nadie. Todo eso elucubraba el hombre mientras trepaba hacia la rama, mientras cortaba la cuerda. Y siguió pensando esas cosas mientras el cuerpo caía. Tan ensimismado estaba en esos pensamientos, que al bajar del árbol y acercarse al cuerpo no oyó el silbido constante que salía de la boca del ahorcado. Y el susto que se llevó al verlo moverse, bracear en la oscuridad de la agonía como si buscara algo de qué agarrarse para no seguir cayendo, casi lo mata a él.

Tres días después, el joven Maglier ya podía comer por sus propios medios, aunque permanecía acostado en la cama. El hombre, un veterano solitario, era cazador. Se llamaba Emiliano Ceballos y vivía a quince kilómetros del poblado más cercano, Mojones Norte. Cómo había llegado hasta ahí, le llevó un par de días recordarlo. Había salido con lo puesto de Buenos Aires, y un camionero lo había llevado hasta Villaguay. A pesar de los tiempos que corrían, el camionero había aceptado llevarlo porque necesitaba conversación para no dormirse. No podía viajar a más de sesenta kilómetros por hora debido a que llevaba vitrinas y cristalería. Por suerte lo que el camionero entendía por conversación, era un monólogo ininterrumpido que sólo necesitaba de Maglier algún monosílabo o asentimiento de cabeza. Y Maglier cumplió, vacío de todo, sin pensar en nada, oyendo al camionero y mirando la ruta, acunado por el tintineo de los cristales a sus espaldas. Y tan bien cumplió que cuando el camionero llegó a destino, le ofreció unos billetes como retribución. Con esa plata compró la cuerda y un alfajor, y sacó un pasaje en la terminal de ómnibus hacia no recordaba dónde, porque nunca llegó. En alguna parte del camino, mirando por la ventanilla, divisó el árbol solitario sobre la lomada y lo eligió. Le pidió al chofer que lo dejara bajar. No había nada en las inmediaciones, pero el conductor del colectivo estaba acostumbrado a que la gente bajara en cualquier lado, y se detuvo. Era de tarde cuando Maglier bajó, y cuando llegó al árbol ya había caído la noche. Estaba tan cansado por la caminata que ni bien se sentó junto al tronco se durmió. No soñó nada.

Cuando despertó, todavía era de noche. Se comió el alfajor y luego comenzó a subir al árbol.

Lo mejor de Emiliano Ceballos, además de no haber preguntado nunca por qué y cómo había llegado hasta ahí, era que se llamaba Ceballos. Maglier tardó casi un mes en reponerse, en animarse a enfrentar el día sin la vergüenza de haber querido extirparse de él. Durante todo ese tiempo hablaron poco, pero fue suficiente. Ceballos carecía de gestos y a Maglier le sobraban, así que un día el viejo cazador se apareció con un colchón y su huésped entendió. Ya estaba repuesto, era hora de dejarle la cama al dueño de casa. Era hora, también, de que se quedara. Ceballos siguió haciendo lo que hacía, y Maglier se encargó de la huerta. No sabía nada de plantas y verduras, pero como tampoco sabía nada de cualquier otra cosa, aprendió rápido. A veces Maglier gritaba en sueños, y Ceballos le revoleaba un zapato. A veces gritaba despierto, y entonces Ceballos se reía. Pasaron siete meses sin que Maglier se moviera del rancho. Ceballos iba solo al pueblo a comprar lo que hiciera falta una vez por semana. Iba y volvía en el día. Montaba un caballo flaco y distraído. Pero a los siete meses algo pasó, porque Ceballos no volvió. Maglier, mientras cocinaba un puchero de vizcacha, vio por la ventana cómo la noche llegaba y Ceballos no. Esa noche no pudo dormir, y a la mañana siguiente decidió ir al pueblo. Se preparó una vianda y salió. Era mediodía cuando llegó. El pueblo era un caserío con calles de tierra y, aunque no debían vivir más de trescientas personas, Maglier se sintió perdido. No

sabía por dónde empezar a buscar. Finalmente entró al único almacén a la vista y, soportando la cara de desconfianza primero y de desprecio después, le preguntó a la mujer que atendía dónde estaba el prostíbulo.

–Derecho por esta calle. La última casa antes del molino –dijo la almacenera, y después escupió en el piso.

Hacia ahí se dirigió Maglier, pero no tuvo suerte. Después buscó la cantina, donde tampoco lo encontró. La iglesia estaba cerrada y para encontrar al médico tuvo que volver al bar. Ya no le quedaba otra, tenía que probar en la comisaría. Y aunque tampoco lo encontró ahí, el oficial que lo recibió le dijo a dónde podía estar. Emiliano Ceballos era amante del cuidador del camping comunal, junto al arroyo. Todo el pueblo lo sabía. Maglier murmuró "Ceballllos Ceballllllos", y se sorprendió un poco. Al salir de la comisaría dudó entre ir a buscarlo o no. Si Ceballos no le había contado nada de esa relación, no tenía por qué entrometerse. Pero después pensó que Ceballos nunca le había contado nada, y que era raro que no hubiese vuelto la noche anterior. Algo podía haberle pasado.

El camping quedaba más allá del molino, en una hondonada por la que el arroyo corría rumoroso en el silencio de la tarde. Había una sola carpa bajo los árboles y dos construcciones en las que no parecía haber nadie. Hasta que los descubrió bajo uno de los aleros de la casa principal. Dos hombres tomaban mate mirando hacia el arroyo. No hablaban, no hacían otra cosa que no fuera mirar el arroyo y tomar mate. Uno de ellos era Ceballos. Maglier murmuró otra vez "Ceballllos

Ceballllos Ceballllos", y después pegó la vuelta. Se fue caminando casi en puntas de pie bajo el sol. Al llegar a la casa, con la tarde avanzada, se dio cuenta de que no había tocado la vianda, y de que tenía hambre. Comió como si fuera la última vez.

Cuando Ceballos volvió, Maglier no preguntó nada y el recién llegado no hizo ningún comentario. Todo volvió a la normalidad y ahora cuando Ceballos no volvía del pueblo él no se preocupaba. Pasaron varios meses más hasta que una noche Maglier se despertó sobresaltado. Sabía que había gritado pero no recibió ningún zapatazo. Buscó en la penumbra, y no encontró a Ceballos en su camastro. Se quedó despierto en la oscuridad, pensativo, oyendo a los grillos. Cuando comenzó a amanecer se visitó y salió del rancho. Buscaba algo y no sabía qué. El sol rojo en el horizonte le mostró la figura colgando en el árbol de la lomada. Maglier no tuvo que esforzarse para darse cuenta de lo que había pasado. Buscó una pala y salió rumbo al árbol. Los perros esta vez no saltaban alrededor del cuerpo. A una prudente distancia lo miraban, algunos llorando, otros simplemente echados y resignados. Maglier bajó el cuerpo de Ceballos y lo enterró ahí mismo. Hizo un pozo profundo y, junto con Ceballos, enterró la "ll". Podía zapatear, ordenar las cosas una y otra vez, gritar cuando algún recuerdo de su familia se le venía la cabeza sin motivo, o cuando soñaba con la Doncella de Hierro. Pero ya las palabras rara vez escapaban de su boca. Volvió al rancho, buscó las cosas que se podían vender y esa misma tarde fue al pueblo y vendió todo. No buscó al cuidador del camping. Fue a la plaza y

esperó al primer colectivo que pasara. A los cinco días estaba otra vez en Buenos Aires. Tenía veintitrés años y ya había dejado atrás dos vidas distintas. Tuvo suerte, no había pasado una semana que consiguió trabajo como sereno en una construcción. El trabajo era tranquilo y podía estar solo. Pero lo mejor, eran las piedras chinas. Había un montón.

6. Los pies fríos del viejo Buster

El desayuno era uno de los momentos preferidos de Federico Muishkin. Siempre lo había sido, y ahora que vivía con Maglier y Abelev, lo disfrutaba más todavía. Pero esa mañana en particular estaba más contento que de costumbre. El haber encontrado la tumba de los gemelos le había permitido dormir más tranquilo las pocas horas de sueño, y al despertarse se había pasado un largo rato observando con los largavistas a la muchacha de la casa milagrosa. Mientras llevaba y traía ropa sobre la terraza, la muchacha parecía cantar o hablar sola. A Muishkin le gustaba pensar que cantaba, y que algún día se animaría a tocarle la puerta para ofrecerse a acompañarla con la flauta. El viejo Miranda le había asegurado, casi como en secreto, como si fuera una revelación destinada para pocos, que ninguna mujer podía resistirse a que alguien le ofreciera ponerle música a sus devaneos, fueran estos tristes o alegres. Y eso es lo que hacía Muishkin, tarareando melodías al compás de sus movimientos. Aunque la muchacha aún no lo sabía, él estaba seguro de que ella lo presentía, porque por momentos también bailaba, esquivando con gracia la ropa recién colgada.

El rumor que creció en el cielo gris de la mañana puso fin a su contemplación. Fue en el momento exac-

to, cuando ya empezaba a dolerle. Tenía que levantarse a preparar el desayuno. Era la hora en que los helicópteros de la policía hacían su incursión por el barrio, y Muishkin los acompañaba traqueteando y haciendo malabares frente a las hornallas encendidas. Desde la mudanza, él se había hecho cargo de la cocina, demostrando habilidades innatas no sólo para cocinar sino también para improvisar y complacer a sus comensales. Y era en el desayuno donde más se lucía. Jugo de naranja o de pomelo, leche chocolatada, pan casero, mermelada de uva hecha por él mismo y dulce de leche, para Abelev; jugo, café negro, y un sándwich tostado con queso, panceta y huevo a la plancha para Maglier. Sus gustos eran más fáciles de complacer: jugo, café con leche y pan con mucha manteca y azúcar arriba. Lo último que preparaba era el jugo exprimido, para que no perdiera la vitamina C. Y siempre preparaba algunas tostadas de más con manteca y azúcar y las dejaba en la cocina, por si los gemelos, que lo miraban hacer aburridos y callados, se ponían nostálgicos ante tanto despliegue y se animaban a comerlas. Hasta ahora las había encontrado intactas, pero no perdía las esperanzas. Algún día no soportarían más la tentación y se lanzarían sobre ellas.

Muishkin estaba contento esa mañana, y tenía hambre, por lo que al principio no prestó atención al silencio inapetente de sus compañeros, a las miradas cruzadas que se lanzaban. Les sirvió, se sentó cuchillo y pan en mano y comenzó a escarbar en la manteca. Incluso cuando Abelev carraspeó intencionalmente intentando crear el clima necesario para la conversación

que se venía, Muishkin no reaccionó. Carraspeó a su vez y así se vino un concierto de carraspeos que finalmente cortó Maglier.

–Federico, hay un tema que tenemos que hablar con vos.

A pesar suyo, Maglier había usado ese tono paternal que tanto lo desconcertaba, y no pudo continuar. Abelev salió en su ayuda:

–Tenemos un problema –dijo.

–Tengo un problema –lo corrigió Maglier.

–Tenemos un problema y hay algo que tenemos que decidir entre los tres –siguió Abelev, ignorando la aclaración de su compañero–. Alguien necesita nuestra ayuda y contactó a Gaspar para ver si estábamos dispuestos a hacerlo. Seguramente va a ser peligroso...

Muishkin quiso preguntar algo, pero los gemelos lo distrajeron. "Están mintiendo" murmuró el del piedrazo, como si tuviera miedo de que alguien lo escuchara. "Si todavía no dijeron nada..." lo frenó el hermano. "Pero están mintiendo, mirales las caras." "¿Qué tienen las caras?" "Todas las caras mienten, aunque la persona diga la verdad" sentenció el gemelo del piedrazo. El hermano negó con la cabeza: "¿Ves que das vuelta todo? El dicho es al revés: todas las caras dicen la verdad, aunque la persona esté mintiendo".

–Shhhh... –los cortó Muishkin.

–Shhhh –continuó Abelev. Los gemelos por un momento tuvieron la esperanza de que él también pudiera escucharlos, pero se trataba sólo de un tic–. Hay una mujer que nos vio en alguno de los diarios en que salió el tema de los Zucker y cree que podemos ayudarla

a encontrar a su hija. Parece que desapareció con un amante, pero ella cree que la secuestraron.

–¿En qué diario?

–No sé en qué diario, Federico, ése no es el punto –se impacientó Maglier.

–Pero si las notas eran chiquitas.

–Hay gente que lee las notas chiquitas.

–Me gusta esa gente que lee las notas chicas. Diario *Clarín*, Sección Policiales, página diecinueve, abajo, a la izquierda: *"Drama familiar en Once: hermano mata a hermano y se hace pasar por él"* –recordó Muishkin, que cada vez que pensaba en alguna de esas notas enumeraba diario, sección, página, ubicación y titular–. ¿Y por qué nos buscó a nosotros?

La pregunta de Muishkin hizo que Maglier y Abelev se miraran antes de contestar. "¡Viste eso, viste eso!" gritó el gemelo del piedrazo, y su hermano pegó un salto. Abelev abrió la boca para contestar, pero Maglier se le adelantó.

–Federico, la mujer sabe cosas malas de mí y de mi familia, cosas jodidas, y dijo que si no la ayudaba, me iba a denunciar.

–Si ella cree que la podemos ayudar, entonces la ayudamos.

Se hizo un silencio. Pero Maglier no pudo evitar preguntar.

–¿No querés saber qué cosas sabe de mí?

–No. Me alcanza con las que sé yo. Si hay que encontrar a su hija, la encontramos y listo –dio por terminado el dilema, llevándose a la boca una rodaja de pan rebosante de manteca y azúcar.

–Shhhh. Asunto concluido entonces –lo acompañó Abelev–. Ahora hay que llamarla para encontrarnos con ella, así shhhhhh nos cuenta en detalle.

Maglier no terminaba de aceptar que la cuestión se zanjara tan fácil. Había hablado, había dicho mucho por primera vez en mucho tiempo, ante la mirada impávida de los anteojos negros de Abelev y el amanecer gris creciendo sobre sus espaldas. Y ahora estaba confundido. Era como si de pronto no supiera en qué edad de su vida se encontraba. Si tenía nueve, dieciséis, veintitrés, treinta, cuarenta o cincuenta y cinco años. Cerró los ojos y contó piedras chinas. "Una piedra china, dos piedras chinas, tres piedras chinas, cuatro piedras chinas, cinco piedras chinas, seis piedras chinas..."

–A que no saben cuáles fueron las últimas palabras de Buster Keaton antes de morir.

Maglier no pudo seguir contando. Abrió los ojos y vio a Muishkin esperando que alguno de ellos dijera algo, desafiándolos.

–Dijo: "Juana de Arco, no".

El único que pareció escucharlo fue Abelev. Maglier había contado seis piedras chinas, ¿tenía seis años, recordaba algo de los seis años? Los gemelos, mientras tanto, intentaban recordar cuáles habían sido sus propias últimas palabras antes de que el gigante ruso los degollara. Muishkin continuó.

–Estaba en la cama, moribundo, y uno de los que lo acompañaba le dijo a otro que le tocara los pies, para ver si ya estaba muerto. Explicó que los muertos suelen tener los pies fríos. En ese momento Buster Keaton despertó y dijo eso. Dijo: "Juana de Arco, no". Y después se murió.

Por un rato nadie hizo ningún comentario. Un helicóptero pasó cerca, como un trueno, y luego el silencio que sigue al estruendo fue cayendo sobre ellos como una capa de polvo que cae en el mismo lugar, después del infructuoso paso del plumero.

–¿Eso fue en 1966, no? –preguntó finalmente Maglier.

–Sí –le confirmó Muishkin, mientras empezaba a levantar la mesa–. Trrrrr. Trrr. ¿Café?

Sus dos compañeros asintieron y permanecieron callados mientras lo miraban hacer. Muishkin entró y salió un par de veces de la cocina, hasta que volvió con tres tazas y una jarra de café.

–Yo tenía nueve años entonces –dijo Maglier después del primer sorbo, sacando cuentas, mientras Yorick iba y venía entre sus dedos. En realidad, era una sola piedra china para contarla una y otra vez. La cuenta era infinita, una cuenta que lo abrumaba, que lo aliviaba, que le daba risa y ganas de hacer cosas terribles y subirse a su bicicleta y con ella a la madrugada para andar por las calles de la ciudad... No había dudas, el desayuno que preparaba Muishkin era el mejor desayuno que había tomado en su vida, pero el café no era lo suficientemente negro.

Muishkin y Abelev, en tanto, cruzaron una mirada de entendimiento. Sin necesidad de palabras concluyeron que estaban pensando lo mismo.

–Viejo choto –dijeron a dúo.

7. No toda tiniebla tiene corazón

La casa era una oscura mansión a mitad de una cuadra de oscuras mansiones, en el sector cerrado de las Barrancas de Belgrano. El taxi los había dejado en la entrada y, luego de que los guardias chequearan sus nombres es una lista de visitas, los dejaron pasar. Recorrieron dos cuadras por el centro de la calle, bajo los árboles viejos y frondosos, mirando todo con perplejidad. No podían creer que ese lugar estuviera tan cerca de donde ellos habían pasado toda su vida. Se notaba la opulencia de las casas escondidas detrás de los jardines salvajes. Pero era una opulencia decadente, las plantas comiéndose las paredes, la humedad mostrando todos los brillos que era capaz de crear. Abelev, mientras peleaba con los adoquines para hacer avanzar a la silla de ruedas, pensó en las manos huesudas y llenas de anillos de una vieja temblorosa que sabe que nos sobrevivirá a todos.

En el taxi habían ido apretados y en silencio. Sabían que debían controlar sus tics, porque uno solo que se le escapara a cualquiera de ellos desencadenaría un aluvión de ecos en los otros. La manera que habían encontrado para evitar exabruptos de cualquier tipo era amontonarse los tres en el asiento trasero. Así, apretados, era como si no tuvieran espacio más que

para quedarse quietos y en silencio. Ahora, en otra mañana fría y gris, caminaban cada uno sumido en sus propios tics menores, rumiando el encuentro con la mujer. Después de la charla del desayuno, Maglier la había llamado. Habían convenido una cita para el día siguiente, a las diez de la mañana. Y ahí estaban, frente al herrumbrado portal de la casa, esperando luego de hacer sonar un timbre que vibró lejano, perdido entre los árboles que ennegrecían los contornos del parque privado.

Habían averiguado ya varias cosas. En el papel que la mujer le había dejado a Maglier, figuraba su nombre: Guadalupe Huidobro. No había muchas mujeres que se llamaran así en Buenos Aires y Abelev la había rastreado por el google. Era esposa de un diputado de la Nación, Martín Huidobro. A pesar de lo que Maglier le había contado, no figuraba en ningún juicio contra los militares, ni en ninguna noticia sobre el tema, pero tal vez eso se debía a que usaba el apellido de casada. Las únicas alusiones referían a eventos en que acompañaba a su marido, un hombre previsiblemente mayor que ella por varios lustros. En ningún lugar se leía el nombre de la hija, ni siquiera se la mencionaba al pasar.

Desde un costado de la casa apareció un hombre de baja estatura que tardó una eternidad en cruzar el parque. Era un mayordomo pop. De pantalón negro, zapatos lustrosos, camisa blanca y moño, lo que destacaba era el chaleco a rayas multicolores.

–Parece el cierre de transmisión –comentó Muishkin, atraído por los colores chillones.

–El cierre de transmisión y el cura, todo junto –colaboró Abelev.

Y era cierto. El mayordomo tenía cara y sobre todo sonrisa de cura.

Al llegar hasta ellos, se detuvo del otro lado de las rejas y le dedicó una sonrisa a cada uno. Luego dijo:

–La señora los espera.

De inmediato abrió un enorme candado, tiró hacia adentro y cuando el portón comenzó a deslizarse se subió, siempre sonriente, a la base del enrejado. Una vez que llegó al final del recorrido, se bajó y con una pequeña inclinación los invitó a que lo siguieran.

–¿Y qué tiene que ver un cura con el cierre de transmisión? –preguntó Muishkin, mientras se acercaban a la casa.

Esta vez el que respondió fue Maglier, de mala gana. En lo único que podía pensar era en el encuentro que los esperaba, en el circuito cerrado de las cicatrices, en la tersura de ese cuerpo desnudo de mujer que le hablaba de demasiadas cosas al mismo tiempo.

–Antes, algunos canales cerraban con un cura diciendo la reflexión del día.

–¿Cuándo antes?

–Antes.

Entonces Muishkin, que empujaba la silla de ruedas de Abelev, se inclinó y le dijo al oído.

–Vos lo sabías. Eso quiere decir que los dos son unos viejos chotos.

Por dentro la casa no parecía más hospitalaria que por fuera. O en realidad lo parecía demasiado, capaz

de albergar a sus desprevenidos visitantes con excesivo entusiasmo y no soltarlos nunca más. Las paredes estaban pintadas de un rosa viejo, terroso por tramos, según la escasa luz que entraba por las ventanas, ya que no había ninguna lámpara encendida. Los techos eran altos y con molduras que no se distinguían de sus sombras. El camino del mayordomo pop los llevó por un amplio hall con percheros, un corredor vacío que atravesaba toda la casa y que se multiplicaba en un espejo en la oscuridad del final, y un salón con una chimenea apagada al fondo. El salón era enorme y lo parecía más todavía. Eran tan pocos los muebles que más que llenarlo ponían en evidencia su vacío insalvable. Solo un juego de sillones, una alfombra y una mesa ratona, pero no junto a la chimenea como se esperaría, sino en el centro de la habitación. En uno de esos sillones, erguida y como pensando en otra cosa, los esperaba Guadalupe Huidobro recortada por la luz de varias velas. Abelev, el más leído de los tres, pensó que ésa era una buena señal. La señora no andaría con rodeos, no los haría esperar abrumados por la indiferencia y la grandiosidad de los objetos de la casa hasta que ellos se sintieran intrusos que venían a pedir algo. Pero al escuchar sus palabras, se dio cuenta de lo mucho que estaba equivocado.

–Como me lo imaginé. Un perro siempre anda en manada. Pero estos dos son cachorros, señor Maglier.

Para ella no era necesario ningún golpe de efecto. Tenía estilo, podía llamarte perro y señor, una frase junto a la otra, sin que eso pareciera una incongruencia. Ninguno de los tres supo cómo responder a ese re-

cibimiento. Muishkin dejó escapar un "Shhhhh" destinado a los gemelos. El chistido tuvo su eco en Abelev, pero Muishkin parecía querer tener la última palabra, y volvió a chistar.

–Disculpen que los reciba en esta penumbra. Pero al parecer cuando hicieron sonar el timbre se produjo un cortocircuito. Generalmente nadie toca el timbre.

El mayordomo pop soltó una risita contenida. Era una risita aguda, que tenía algo de festejo de niña caprichosa. Se llevó la mano a la boca y giró, como queriendo esconderla. Su pequeño cuerpo temblaba.

La señora de la casa continuó como si nada.

–Los cité a esta hora porque mi marido no está por las mañanas, y él no sabe nada de todo esto. En lo que a él respecta, mi hija está de viaje por la Patagonia con su novio, pero yo sé que no es así. Javier Casal, el novio, está internado en una clínica de rehabilitación que estoy pagando yo –la señora Huidobro hizo una pausa, esperando que preguntaran algo, pero los tres hombres frente ella no dijeron nada–. Lo único que quiero es que ese infeliz me diga dónde la perdió.

No los había invitado a sentarse, no les había ofrecido nada, ni siquiera le había pedido al mayordomo que se retirara. Se había puesto de pie y había comenzado a hablar, sin preámbulos.

–Bueno, si la señora y los caballeros no me necesitan, me voy a retirar –dijo el mayordomo pop ya recompuesto de su ataque de risa.

Nadie pareció oírlo, y ésa fue la confirmación que esperaba para poder perderse alegremente por donde había venido.

–Él dice que ella lo abandonó. Estaban en una casa de la que no recuerda ni la dirección ni de quién era, algo así como en una fiesta que duró varios días. Se fue con otro hombre. Dice que ella le dio un beso en la frente, y se fue. Yo le creo. Lo que no le creo es que no conozca al hombre con el que se fue. Creo que le tiene miedo...

La señora Huidobro hizo una pausa. Los miró uno por uno, como si recién se detuviera a hacerlo. Un joven en silla de ruedas, otro joven que no paraba de mover los labios sin emitir sonido, y el viejo perro con las manos en los bolsillos, intentando en vano ser una estatua. Una sombra de furiosa ironía cruzó su rostro bajo el resplandor de las velas, pero sus ojos se apagaron, incapaces de sostenerla.

–¿No pueden quedarse quietos?

Maglier, Abelev y Muishkin, como toda respuesta, se movieron un poco más, se sacudieron en el lugar todos los gestos posibles.

Ella movió la cabeza, resignada, y siguió hablando.

–Es evidente que estoy desesperada. La policía no puede hacer nada. Mi hija es mayor de edad y aunque hace más de diez días que no sé de ella, no puedo hacer ninguna denuncia. Ni siquiera vivía acá –al decir esto movió la mano como abarcando la casa, y se detuvo en su propias palabras. Esta vez no hablaba con ellos, sino con la casa misma–: No podía vivir acá. Todo es demasiado grande o demasiado chico para que alguien pueda hacerlo. –Después volvió sobre sus visitantes–: Y mi marido, aunque está en el gobierno, no sirve para nada. La tuve antes de que nos conociéramos y cuando

nos casamos le dio el apellido y se hizo cargo de las cuentas que ella generaba, nada más.

–¿Y ella es linda?

El propio Abelev se sorprendió de haber preguntado eso, y hasta su voz le pareció la voz de otro en la penumbra del salón.

–Sí.

–¿Como usted?

Esta vez el que preguntó fue Muishkin. Para él no había nada de raro en esa pregunta.

–Sí, como yo –respondió la mujer.

Después miró a Maglier esperando la siguiente pregunta.

–Y vos, perro, ¿no tenés nada para preguntar?

El ladrido de Muishkin lo salvó de responder. En cambio retomó las palabras de sus compañeros.

–Lo que ellos quieren saber es si tiene alguna foto actual de su hija.

La señora Huidobro tomó un sobre que había sobre la mesa ratona y se lo alcanzó. Maglier lo recibió, sacó un par de fotos, les echó un vistazo y volvió a guardarlas. También había una fotocopia del documento de la hija, María Huidobro, de 27 años, y un recibo de la clínica en la que estaba internado el novio. Era una clínica cara.

–¿Usted lo internó?

–Eso no fue lo que dije. Javier es el novio de María desde hace cuatro años. Es pintor, no me pregunten si es bueno o malo porque no sé. Para mí la pintura es un misterio.

–Vamos a ir a verlo. Necesitaría que llamara a la clínica para que no tengamos problemas en pasar.

–Ya avisé, perro.

–Algún otro dato que crea que puede servirnos –cuanto más lo provocaba la mujer, más firme parecía Maglier.

–Sí. Escuchen lo que escuchen y vean lo que vean, María es una buena chica. Ése es su problema, es demasiado buena para estas cosas.

–¿Qué cosas?

–Éstas... –dijo ella, señalando vagamente todo lo que los rodeaba por segunda vez.

Por un momento pareció que la que hablaba era otra mujer, una madre preocupada capaz de perdonarle cualquier cosa a su hija pródiga, no la mujer madura y temible que reinaba en ese caserón vacío en el que las voces se apagaban incapaces de encontrar un eco. Maglier sintió el impulso de abrazarla. Pero como era un impulso extraño en él, no lo supo reconocer. Sólo fue un nudo en la garganta, un cosquilleo en los brazos y en los ojos. Quería abrazarla y que ella lo abrazara. Tosió para tapar la palabra "doncella" que no pudo retener, la "ll" desperezándose en su cabeza, desenterrada y monstruosa, como las criaturas de las películas que le gustaban a Abelev, que volvían a la vida una y otra vez.

–Listo, perro. Ya pueden irse, y espero que pronto tengan novedades –los despidió la Doncella de Hierro. Su desprecio era infinitamente más doloroso que su abrazo.

Maglier fue el primero en ponerse en movimiento, sus dos compañeros parecieron dudar, como si quisieran preguntar algo más o pedir permiso para ir al

baño, pero terminaron siguiéndolo. La mujer se quedó mirándolos mientras se alejaban. Tensa, casi feroz, la luz de las velas temblando sobre su figura de esfinge. Estaban llegando a la puerta cuando volvió a hablar.

–Señor Maglier. Yo no soy esta mujer que usted ve. ¿Sabe por qué lo odio tanto? Ellos eran mis enemigos, no necesito odiarlos, pero con usted es distinto. Estuvo ahí, podría haber estado en cualquier parte pero estuvo ahí. Vio cosas que no debía ver. Usted era un espectador donde no debía haber espectadores. Por eso lo odio, perro. Lo que usted vio no tiene perdón.

Sin embargo no había odio en su voz, sólo cansancio, un cansancio endurecido, el cansancio de alguien que ha permanecido mucho tiempo con los ojos abiertos en la oscuridad y termina enviciándose. Los tres se habían dado vuelta para escucharla, ya en la puerta del salón, y pudieron verla en perspectiva. Las velas iluminaban la isla de los sillones y la mesa ratona, y todo lo demás era penumbra. Ella era una náufraga en su propia casa. Pero también parecía reinar sobre esas sombras que la rodeaban, sombras al servicio de su terrible belleza.

Recorrieron el corredor en silencio, llegaron al hall. Por un instante temieron que la puerta estuviera cerrada con llave, o que diera ahora a otro corredor y ya nunca más pudieran salir del caserón. Sin embargo, la puerta se abrió antes de que ellos llegaran. La pálida luz de la mañana les mostró la figura del mayordomo pop que los invitaba a salir con una breve reverencia. Se hizo a un lado para dejarlos pasar, y luego los acompañó hasta el portón, donde los adelantó. Destrabó el

candando, empujó el portón hacia adentro y esta vez se subió del otro lado mientras la reja se deslizaba. Se escuchó un trueno lejano, y las primeras gotas del día comenzaron a caer.

Ya estaban en la calle cuando el mayordomo de la sonrisa de cura y la risa de niña caprichosa, mientras cerraba el candado, les deseó que tuvieran un buen día.

8. Nuestro nombre es Legión

Los tres ladearon la cabeza hacia la derecha casi al mismo tiempo, como guiados por un tic en cadena. Pero no lo era. Sentados en el asiento trasero de otro taxi, apretados y en silencio mientras recorrían la ciudad bajo la lluvia, cada uno miraba una foto de María Huidobro.

Era una chica realmente linda, la madre no les había mentido. No muy alta, ojos grandes y vivaces, la boca en curva incluso cuando estaba seria. Tenía el pelo de un castaño oscuro, corto, no tan corto y casi rapada, según la foto. La de Muishkin era la única en la que María Huidobro sonreía. Estaba sola y sonreía, echada en un sillón. Parecía que acababa de despertarse. Llevaba una musculosa blanca y el pelo que apenas había empezado a crecer, despeinado. Inclinaba la cabeza hacia un costado y estaba a punto de decir algo o acababa de hacerlo. En la foto de Maglier, María aparecía junto con varias chicas vestidas como para ir a una fiesta. Estaban todas abrazadas y contentas y miraban a la cámara, salvo ella, que parecía mirar algo o alguien al costado. También torcía la cabeza casi hasta apoyarla en el hombro de una de sus amigas. Era la foto más vieja de las tres, ninguna de las chicas debía tener más

de veinte años. La foto de Abelev era la más actual. Era de noche y estaba sola en un balcón, en una mano un cigarrillo y en la otra un vaso con un líquido transparente. Estaba más flaca que en las fotos anteriores y miraba a la cámara pero no posando sino desafiando a quien estaba detrás de ella. También estaba más linda. Toda vestida de negro llevaba un gorro de lana rojo en la cabeza. Sus pelos asomaban por los bordes dándole un aire de otra época. "Me pica la pícara portuguesa" pensó Abelev. Era como si Natalie Portman hubiera desfilado años y años con distintos ropajes, dueña y prisionera del oficio mudo, creciendo y volviéndose mujer frente a la perplejidad de Jean Reno. Abelev se rascó la nuca, un brazo, la cara. Y ahora ella lo hacía para nadie, para él, mientras Jean Reno se dedicaba a olvidarla actuando en películas malas. En la foto, María Huidobro ladeaba la cabeza y miraba.

Mientras el taxi cruzaba las vías y agarraba por Avenida de los Incas, cada uno le dedicó una mirada a la foto de sus compañeros, hasta volver sobre la propia. De la misma manera en que se habían puesto de acuerdo para repartir las piezas en el departamento, se dividieron las fotografías. Las guardaron con cuidado en los bolsillos internos de sus impermeables o sobretodos, lo que produjo un ir y venir de brazos en el espacio mínimo del taxi. Después volvieron a acomodarse y se quedaron callados y quietos. Muishkin fue el que rompió el silencio impuesto por las imágenes de la muchacha.

–¿Y ahora qué hacemos?

La respuesta tardó en llegar, mientras esperaban frente a un semáforo en rojo.

–No hay muchas opciones. Hay que visitar al novio –dijo Maglier.

En el final de la avenida Elcano se veían los muros del Cementerio de la Chacarita, y ninguno de los tres podía encontrar una razón para no ir a la clínica a donde estaba internado el joven pintor. Si bien tenían ganas de conocer al novio de esa chica que buscaba la forma correcta de mirar al mundo, inclinando la cabeza para enderezarlo, no los entusiasmaba la idea de ir una granja de rehabilitación. La mujer había dicho clínica pero ellos pensaban en una granja, como si fueran patos. No había nada más temible que la idea de rehabilitarse, de ser patos rehabilitados. El Cementerio creció frente a ellos y luego quedó atrás, mientras el taxi se mezclaba en el caos de la avenida Corrientes.

Muishkin era el único que tenía experiencia en eso de rehabilitarse. Mirando por la ventanilla, las veredas llenas de gente y de paraguas, recordó los meses que había pasado internado a los dieciséis años, cuando su familia prefería culpar a las drogas antes que entender su enfermedad. No había sido tan traumático después de todo, o al menos no más que estar afuera. Trabajaba una huerta y caminaba mucho bajo los árboles de la quinta. Participaba de reuniones grupales e inventaba anécdotas terribles y divertidas sobre sus experiencias con diferentes tipos de sustancias, algunas que existían y otras que no. Había compartido la habitación con un adolescente cocainómano de trece años que se llamaba, también, Federico. Era retraído y desconfiado, pero de alguna manera fue para Muishkin uno de los pocos amigos que tuvo, hasta encontrarse con

Maglier y Abelev. Todo lo que su receloso compañero callaba despierto lo hablaba dormido, y Muishkin intentaba sacarle conversación. A veces lo lograba y a veces no. Algunas noches, cuando veía que su compañero tenía pesadillas y se retorcía sin siquiera poder gritar, él se sentaba al borde de la cama y le contaba cuentos infantiles. En realidad, le contaba siempre el mismo, uno que había escuchado infinidad de veces a los siete años, en los viejos discos de vinilo de Musicuentos Viscontea, que había encontrado olvidado en un baúl de su casa. Se pasaba tardes enteras fascinado por las voces melodiosas y la música de otro mundo, hasta que el tocadiscos se rompió y nadie lo hizo arreglar. "Los tres perros" se llamaba el cuento, que iba variando, complicándose a medida que lo contaba, llenándose de personajes y situaciones que al final no sabía cómo resolver. Pero a pesar de que los cuentos solían quedarle truncos, el otro Federico se calmaba. Mientras ahora, del otro lado de la ventanilla la gente en las veredas llevaba paraguas y bolsos y muchas cosas más, Muishkin se dijo, de pronto melancólico, que si hubiese tenido la flauta al otro Federico no le hubiese pasado lo que le pasó. Después pensó en los tres perros del cuento. Se llamaban Traemedecomer, Cómetelo y Cortafierrolimacero. Los tres perros eran justamente tres. Y así iba Muishkin, el que debería haberse sentido más incómodo o asustado por ir a una granja de rehabilitación, apenas triste, murmurando gruñidos y tarareando en voz baja la canción del principio del disco: *"Vengan a mí, que este cuento les quiero yo contar, lararalarararala..."*.

Mirando otra vereda llena de gente y de paraguas por la otra ventanilla, Abelev rumiaba no el pasado sino el futuro, a dónde los estaba llevando la historia en la que estaban metidos. Pero eso tampoco era cierto. Cuando Maglier sugirió ir a la clínica, él enumeró "Camposanto hipocampo campominado". Pero después se había dado cuenta de que para ellos todo el mundo era un campominado. Por eso desde el Bicentenario le gustaba tanto andar por el barrio de Once, por donde ahora intentaba avanzar el taxi entre autos y colectivos que se cruzaban, amagando bajo la lluvia. Y una de las cosas que más extrañaba eran esos paseos en los momentos en que había más gente por los comercios y las galerías del barrio, toqueteando objetos más o menos inútiles y chillones, llaveros, sartenes, bolsos, telas, utensilios de cocina, pantuflas, linternas, DVD truchos, sabiendo que debajo de ellos podían estar las bombas ocultas, los secretos atronadores que sólo podrían oír quienes no podrían contarlos. Y ahora, camino de la granja, se sentía como el bisabuelo de Maglier: los tres eran legionarios en territorio hostil, las calles de Buenos Aires eran un lugar tan extraño como Madagascar. Más todavía, porque en la Legión tampoco los hubiesen aceptado. Eran extranjeros de la Legión Extranjera. Después de la salida del hospital, muy pocas veces se le había escapado un "¡Hi Hitler!", y ahora sentía que se le había ido para siempre, como si algo de él hubiese muerto verdaderamente en la caída del edificio y su convalecencia posterior. A veces esto lo aliviaba, a veces le dolía y lo desconcertaba, como la ausencia de su madre. Era como crecer. En

esas palabras oscuras que le habían traído casi todos sus problemas, había algo que era de él y sólo de él. Un pacto con la realidad que nadie más podía entender, y ahora se sentía huérfano, viudo, traicionado, un legionario cansado y ferozmente decidido a no dejarse derrotar. El taxi había doblado por Paso y avanzaba rápidamente. Al cruzar Rivadavia, Abelev llegó a ver desde lejos el edificio en el que hasta hacía un par de semanas había trabajado. Aunque él creía que pensaba en lo que les aguardaba en la granja de rehabilitación donde estaba el novio de María Huidobro, estaba pensando en lo que ellos eran, en lo que se habían convertido.

Por lo tanto, mirando al frente a través del vidrio que cruzaban una y otra vez los limpiaparabrisas, el único que podía estar pensando ciertamente en lo que les esperaba, era Maglier. Pero no. Maglier, como un perro fiel, un Cortafierrolimaacero taciturno, se había quedado junto Guadalupe Huidobro, en la oscuridad de la casona de Belgrano. Y mucho más atrás aún, si es que eso en lo que pensaba quedaba en algún lado. Porque el deseo de recorrer las cicatrices de la mujer con el dedo índice era otro deseo también. Era el deseo de recorrer las habitaciones en penumbra de esa casa enorme y vacía, tocando los objetos y las sombras, los espejos temblorosos y las criaturas que como el mayordomo debían habitar los rincones, tocar todo como si fuera el lado siniestro de los paseos de Abelev en Once, sintiendo que esa casa tenía vida y latía, y que en esas cicatrices que podían ser escaleras truncas o habitaciones sin ventanas ni puertas, había algo para

él, ese estallido que si lo pensaba bien era lo que estaba buscando, la bomba, el secreto que lo despertara. En ese viejo caserón la Doncella de Hierro finalmente lo abrazaría y él la dejaría hacer hechizado por la certidumbre de que finalmente ése era el destino que le correspondía. Porque desde que la mujer había aparecido en la madrugada de Puerto Madero como traída por la niebla, Maglier sentía que toda la vida que había logrado armar desde su vuelta de las cuchillas entrerrianas había sido un sueño, el sueño final del ahorcado que en sus últimos estertores había soñado a un hombre que aparecía rodeado por sus perros y lo bajaba, lo alejaba del árbol y de la muerte para reemplazarlo después, dejándolo a merced de los días. Ya habían alcanzado la 9 de julio y avanzaban por el carril central. A lo lejos podía verse la autopista, y Maglier tuvo un presentimiento. Su piedra china en el bolsillo, ahora como una de las brujas de Macbeth, susurraba hechos terribles y sangrientos. Maglier sintió sed, quiso que la cuerda por fin apretara como debía apretar. Ir a la granja de rehabilitación era un paso más entre tantos, alejarse del árbol, dar la vuelta al mundo para volver a él.

9. Los pasajeros del arca de Noé

La clínica era uno de los grandes monoblocks refaccionados en los últimos años en Dock Sud. Después de diez días habían habilitado la autopista Buenos Aires-La Plata, pero estaba desierta. Ya nadie contaba con ellas para ir de un lado a otro. El taxi se deslizó solitario bajo la lluvia por la curva ascendente de la mole de cemento, y cruzó el Riachuelo. Del otro lado, después de los depósitos del puerto tan desolados como un pueblo fantasma, detrás del barrio y al borde de la dársena, se destacaban los monoblocks. Igual que con Villa Inflamable, los antiguos monoblocks junto al polo petroquímico habían sido desalojados y una vez que el parque industrial dejó de largar sus humos verdes y de contaminar todo a su alrededor, los monoblocks se vendieron a varias empresas de salud que los convirtieron en clínicas, casas de reposo y asilos. Parquizaron alrededor, los pintaron, los pulieron, pero seguían siendo lo que eran, y del otro lado de las dársenas, aunque ya no funcionaban, las grandes chimeneas continuaban alzándose sobre el horizonte cercano. Seguía siendo un paisaje deprimente. Cuando el taxi bajó de la autopista y se metió por las calles del Docke, Maglier, Muishkin y Abe-

lev comenzaron a arrepentirse. No por la precariedad del barrio que transitaban, donde la gente apenas se asomaba de los negocios y las casas, midiendo en qué momento el agua empezaría a entrar a sus viviendas, sino porque los monoblocks cada vez se veían más altos, más blancos por arriba de los techos irregulares, y parecían enfermeros mal dispuestos, listos para saltarles encima. Para Abelev era uno de los síntomas del Tourette más divertidos y más temibles: cualquier objeto, por más grande o pequeño que fuera, podía mostrar de repente rasgos humanos. A veces eso daba risa, a veces miedo y, como en este caso, a veces las dos cosas. Cuando el taxi ingresó al parque de la Clínica Psiquiátrica Berger y recorrió la media cuadra de ripio hasta la puerta de ingreso, el gran enfermero de los mil ojos los miraba atento.

Al ver el cartel de la entrada ninguno de los tres pasó por alto el detalle de "Clínica Psiquiátrica". Podían entender que Guadalupe Huidobro creyera que era lo mismo que una clínica de rehabilitación, pero ellos sabían que no era así. Por suerte habían estado practicando para situaciones de emergencia como ésta, en donde estaban seguros de que los nervios los traicionarían. Improvisaban ante la gente como un coro gospel de varias voces, con una mecánica única que los guiaba. Al tic de uno lo tapaba el otro con alguna expresión o pregunta dirigida al interlocutor de turno. De esa manera la persona que tenían enfrente iba de uno a otro, y nunca terminaba de saber lo que estaba pasando, e incluso aturdido terminaba reaccionando como a ellos les convenía.

Antes de entrar, Muishkin se detuvo y miró el taxi como si se hubiese olvidado algo en él. Con un gesto llamó a sus compañeros para que se acercaran, quería decirles un secreto.

–Si alguien pregunta, ustedes también los ven.

Maglier y Abelev asintieron, sin necesidad de mayores explicaciones. Muishkin seguía contemplando el taxi. Sobre el capó, sentados y pacientes, los gemelos soportaban la lluvia que no los mojaba.

No fue difícil sortear la mesa de entradas. Entre las preguntas de uno, los comentarios sobre la lluvia de otro, y las expresiones de sorpresa del tercero por lo bien que estaban las instalaciones, lograron ingresar a la clínica con el dato preciso para encontrar a Javier Casal. La pobre enfermera apenas había alcanzado a indicarles cómo llegar, quedándose con la sensación de que había dicho algo que no debía, como si un viento fuerte y repentino la hubiese envuelto arrancándole la ropa interior. Incluso cuando los perdió de vista, con cierta vergüenza, se palpó el cuerpo para constatar que todo estuviese en su lugar.

Subieron hasta el cuarto piso por los herméticos y silenciosos ascensores, y se encontraron con una nueva mesa de ingresos. Como Guadalupe Huidobro les había dicho, estaban avisados de su visita. Entre los suculentos costos de la clínica Berger, se contaba la discreción, por lo que no importaba si eran parientes, amigos o enemigos: si quien pagaba decía que podían entrar, entonces podían. Otra enfermera que parecía una mamushka dos o tres veces más chica y más vie-

ja que la de la entrada, los acompañó por un pasillo. Era tan blanco que a Muishkin le produjo picazón. Se rascaba con las dos manos, ya incapaz de disimular, cuando llegaron a la habitación de Casal.

La enfermera abrió la puerta y los invitó a pasar. Pero ellos prefirieron que ella entrara primero. No fuera a ser una trampa, la venganza que Maglier hubiese esperado de una mujer como la que los había llevado hasta ahí sin que ellos cuestionaran nada de lo que les había dicho. Sin embargo, la enferma aceptó la gentileza. Era una habitación grande, con una sola cama. Junto a la única ventana había una mesa blanca, junto a la mesa una silla también blanca, y sobre la silla un hombre joven vestido con una especie de overol blanco. Miraba por la ventana, ensimismado, un buque petrolero abandonado bajo la lluvia. El paisaje era el buque.

–Hoy está tranquilo –dijo la enfermera en voz baja, como si el joven no pudiera escucharlos. Después, inclinándose hacia los visitantes y bajando más la voz, agregó–: Hace unos días tuvo un ataque después de la visita de su amigo y su novia, y hubo que sedarlo.

Al escuchar las palabras de la enfermera, los tres se olvidaron de sus aprensiones.

–¿La novia? ¿Usted la vio? –preguntó Abelev, adelantando la silla de ruedas–. ¿Cómo era el amigo?

–Sí, yo los acompañé igual que a ustedes, y los dejé solos. No es lo habitual pero el joven que venía con ella era tan educado, tan caballero –un pequeño destello de simpatía revoloteó por la cara regordeta de la enfermera, y enseguida recuperó la seriedad–. Pero ahora ya no

me dejan, por el incidente me tengo que quedar acá, espero que entiendan.

Entendían, sí, y además, antes de charlar con el paciente, querían mostrarle una foto para ver si identificaba a la chica. Abelev sacó la suya. La enfermera miró la foto, torció la cabeza hacia la derecha, y asintió. Ésa era la chica que había estado días atrás. Le preguntaron cómo estaba vestida, si la habían visto asustada, apurada, si se había comportado de manera extraña; le preguntaron cómo era el hombre que la acompañaba, pero la enfermera no recordaba nada en particular. Estaban tan compenetrados en el interrogatorio que no se dieron cuenta de que el joven Casal había dejado de mirar por la ventana y ahora los miraba a ellos. Tenía unos ojos enormes y las cejas levantadas. La cara flaca, los pómulos altos y la sombra de una barba constante y azulada, le daban un aire de clown alucinado.

–Son como los dragones de la isla de Komodo –dijo Javier Casal.

Después calló, esperando que sus palabras hicieran efecto. Como nadie dijo nada, continuó:

–El que diga que no existen monstruos, es porque nunca escuchó hablar de los dragones de Komodo. ¿Sabían que son capaces de fecundarse a sí mismos? Enormes, feos, oscuros, con las bocas tan podridas que cuando muerden una víctima, sólo les resta esperar. Tienen tantas pestes en sus bocas, que sólo tienen que esperar a que te empieces a podrir... A mí me mordieron las imágenes. Ese barco me mordió –dijo, señalando hacia la ventana–, y ahora me estoy pudriendo

por dentro. ¿Sienten el olor? Barco hijo de puta. Pero no encuentro la marca de sus dientes, y hasta que no la encuentre, no me voy a poder curar...

Y eso fue todo. Abrió la boca como para continuar, pero se detuvo. Abelev entonces aprovechó, en parte para hacerlo hablar y en parte porque se había identificado con lo que el joven pintor había dicho.

–A mí me mordían las frutas de plástico que mi mamá ponía en el frutero de la mesa del living.

Javier Casal volvió de sus devaneos y miró con más detenimiento a sus tres visitantes. Vio gestos, movimientos, sacudones, guiños.

–Sí. Es cierto –dijo, levantando un dedo largo y torcido–. Las frutas de plástico son terribles. Como los cuadros de naturalezas muertas. Te muerden y te muerden hasta que te ponés triste. Y entonces vienen las moscas.

–Las moscas de colores –se sumó Muishkin tímidamente al diálogo.

–Las moscas de colores... sí, azules, verdes, anaranjadas, violetas... Las peores son las amarillas. Las moscas amarillas también te muerden.

–Amarillas –dijo Maglier, saboreando a su pesar la "ll".

–Barco hijo de puta –dijo Muishkin, que lo había estado mirando todo este rato y empezaba a sentir que lo que el joven pintor decía, era cierto.

–Barco dragón –dijo Abelev, que también sentía la ominosa presencia del buque abandonado.

Entonces Casal se volvió hacia el barco y, mientras lo contemplaba, les planteó una duda:

–Ahí adentro viven los dragones de Komodo... ¿Ustedes creen que Noé fue capaz de meterlos adentro del arca?

Muishkin se acercó a la ventana para ver mejor el buque. Algo lo atraía, unos garabatos en azul que resultaron ser un graffiti cerca de la proa sobresaliendo sobre la herrumbre. Con letra desprolija, decía: *"Paren el mundo, me quiero bajar"*. Al final de la frase había un hombrecito dibujado igual al que había encontrado en el edificio quemado de Constitución.

–Ahí fue cuando se jodió todo. Noé los hizo subir y después, cuando el mundo estaba inundado y él estaba aburrido, pintaba naturalezas muertas –dijo Casal.

La enfermera miraba a uno y a otro sin entender lo que estaba pasando, intuyendo vagamente un juego, no sabiendo si sonreír o asustarse. Y cuando ya parecía que todos habían olvidado por qué estaban ahí, Javier Casal se los recordó:

–Ella también me mordió –dijo, señalando la foto que Abelev intencionalmente no había guardado.

–Y después se fue –lo ayudó.

–Y después se fue.

–¿Con quién, Javier? ¿Con quién se fue María? ¿Quién era el hombre que la acompañaba?

El joven negó moviendo la cabeza. Lentamente se puso de pie, se agachó junto a la cama y sacó de abajo una valija de cuero vieja y con manchas de pintura. La apoyó sobre el colchón y, antes de abrirla, volvió a mirarlos. Esta vez sonrió. La sombra azulada de la barba se estiró en una mueca patética. Su boca era tan grande que su sonrisa daba tristeza, como las frutas de

plástico. Hizo un par de movimientos rápidos, pegó un salto que hizo retroceder a la enfermera y, al caer, con la mano izquierda señaló la mano derecha. Estaba mostrando un cuadro del buque.

–No vale la pena que la busquen. Ella está en el Centro de la Tierra –dijo.

Ya era tarde. La mordida venenosa del barco, desde el principio de los tiempos, le había destrozado el cerebro. Mientras sus amigos seguían intentando que dijera alguna palabra que tuviera sentido, Maglier pensó en qué les pasaría a los dragones si el que mordía era él. Después de todo, él era un monstruo torpe que también venía de una isla lejana.

II

Dejemos hablar a la niebla

10. El Pasaje San Lorenzo

Aunque no habían almorzado y el guiso de lentejas de Muishkin era uno de sus platos favoritos, los tres comían con desgano. La lluvia y el frío de la jornada los habían desgastado; los sombríos lugares que habían visitado y sus extraños habitantes, el regreso con las manos vacías, los habían desmoralizado. Después de volver a marear a la enfermera habían logrado revisar el libro de visitas, pero sólo figuraban las de Guadalupe Huidobro y la que acababan de hacer ellos. Sobre María Huidobro y su desconocido y amable acompañante, nada. Cada tanto Maglier miraba la hora, en cualquier momento tendría que partir hacia el trabajo. Muishkin por su parte revolvía el plato con la cuchara, soportando las imágenes que lo asaltaban sugiriéndole asociaciones que no entendía. Generalmente eso lo divertía, pero ahora estaba seguro de que detrás del pandemonio del día había algo para entender. Abelev, en tanto, con el vaso de vino a mitad de camino, escudriñaba su ceguera: sólo podía ver y pensar en María Huidobro, y no podía permitirse eso. Estaba por resignarse a hacer un fondo blanco, cuando la idea lo asaltó.

–¡Eso es! –gritó.

Sus compañeros tardaron en darse cuenta de que no había sido un tic. Abelev, con destreza, giró la silla de ruedas y marchó hacia su pieza. No tardó ni diez segundos en salir con la foto en alto como un trofeo.

–Eso es. La miramos tanto a ella que no miramos el resto.

–Yo no la miré tanto.

–Yo tampoco.

La mejor forma que encontró Abelev para no ponerse en evidencia, fue seguir exponiendo su idea.

–Esta foto es bastante reciente, no sólo nos sirve para reconocerla a ella sino para ver uno de los lugares donde estuvo. Miren.

Les pasó la foto y esperó.

–¿Qué es lo que ven?

Maglier y Muishkin no veían nada. Los gemelos, parados en puntas de pie detrás de ellos, tampoco. Es decir, la veían a ella, y eso era todo.

–No en ella, sino detrás de ella. Está en un balcón sobre una calle estrecha, y se ve clarito la casa de enfrente. Eso no serviría de mucho si no fuera que esa casa es única en toda la ciudad. ¡Es la casa mínima! ¿Ven lo angosta que es? ¿Ven qué chiquitito es el balcón? Es la más angosta de toda la ciudad. Dicen que perteneció a uno de los primeros esclavos libertos. Queda en el Pasaje San Lorenzo, en San Telmo.

Mientras Abelev hablaba, Maglier y Muishkin iban abriendo los ojos, se iban entusiasmando. Aunque fuera una pista difusa, era una pista al fin. Un lugar a donde buscar. Maglier miró la hora. Todavía tenía tiempo de hacer una parada antes de ir a Puerto Madero.

–Vamos ahora –dijo, poniéndose de pie.

Pero no se fueron enseguida. Antes de irse levantaron la mesa, guardaron las sobras en la heladera y lavaron los platos.

El Pasaje San Lorenzo había tenido una época de apogeo en los últimos años, cuando San Telmo se convirtió en un lugar muy frecuentado por los turistas y mochileros europeos. Hostels, bares, casas de diseño y antigüedades aparecieron por todas partes. Pero los turistas desaparecieron con los incidentes del Bicentenario, y de pronto el barrio se vació. Quedaron los anticuarios aggiornados, y los hostels y los bares fueron buscando la forma de sobrevivir. El lujo modernoso envejece mucho más rápido, y pronto la mayoría de los lugares estuvieron a la altura de las viejas casonas del siglo XIX, las casas tomadas en las que la gente se multiplicaba sin demasiado estruendo. Pero los hostels sí se volvieron estruendosos. Decadentes y estruendosos. Porque turistas quedaban, pero eran los que buscaban lugares de disolución, al mismo tiempo exóticos y reconocibles. Estar en Londres y en Shangai al mismo tiempo. Y por supuesto, la temporada alta era el invierno, con sus noches largas y sus cielos grises, con la caricia fría de la niebla seduciendo a los que ya creían que nada podría seducirlos.

Por eso Abelev, Maglier y Muishkin entendieron al conductor del tercer taxi del día cuando se detuvo sobre Defensa, en la esquina del Pasaje, negándose a entrar. No era que el barrio se hubiera vuelto peligroso. Pero es difícil sacudirse del ánimo algunas visiones, y

San Telmo, y el Pasaje en particular, se habían vuelto pródigos en imágenes malditas, imágenes que mordían el alma como hubiese dicho el joven Casal. Al taxista le había alcanzado con vislumbrar los furtivos gestos y las expresiones murmuradas de sus pasajeros, que cuchicheaban sus tics como complotando.

Mientras Maglier pagaba, Muishkin bajó la silla de ruedas y ayudó a Abelev a instalarse en ella. Una tenue llovizna flotaba en el aire, sin terminar de caer. El Pasaje estaba oscuro, apenas iluminado a tramos por faroles que irradiaban una luz amarilla y pobre.

–Es por acá –dijo Abelev, avanzando por la vereda. La casa mínima estaba a menos de veinte metros.

Enfrente a la casa mínima se alzaba un edificio antiguo de tres pisos en bastante buen estado. Junto a la entrada se abría una de esas bocas al infierno de las que salen luces rojas, y en las que invariablemente hay una prostituta fumando en la vereda y un hombre aburrido sentado en una banqueta.

Abelev sacó la foto.

–Por la altura desde la que se ve la casa mínima, debe ser en el segundo piso.

Cada piso tenía dos balcones que daban a la calle. En el segundo piso, uno estaba a oscuras con un cartel viejo de "Se Vende", y el otro estaba iluminado por las luces del departamento. También se oían voces y risas que bajaban, y de vez en cuando alguna sombra se proyectaba desde adentro sobre el balcón.

–Tiene que ser ahí.

Cruzaron y se detuvieron frente a la puerta del edificio. Esperaron. A veces les pasaban este tipo de cosas.

Tenían que tocar el portero, pero no se decidían a hacerlo. Era como un tic al revés. Se miraron, indecisos, y quién sabe cuánto tiempo más hubiesen estado así, si de la boca del infierno de al lado no hubiese salido la voz del hombre de la banqueta.

–Es el segundo B. En lo del fotógrafo. Pero no crean que se van a divertir.

Era una voz tan roja como la luz que subía del interior de la entrada al cabaret, roja con matices azules en los bordes.

–Pero se escuchan risas –se animó a contradecirlo Muishkin.

–Son risas grabadas –dijo la voz–. El tipo está loco.

Y ahora que lo decía los tres pudieron notar que las risas que bajaban del departamento tenían ese entusiasmo mecánico de las risas de los programas de televisión.

–Por ahí hasta está solo.

–¿Y qué nos sugiere usted, que entremos a su local? –preguntó con aire burlón Abelev, para provocarlo y hacerlo hablar.

–Yo no les sugiero nada, caballeros. Además acá, imposible. Ustedes no pueden entrar, es un club privado.

En otra ocasión esa prohibición hubiese bastado para que los tres intentaran irrumpir en ese sótano que no les resultaba para nada atractivo, pero ahora tenían información nueva, y la intriga por el fotógrafo era más fuerte. Ya tenían la foto, ahora les faltaba el hombre que la había sacado. Eso los conduciría hasta María Huidobro.

–Aunque en realidad vos podrías –dijo la voz de repente, tuteando a Abelev–. ¿Llevás mucho tiempo en la silla? –la voz se acercaba, y por un segundo se sintieron desorientados.

Porque la que se acercaba taconeando era la mujer que fumaba. Todo este tiempo habían estado hablando con ella, y no con el hombre de la banqueta que era una sombra encorvada en el umbral, como si las luces rojas y azules que venían de adentro le pesaran en la espalda.

–¡Hi Hitler! –gritó Abelev, cuando tuvo a la dueña de la voz más cerca.

Era un travesti y tenía bigotes. Era macizo y la única curva que ostentaba era la de su panza.

–Un tullido nazi, qué emoción. Tomá mi tarjeta, presentando esto vas a poder entrar. Cuando quieras vení a visitarnos. Con gente como vos hacemos excepciones.

Abelev miró la tarjeta. Era negra de un lado y roja del otro. De ambos lados decía *Cabaret Kaput,* en el centro, con los colores invertidos. Abajo a la izquierda figuraba un nombre y un teléfono fijo. Era un nombre de hombre, Francisco Papaloukas. Después, el hombre vestido de mujer se alejó de ellos. Tenía un andar pesado y sus tacos resonaron en la quietud del Pasaje. Se apoyó contra la pared y siguió fumando.

Ninguno de los tres tenía algo para decir.

Las risas bajaban más irreales que nunca de la casa del fotógrafo cuando Maglier finalmente tocó el portero.

11. Sitcom

El hombre que bajó del ascensor de rejas venía mirándose atentamente en al espejo. Llevaba una bata roja y chancletas, y por todos lados le salían pelos. No era muy alto pero era tan flaco que lo parecía. Tenía una cabeza calva que brillaba incluso en la oscuridad.

–¿Los esperaba?

Había abierto apenas la puerta y los había mirado con curiosidad. Pero no como si esos tres hombres que tenía enfrente, vagamente inquietos y uno en silla de ruedas, le llamaran la atención. Esa era la forma de mirar propia de sus ojos grises.

–Nos dijeron que usted es el mejor fotógrafo del barrio, y venimos a proponerle un trabajo –dijo Abelev. Ni siquiera sabían cómo se llamaba.

El fotógrafo asintió un largo rato, jugueteó con una barba que no tenía, se rascó el mentón. No parecía importarle la hora ni lo precaria que resultaba la referencia. Cuando se cansó de acariciar esa barba invisible se hizo a un lado y los invitó a pasar.

Ya en el ascensor, amontonados los cuatro, volvió a mirarse en el espejo. Se tocaba la cara, como buscando algo.

–No me cierra. Y cuanto más me miro menos me cierra. Pero la muy hija de puta de mi mujer insistió en que me afeitara. Que parecía sucio, que le molestaba, que agarraba olor... Ahora parezco enfermo. Podría unirme a los loquitos de acá abajo. Diganmé, ¿ustedes preferirían un marido sucio, o uno enfermo?

–Yo preferiría no tener marido –respondió tímidamente Muishkin, que trataba de no mirar al espejo porque se mareaba. Había más cabezas que cuerpos. Los gemelos también estaban ahí.

Maglier por su parte permanecía en silencio, se mantenía en un segundo plano. Él sólo abriría la boca para hacer las preguntas que habían venido a hacer.

El ascensor traqueteó antes de detenerse en el segundo piso. El primero en bajar fue el fotógrafo.

–Por acá, caballeros.

Cuando abrió la puerta del departamento, una andanada de aplausos los recibió. Eran aplausos grabados, tan mecánicos y fantasmales como las risas. Entraron a una habitación enorme de techos altos, en la que no había nadie. En un extremo estaba todo dispuesto como para una sesión de fotos. Luces, una pantalla roja de fondo, tres cámaras apuntando hacia el mismo lugar desde diferentes puntos y alturas. En el resto de la habitación había pocos muebles, un armario blanco, una alfombra persa con almohadones, un barcito en miniatura con rueditas para que quien estuviera sentado o echado no se tuviera que parar, y un par de mesas ratonas de formas caprichosas. En una de las paredes había un aro de básquet adosado con un pequeño tablero de madera y una red azul, blanca y roja. En el

resto había fotos de personas en diferentes tamaños, algunas en colores y otras en blanco y negro. Había algunos desnudos pero la mayoría de los modelos estaban vestidos. Eran hombres y mujeres de todas las edades pero predominaban las mujeres jóvenes. Una de ellas era María Huidobro. Estaba vestida igual que en la foto de Abelev, y ladeaba la cabeza hacia la derecha.

–Si no les molesta, mientras charlamos voy a seguir con la sesión. Estoy haciendo autorretratos –dijo el fotógrafo, mientras se acariciaba la barba que ya no tenía.

Después tomó un disparador que se conectaba a las tres cámaras y se ubicó en el centro de la escena. Una vez ahí se sacó la bata. Quedó en calzoncillos, con un sleep ajustado, a rayas rojas y blancas. Disparó una, dos, tres veces, y mientras lo hacía cambiaba de posición. Tenía tantos pelos en el cuerpo y era tan flaco, que parecían salirle directamente de los huesos. A la quinta vez que disparó, esta vez poniéndose de perfil y mirando hacia arriba, como un prócer, se escucharon las risas. En todo ese tiempo Maglier y Abelev permanecieron incómodos en el centro de la habitación. Habían mirado las fotos, habían reconocido a María, y ahora esperaban algo del fotógrafo sin saber muy bien qué. Y mientras los gemelos se llenaban de estupor al comprobar que ellos estaban en calzoncillos igual que el fotógrafo, Muishkin se había acercado al barcito y en cuclillas, miraba una botella en particular. Jugaba con ella viendo cómo la luz le sacaba matices verdes y brillantes. Era una botella de ajenjo.

–¿Y cuál es el trabajo que quieren proponerme?

Maglier y Abelev ya habían perdido la cuenta de las veces que el fotógrafo había apretado el disparador, cuando les hizo esta pregunta. Dudaron, y el fotógrafo malinterpretó su silencio. Por primera vez detuvo su atención en los callados visitantes. Sus ojos grises, casi transparentes, se endurecieron.

–Si están con los loquitos de acá abajo ya les dije que no me interesa –dijo.

Abelev estaba por sacarlo de su error y sincerarse, cuando una mujer irrumpió en la habitación, los saludó al pasar, le dijo al fotógrafo "Yo me voy a dormir, Carmelo", y desapareció por otra puerta. Era una mujer alta y estilizada, que a pesar de estar con un pijama de hombre se movía como en una pasarela. Tanto cuando entró como cuando salió, volvieron a sonar los aplausos.

–No venimos... –llegó a decir Abelev.

Pero el fotógrafo lo interrumpió con sus sollozos. Quiso reprimir el impulso con una risa pero le salió el llanto. Había agachado la cabeza y se agarraba la frente.

–No aguanto más... –dijo, y se tomó un segundo para recuperarse. Cuando logró reprimirse continuó–: Al principio fue divertido. Fue el mejor regalo que recibí en mi vida. Hace meses que está instalado, y ya no lo aguanto más. Y ella encima como si nada. Como si no escuchara nada, duerme todo el día y a la noche se va dormir, ¿se dieron cuenta de la capacidad monstruosa que tienen las mujeres para dormir? –se detuvo de golpe. Se llevó un dedo a los labios y señaló el aire, indicándoles que escucharan, pero nada pasó–: Encima suenan cuando quieren, tienen vida propia. He proba-

do todo, toqué todos los botones, desenchufé todos los cables que encontré, pero sigue funcionando. Y lo peor no es que los aplausos suenen cuando alguien abre o cierra una puerta, y las risas sean aleatorias –y como invocadas, las risas se hicieron escuchar–. Lo peor es que en algún momento uno se pregunta, ¿y qué hacen esas voces que ríen cuando no ríen? ¿Qué tocan esas manos que aplauden?

Las risas volvieron a escucharse como si en verdad se burlaran del fotógrafo. El pobre hombre miraba el techo y las venas se le marcaban en la frente y en la cabeza calva. Abelev vio la oportunidad de entrar en confianza.

–¿Dónde tiene la consola? Yo trabajo con equipos modernos y tengo un instinto infalible con los aparatos.

El fotógrafo dejó de buscar en el aire como si las risas y los aplausos fueran insectos, y lo miró.

–Sí, sí, puede ser –asintió entusiasmado–. Les hago una rebaja si logran apagarlo –dijo, mientras abría el armario.

Abelev se acercó al aparato. Nunca había visto una consola así, ni siquiera sabía que existían, pero disimulo su desconcierto. Detrás de él, el fotógrafo, Maglier y Muishkin esperaban expectantes. Los gemelos también, aunque cada tanto echaban una mirada desconfiada alrededor. La muerte los había vuelto demasiado sensibles a las invisibilidades.

–En realidad nosotros no vinimos a pedirle fotos. Estamos buscando a esa muchacha que está ahí –dijo Maglier, en un tono neutro que hizo que el otro parpadeara.

Después de seguir con la vista el retrato de la pared que señalaba Maglier, el fotógrafo empezó a entender la situación. De pronto se sintió desnudo y fue a buscar su bata. Mientras se la ponía, negó con la cabeza y murmuró cosas para sí. Una vez que se sintió vestido, volvió hacia ellos.

–María Huidobro –aclaró Maglier. Eso le pareció suficiente.

–Ah, María... Ya sé, ya sé. Pero no es problema mío. Ella se fue con Santolaya, y los que se van con Santolaya no vuelven más.

–¿Y quién es Santolaya?

–¿Quién es Santolaya?... –El fotógrafo intentó reír, pero su risa sonó solitaria y falsa, más irreal que las carcajadas grabadas.– Es un morocho con cara de indio. Siempre bien vestido, impecable, pelo corto y siempre peinado raya al medio. Una vez quise sacarle fotos pero él se negó. Muy amablemente se negó. Es el hombre más amable del mundo.

–¿Y a dónde se van los que se van con Santolaya?

El fotógrafo sonrió, lo que era transparente en sus ojos brilló un instante. Las risas sonaron y esta vez parecieron acompañarlo, unirse a él. Quiso desviar la conversación.

–Y, mi estimado desconocido... ¿cómo va con este aparato del infierno?

Intentó acercarse a Abelev que conectaba y desconectaba cosas en la consola, haciendo tiempo para que Maglier preguntara, pero Muishkin, que hasta el momento no había hablado, se interpuso en su camino.

–Me hablaba de Santolaya –retomó Maglier.

El fotógrafo vio que no tenía otra alternativa que responder.

–Claro, sí. Es un tipo joven y siempre anda con mucha plata. Aparece poco, y cuando aparece todos saben para qué aparece. Es un reclutador. Busca gente, ¿entienden? Aparece en donde hay fiestas, y elige. No solo mujeres, sino también hombres. Y todos los que se van con él se van porque quieren. Yo lo he visto varias veces porque organizo muchas fiestas... me gusta que la casa esté llena de gente. Lo necesito. Así es más fácil soportar... –esta vez las risas se adelantaron, aparecieron antes de ser nombradas–, soportarlas –agregó resignado, señalando al aire.

Sin embargo, los únicos que seguían el bamboleo de sus manos eran los gemelos. Maglier y Muishkin lo miraban fijo. Para ellos las risas y los aplausos grabados que salían de todas partes y de ninguna, eran como un tic de la realidad. Y cuando la realidad tenía tics, ellos no.

–Ya sé cómo desconectarlo –dijo entonces Abelev, girando triunfante sobre la silla de ruedas.

–¿Cómo? –se le abalanzó el fotógrafo. En parte porque quería que lo hiciera, pero también porque no quería seguir hablando de ese tal Santolaya.

–Primero nos tiene que decir a dónde se lleva la gente ese amigo suyo.

El fotógrafo se encogió de hombros. La calva le brillaba cada vez más.

–No es mi amigo, apenas lo conozco. Y qué importa a dónde se los lleva, a ningún lado... Ese lugar no existe, y si existe sólo él sabe dónde queda.

–Qué lugar, Carmelo –insistió Maglier, una sombra de impaciencia en su voz.

–El CentrodelaTierra –dijo el fotógrafo, al mismo tiempo que sonaban las risas. Lo dijo como pidiendo disculpas.

Los amigos se miraron y sólo Muishkin pareció entender.

–¿El Centro de la Tierra? –preguntó Maglier.

–No, el CentrodelaTierra –lo corrigió Muishkin, que no podía creer lo que estaba escuchando. El novio de María ya se los había dicho pero él en ese momento no lo había entendido. Él había oído hablar de ese lugar. De pronto sintió que ahí estaban perdiendo el tiempo–. Vamos, ya está, ya sabemos lo que tenemos que saber y sé a quién tengo que preguntarle el resto.

–¿A quién?

–Al Murciélago Rojo. Dicen que los que han estado ahí, no vuelven, pero él volvió. Si ese lugar existe, él estuvo ahí.

Muishkin ya iba hacia la puerta y sus amigos comenzaron a seguirlo, cuando el fotógrafo les cortó el paso. Antes de que hablara se escucharon las risas.

–¡Pero me prometieron desconectarla!

Se lo veía desesperado. Maglier pensó en agarrar uno de los trípodes de las cámaras y golpear la consola hasta que todas las lucecitas se apagaran. Pero tuvo un tic al revés, y no lo hizo. Cuando salieron del departamento, se escucharon los aplausos. El fotógrafo quedó en medio de la habitación iluminada, desahuciado. Desde el ascensor volvieron a escuchar las risas. Cuanto más lejanas y artificiales se oían, más reales parecían. Eran risas que no necesitaban dueño.

12. Un hombrecito para la casa mínima

Ya en la calle los envolvió la niebla. La llovizna había desaparecido y ahora en vez de sentir el minúsculo toqueteo del agua, sintieron la gruesa y helada caricia de la humedad que se movía con una sensual pesadez. Era una niebla sucia, y los faroles del Pasaje despedían una luz biliosa que moría antes de llegar a los adoquines.

–¿Qué es eso del CentrodelaTierra?

Muishkin estaba molesto y traqueteaba como si quisiera salir volando. Quería ir a los subsuelos donde reinaba el Murciélago para hablar con él.

–Es una especie de mito. Una gran disco subterránea. Se supone que los que entran ahí no quieren salir más, y que funciona todo el tiempo. Pero nadie sabe dónde queda.

–Y vos creés que el Murciélago sabe...

–Sabe. Lo escuché muchas veces decir que estuvo ahí, pero siempre creí que lo hacía para mandarse la parte.

Mientras Abelev preguntaba y Muishkin respondía, Maglier se había quedado callado, observando. De a ratos un poco de viento cortaba la niebla y llegaba a ver el final del Pasaje sobre la avenida Paseo Colón. No había nadie en todo el trayecto. En el cabaret de al lado

habían entrecerrado las puertas para que la bruma no entrara.

–Yo tengo que ir a Madero –dijo, pero estaba pensando en otra cosa. Hubiese querido tener la bicicleta con él. La piedra china en el fondo de su bolsillo era como un amarre, lo único que le permitiría encontrar el rumbo hacia el día siguiente. Estaba cansado y tenía el corazón lleno de presentimientos.

–Yo voy a...

Abelev había tomado la iniciativa para dividirse las tareas cuando escucharon el chirrido de la madera. Frente a ellos, apoyada en la pared de la casa mínima, había una escalera que no habían visto. Era una escalera alta. Dos adolescentes la sostenían, uno de cada lado, mirando hacia arriba. Sobre el límite de la escalera, a unos siete metros del piso por sobre el balcón y casi llegando al techo, un tercer adolescente hacía equilibrio peligrosamente, enredado en la niebla que a veces lo tapaba por completo. Ninguno de los tres se animó a decir nada, ni siquiera se movieron, como si el menor gesto pudiera hacerlo caer. Pero cuanto más pensaban en quedarse quietos, más rápido aparecían los tics. Muishkin sacudió la cabeza varias veces, como si tuviera mucho frío o negara algo y no le creyeran, y se tapó la boca para no imitar el chirrido que hacía la escalera con los movimientos acrobáticos del adolescente. Abelev también sacudió la cabeza pero haciendo círculos y Maglier sintió cómo los músculos, desde la pantorrilla para arriba, se tensaban y se soltaban, una marejada de calambres que amagaban y se relajaban. Tardaron un buen rato en descubrir lo que el joven estaba haciendo.

–Está dibujando con un aerosol –dijo Muishkin en un susurro.

Era como si estuvieran espiando a un grupo de animales en lo más profundo de la selva y no quisieran espantarlos. Los adolescentes que sostenían la escalera no parecían haberse dado cuenta de que ellos estaban ahí, y se limitaban a mirar a su compañero en las alturas. No se los notaba ni ansiosos ni preocupados, como si lo que estaban haciendo fuera una rutina. El gemelo del piedrazo se acercó y le dijo algo al oído a su hermano, y éste a su vez se acercó a Muishkin e hizo lo mismo. Pero él no necesitaba que le dijeran nada. Ya se había dado cuenta. Ya sabía que lo que el adolescente estaba dibujando era un hombrecito como el que habían visto en Constitución, cinco rayas y un círculo, el mismo que se repetía sobre el casco herrumbrado del buque petrolero. Muishkin sintió un nudo en la garganta. ¿Los hombrecitos los estaban siguiendo a ellos o ellos seguían a los hombrecitos sin saberlo? Cualquiera de las dos opciones era preocupante.

Estuvieron alrededor de cinco minutos observando trabajar al adolescente cuando la niebla se los permitía, adivinando los contornos de la figura que iba completándose. Dibujaba lentamente, como si cada detalle importara, corrigiendo con paciencia las imperfecciones de las rayas sobre la superficie despareja de los viejos ladrillos. Cuando terminó de dibujar, el chico bajó. En el camino se detuvo, corrió una traba de cada lado de los parantes y la escalera se redujo a la mitad de altura. Los últimos peldaños los evitó de un salto y sin que ninguno dijera nada, entre los tres inclinaron la escalera hasta

dejarla en posición horizontal. La levantaron por encima de sus cabezas, los que la sostenían uno adelante y otro atrás, y el que había estado dibujando en el medio, y se fueron en dirección a Defensa. Abelev, Maglier y Muishkin los vieron perderse en la esquina. En ningún momento se dieron por enterados de su presencia.

–Esta ciudad está cada vez más rara –dijo Abelev, finalmente, tratando de retomar la noche en donde la habían dejado cuando los interrumpió la visión de los adolescentes y su escalera.

Maglier no dijo nada. Muishkin, que miraba hacia la casa mínima, hacia el hombrecito, reflexionó en voz alta.

–Es como el del juego del ahorcado. Lo que más me molesta es que no tenga ojos ni boca. Son dos puntitos y una rayita, ¿qué le costaba hacerlo? Apurados no parecían.

Pero tampoco parecía que el hombrecito necesitara ojos o boca. Su presencia era ciega y silenciosa. Un testigo que si se lo miraba fijo mucho tiempo ponía los pelos de punta.

Abelev volvió a traerlos al orden.

–Nosotros sí estamos apurados. Hagamos así. Vos vas a hablar con el Murciélago a ver qué te dice de esa disco, Maglier va a trabajar y yo me meto el cabaret. Si ese tal Santolaya andaba por acá, seguramente lo conocen. Mañana a la mañana pasamos en limpio lo que averiguamos y vemos cómo seguir.

–¿Estás seguro de que no querés que me quede con vos?

A Maglier no le gustó la idea de que Abelev bajara solo al sótano del travesti.

–Chsssshhhh. Andá tranquilo, yo sé cuidarme.

Abelev había contestado con firmeza, aunque no estaba seguro de que eso fuera cierto.

–¿No querés que al menos te ayudemos a bajar?

–No, van a desconfiar. Yo me las arreglo.

Los tres estaban tiritando de frío en una calle vacía y mal iluminada, bajo la presencia ominosa del hombrecito sobre la casa mínima, pero no se decidían a despedirse. Abelev intentaba convencerse de que bajar al cabaret *Kaput* no podía ser peligroso, de que era necesario hacerlo; Muishkin no dejaba de pensar que esos hombrecitos debían significar algo, que debía estar más atento para no pasar por alto nada, como le había sucedido cuando Javier Casal nombró al Centrodela-Tierra, y Maglier se oscurecía cada vez más pensando ahora en el juego del ahorcado que había nombrado su compañero. ¿Qué palabra lo había salvado de la horca, cuál terminaría por atenazarle la garganta? La lengua se le pegó al paladar y la letra "ll" fue un sonido chiquito que no llegó a formar ningún vocablo.

Sin embargo había algo más que los retenía ahí, envueltos en esa viscosidad fría, entre las casas antiguas del Pasaje que parecían tragarse a la niebla y enfermarse de una somnolencia profunda e hipnótica, la misma que los habitantes de las casas tomadas esgrimirían después como una amenaza a quien se aventurara en sus territorios. Era vergonzoso admitirlo, pero cuando estaban juntos era más fácil ganarle a los pensamientos huecos y vertiginosos del Tourette, a la parte del Tourette que ellos le atribuían al mundo. ¿Qué miedo ocupa el lugar de los monstruos y los fantasmas cuando

se deja la infancia atrás? Porque los tics no sólo iban de adentro hacia fuera sino también de afuera hacia adentro, bien-bien-bien adentro. Abelev perdido entre sus propias cosas y las de sus compañeros, extrañando a su madre y tratando de volver reconocible el departamento, de quitarle sus ganas de mirar: sólo los objetos desconocidos nos miran. Muishkin absorbido por el vodevil de los gemelos, sintiéndose culpable cuando creía en ellos, aceptando la credulidad de su locura cuando los escuchaba discutir a pesar de estar seguro de que no podían estar ahí. Maglier ahogado en presentimientos, en palpitaciones negras que ahora le decían que tenía que volver a esa casona de Belgrano y perderse entre sus pasillos y habitaciones. Que ahí había un rincón para él. Un lugar donde acurrucarse mientras la señora se paseaba sonámbula por su reino. Las cicatrices no estaban ya en el cuerpo de la mujer sino en la punta de su dedo índice y eso lo volvía un hombre peligroso.

Se despidieron, quedando en encontrarse para el desayuno. El primero en alejarse fue Maglier, las manos en los bolsillos del sobretodo, hacia Paseo Colón. La niebla, con una solicitud sospechosa, se abría para dejarlo avanzar. Muishkin le guiñó un ojo a Abelev, que le devolvió el gesto. Después se fue hacia Defensa, con paso rápido, tarareando alguna de sus canciones a falta de la flauta. Abelev esperó a quedarse sólo en el Pasaje, y luego giró la silla y se encaminó al cabaret. La puerta se abrió como si lo hubiera estado esperando.

Al rato, el único testigo de los remansos de la niebla, de la agonía de los faroles en el Pasaje San Lorenzo, era el hombrecito azul de la casa mínima.

13. *Kaput*

El hombre de la banqueta, que le había abierto la puerta al verlo acercarse, le dedicó, entre su escasa provisión de gestos, algo parecido a una sonrisa. Era grueso, alto y jorobado, y vestía un traje negro con una camisa negra. Usaba el pelo con colita a pesar de las entradas que tenía, y aún en la penumbra rojiza y azulada se notaba que estaba teñido. Adelantó la mano como para decirle que esperara, y luego se perdió escaleras abajo.

Abelev miró a su alrededor. Era la entrada a un cabaret, pero a pesar de las luces, el color oscuro de las paredes y el gran afiche de Marlene Dietrich que al fondo, en el recodo de la escalera, anunciaba *The devil is a woman*, no inspiraba ni pensamientos ni aprensiones eróticas. Al menos eso le pareció a Abelev, que de todas maneras se descalificó como catador de lascivia. No estaba excitado y eso podía significar que la culpa era del lugar. Pero había otra opción más, a la que no estaba dispuesto a enfrentarse.

Por suerte no tuvo que esperar mucho para ver aparecer al portero con Francisco Papaloukas.

–¡Heil Hitler! –lo saludó el travesti, agitado por la subida. Acompañando el saludo levantó el brazo en

posición de firmes–. Qué bueno que hayas decidido pasar a visitarnos. Me estaba aburriendo en grande esta noche.

A pesar de estar vestido de mujer, el hombre no parecía preocuparse mucho por las posibles entonaciones femeninas. En vez de coquetear, parecía estar invitándolo a jugar un partido de truco.

–Acá el amigo Crespo nos va a ayudar a bajar. Yo te llevo a vos y él lleva la silla.

Por un momento, Abelev pensó en sugerir que fuera al revés, pero no quería que Papaloukas se ofendiera y que Crespo tuviera alguna impresión errónea. Así como estaban las cosas, no podía saber con quién corría más riesgos.

Con una facilidad que lo sorprendió, Papaloukas lo alzó en brazos. Abelev se afirmó agarrándolo del cuello y comenzaron a bajar. De Papaloukas, que respiraba ruidosamente, salía un olor mezcla de maquillaje y sudor.

–Tranquilo, bebé, que conmigo estás seguro. A mí no me gustan los hombres –le aclaró Papaloukas entre resoplidos. Dos escalones más abajo, una idea se le cruzó y le preguntó alarmado–: ¿Vos no serás gay, no?

Abelev negó moviendo la cabeza.

Al final de la escalera los esperaba Crespo con la silla dispuesta. Después de ayudar a Abelev a que se acomodara, Papaloukas sacó de un monedero minúsculo de lentejuelas un billete de cien pesos y se lo dio a Crespo.

–¡Bienvenido a *Kaput*! –dijo el travesti, y con el brazo estirado recorrió el lugar.

Era un sótano amplio, con columnas en el medio. Sobre el fondo había una barra con banquetas y, en los costados, en las zonas más oscuras, pequeñas mesas redondas y sillas de distintos tamaños, formas y colores oscuros. No había más de treinta personas en todo el lugar, entre hombres y mujeres. Desperdigados por los rincones había también algunos sillones que parecían estar devorándose lentamente a quienes los ocupaban.

–Tengo que reconocer que este monedero me gusta –dijo Papaloukas, serio, observando el pequeño objeto que irradiaba resplandores de luciérnaga en sus manos. Después le sonrió a Abelev y se ubicó detrás de la silla de ruedas para empujarla.

Fueron hasta la mesa más cercana a la barra sorteando los escasos bailarines de la pista, y se instalaron ahí. Estaba sonando "Karma Police", de Radiohead, y, a pesar suyo, Abelev comenzó a sentirse cómodo en el ambiente. Papaloukas debió notar la sorpresa de su invitado.

–¿Viste que no era tan malo? ¡Este es el paraíso! –dijo–. Cuando murió Fernández y yo perdí la apuesta, estuve todo un día pensando en no venir más. Esa noche fue la única noche, en los últimos cinco meses, que no vine. Pero no me aguanté. Al día siguiente salí a comprar ropa de mujer, encontré este precioso monederito, y me vine.

–¿Apuesta?

–Sí, fue una noche más desastrosa que otras... No sé... Generalmente no hacemos esas cosas. No quiero excusarme, pero fue idea de Fernández. Creo que a él le costaba más aceptar lo que le había pasado, y yo no

lo culpo. ¿Quién podría hacerlo, eh? Pero bueno, él se murió primero y a mí me tocó esto de que para venir a *Kaput* tengo que vestirme de mujer "por el resto de mis días".

Abelev lo miraba con los ojos grandes y redondos, con las cejas levantadas.

–¡¿Por el resto de tus días?!

–No es tan terrible como parece... o sí, jeje. Ya estoy en cuenta regresiva. Pero como por lo visto todavía no te diste cuenta, te lo voy a explicar. Mirá un poco a tu alrededor. ¿Qué ves?

Abelev hizo lo que Papaloukas le pedía. Había dos parejas bailando y tres personas más, dos mujeres y un hombre, que se movían solas bajo el lento rotar de la bola y los lásers perezosos que se movían ralentizados, lo que le daba a la visión una extrañeza de ensueño. El resto estaba desparramado en pequeños grupos en las mesas, los sillones y las banquetas de la barra. Lo primero que Abelev notó fue que había muy poca gente joven. El promedio era bastante alto e incluso había dos o tres hombres que debían tener más de setenta años. Mientras Abelev estudiaba el lugar Papaloukas le hizo un gesto al barman, que enseguida le alcanzó dos gin tonic. Cuando Abelev se volvió sobre su guía se encontró con el brebaje enfrente. Sin preguntar qué era tomó un largo trago.

–Este lugar, mi amigo, es un club privado. A veces invitamos a gente, potenciales socios, pero generalmente sólo estamos nosotros. El club lo fundó un alemán que vino hace nueve años durante el auge del turismo, cuando Buenos Aires era barato para ellos.

Había viajado con su mujer, una española preciosa, dicen. Después de andar por la Patagonia recalaron en San Telmo. Estaban en un hostel y la última noche, antes de viajar de vuelta a Europa, se acostaron temprano. Al otro día él se despertó primero y bajó a preparar el desayuno. Cuando subió con todo servido en una bandeja, ella todavía estaba dormida. Se acercó a despertarla, y cuando le dio un beso en la frente notó que estaba fría. La sacudió, dicen que hasta le pegó. Imaginate la desesperación del alemán, pobre tipo. La española estaba muerta. Se había muerto así, durmiendo, en silencio, mientras él roncaba al lado. Ninguno de los dos tenía más de veinticinco años. Muerte blanca le llaman algunos, como si todas las muertes no fueran negras, como si la muerte tuviera un color... –una sombra de amargura cruzó su rostro y sus ojos se hundieron en la penumbra exagerada del rimel. Tomó un trago de gin tonic y continuó–: El desgraciado anduvo a los tumbos, emborrachándose durante varias semanas en todos los bares y tugurios del barrio. En alguna de esas borracheras se le ocurrió la idea. Vendió todo lo que tenía en Alemania y compró este lugar. Publicó en Internet avisos y se sentó a esperar. La gente empezó a llegar, sobre todo de afuera pero también de acá, "turismo terminal en el culo del mundo" decían. Al principio los chistosos y los morbosos vinieron de a montones, pero él supo ir dejándolos afuera. Aunque no parezca, jeje, acá en *Kaput* somos todos gente sana.

Abelev iba entendiendo, y de pronto el gin tonic no fue capaz de desatar el nudo en su garganta. Se alzó

varias veces de hombros y giró la cabeza como si dijera que sí, como si dijera que no y volviera a decir que sí. Papaloukas, implacable, continuó con su relato.

–El requisito para asociarse es un certificado médico. Pero en vez de que diga que estás saludable, tiene que decir que te queda, como mucho, un año de vida. Este alemán hijo de puta se rodeó de moribundos, jeje-je. Imaginalo del otro lado de la barra, sanito y desesperado entre gente con cáncer, con sida y todo tipo de enfermedades terminales. Si hubiese estado cuando yo entré, lo hubiese cagado a palos... Al principio, porque ahora no, ahora entendí –reconoció Papaloukas, que después de dar un trago en falso con el vaso vacío, lo levantó y se lo mostró al barman–. En fin, después pasó lo que tenía que pasar. Un día llegó una mujer de unos cuarenta años con cáncer, y el muy imbécil se enamoró. Aunque algunos dicen que él estaba esperando eso, yo creo que no, que el tipo no se lo esperaba. Con la española se le había ido todo y él sólo quería entender en la muerte de los otros lo que le había pasado a ella. No sé si el alemán logró entender algo o no, pero que se enamoró se enamoró. Se fueron a vivir juntos y él la cuidó hasta el último segundo. Al día siguiente de su muerte el alemán despidió a todos sus empleados sanos y puso un aviso pidiendo empleados con las mismas condiciones que los socios. Cuando armó la plantilla, dejó una cuenta de banco y una guía para que el lugar pasara de mano en mano, y desapareció. Algunos dicen que se suicidó, otros que se hizo monje y se metió en algún leprosario en África. Yo creo que todo eso es muy novelesco. Para mí que se volvió a Alemania, se

compró una casita en las afueras de alguna ciudad y tiene un jardín hermoso en el que se la pasa trabajando. Pienso también que el muy hijo de puta va a vivir cien años.

Papaloukas terminó su relato justo cuando el barman le acercó el trago. Era un joven alto, de rasgos arábigos y una barba de veinte centímetros. Abelev pensó que el empleado debía tener su edad, no mucho más de treinta años. Lo miró tratando de no mostrar curiosidad. El barman, antes de irse, le preguntó si quería otro gin tonic, y él miró su vaso. Estaba vacío. Se lo había tomado sin darse cuenta.

–Traele, traele, que la noche recién empieza –dijo Papaloukas, y Abelev asintió, intentando sonreír.

Por un rato permanecieron en silencio. Lo que sonaba ahora era "Amused to death", de Roger Waters. Habían pasado un tema de Morphine y otro de Nick Cave. Cuanto más miraba a la gente más notaba la tranquilidad con la que se movían, la camaradería con la que se trataban. De alguna manera era como estar en el fondo del mar. Abelev se detuvo un instante mirando la escalera de la entrada. Desde abajo se veía todo más rojo. Papaloukas creyó que la miraba pensando en el portero, y entonces comentó.

–Así como lo ves, a Crespo no le debe quedar más de un mes de vida. Está desde antes que yo, y hay días en que se sienta en la banqueta y no se mueve más. Seguro se muere ahí, sería lo más justo, lo más parecido a lo que él quiere. Es un gran tipo, Crespo...

Papaloukas asintió, tomó un trago corto y se quedó jugando con un hielo en la boca. El bigote se le movía

para un lado y para otro. Abelev lo buscó debajo del maquillaje, que ya se había corrido. Parecía un cajero de banco venido a menos. O el dueño de una ferretería o una farmacia muy charlador con los clientes. ¿En verdad se estaría muriendo? Lo que más lo hacía transpirar era la peluca con rulos. Cuando el hielo se derritió, suspiró y volvió a hablar.

–Pero vos no estás acá para conocer la historia del lugar, y te aseguro que no vas a conocer la mía. Te invité porque me resultaste divertido. Seguramente vos sos otro de esos hijos de puta que van a vivir cien años. Te lo noto en la cara. Pero si no es así, al menos ya conocés el lugar. Ahora preguntá lo que viniste a preguntar, dale.

Abelev tuvo que tomar varios tragos antes de poder hablar. Finalmente preguntó por Santolaya.

–¿Un morocho pituco como sacado de una foto de Gardel? –lo describió seguro Papaloukas–. Sí, anduvo por acá, pero no duró mucho. Se presentó con un certificado falso y lo descubrieron. Cuando él dejó de venir hubo varios que tampoco volvieron. Lo único que te puedo decir es esto. Este lugar no es el más alegre del mundo, ni el más luminoso. Antes de llegar acá vi muchas cosas, y acá en *Kaput* vi muchas cosas más. Pero nunca nada me dio tanto miedo como la sonrisa de ese tipo.

Después de eso los gin tonic se sucedieron y Abelev, entre el espanto y la felicidad, bebió, rió y hasta bailó con la silla de ruedas. Cuando salió del lugar ya era de día. Otro día gris sobre Buenos Aires. Papaloukas lo había ayudado a subir empujando la silla, y al pasar

junto a Crespo Abelev creyó oportuno contarle también a él que estaba enamorado, y le mostró la foto de María Huidobro. Pero no solo le dijo que estaba enamorado, le dijo también que estaba de novio.

–Es muy hermosa –dijo el hombre sobre la banqueta. Con la claridad que entraba por la puerta entreabierta, ahora se notaba que estaba teñido de un marrón abetunado–. Espero sean felices.

Del regreso al departamento a Abelev le quedaría un recuerdo confuso. La idea de que aunque nunca en su vida había tenido una planta, ahora deseaba ansiosamente cultivar su propio jardín. La idea de que para hacerlo se vestiría de mujer y se pondría unos bigotes falsos. No estaría solo, con él estaría María, a quien le habría regalado un monederito de lentejuelas verdes. Y claro, vivirían más de cien años.

14. Hombres en la Luna

Le llevó media hora llegar caminando al departamento para buscar la bicicleta, pero aunque estaba apurado no quiso tomar un taxi. Primero porque no quería viajar solo, los gemelos no contaban. Segundo porque necesitaba pensar, y caminar lo ayudaba a hacerlo. Al cruzar la 9 de julio, casi a la altura donde estaba la subida de la autopista que habían vuelto a cortar, sólo las sirenas de dos autos de la policía titilando en el cauce de cemento, Muishkin ya había dejado la frustración atrás, y se regocijaba en ese optimismo que escandalizaba a la mayoría de los que lo conocían. Encontrarían el CentrodelaTierra y rescatarían a la chica. Podía haber cuantos hombrecitos azules quisieran dibujar en las paredes de Buenos Aires, pero ninguno de ellos volvería a imponerle sus funestos testimonios de silencio. Había cruzado Bernardo de Irigoyen y estaba dejando pasar algunos autos en el carril central de la avenida, cuando empezó a cantar.

Oh, Life is bigger
It's bigger than you
And you are not me
The lengths that I will go to

The distance in your eyes
Oh no I've said too much
I set it up...

En el departamento cargó la flauta y la gomera en una mochila, fue al baño, se tomó medio litro de agua y salió en dirección a Primera Junta. La niebla volvía las calles peligrosas para andar en bicicleta, pero no le importó. Pensaba mejor todavía cuando pedaleaba, y era uno de los momentos en que los gemelos desaparecían. Solo con su alma pedaleó en la noche y siguió cantando. Ahora el que parecía un fantasma era él. Más de algún conductor trasnochado se persignó al verlo pasar a gran velocidad, primero por avenida Belgrano en contramano y después por varias calles oscuras hasta que desembocó en Rivadavia. Tenía la cara mojada por la niebla. El frío le quemaba la piel y sacaba lágrimas horizontales de sus ojos entrecerrados. Pero esas lágrimas también se las regalaba él a la noche, a las calles que transitaba con algo parecido a la alegría oprimiéndole el pecho. La velocidad de la bicicleta lo vaciaba de tics, le daba una serenidad que lo desconcertaba. Era como cuando en un bar encontraba un chicle pegado debajo de la mesa. No podía evitar tocarlo una y otra vez, y los ojos se le llenaban de lágrimas. Tocaba el chicle y lloraba, ¿qué era eso que sentía? Cuadras y cuadras fueron quedando atrás, la ciudad iba cambiando su fisonomía, la soledad no era la misma en Once que en Caballito, los pasos de los transeúntes en las veredas, las gomas de los autos y los colectivos chasqueando en las calles mojadas, le hablaban de distinta manera. Incluso

su canción sonaba diferente. Pasó Primera Junta e hizo dos cuadras más, para bajar en la siguiente estación justo a la altura de la disco en donde seguramente encontraría al Murciélago. Al llegar no se metió enseguida por la boca del subte, caminó un rato hasta recuperar el aire, pero sobre todo para aceptar la ausencia de velocidad. Esa desazón que le impedía hablar y que a pesar de sus vueltas alrededor de la entrada el Murciélago distinguió con su acostumbrada sutileza para percibir el estado de ánimo de quien venía de la superficie.

–¿Cuándo vas a aceptar que la vida ahí afuera no te hace bien, o te hace demasiado bien? –la sonrisa y la pregunta del Murciélago se dirigían a Muishkin como si él fuera muchas personas al mismo tiempo. El Murciélago siempre parecía hablar en plural, y ése era uno de los rasgos que lograba desconcertar y lo ponían en ventaja cuando tenía que hablar con alguien, sobre todo cuando se trataba de negocios. Pero Muishkin era uno de los pocos que no caían en la red de esa especie de ceguera voluntaria.

–Cuando vos aceptes que la vida ahí arriba te da miedo.

Además, era cierto que Muishkin era muchas personas. Al menos él y los gemelos que habían vuelto a aparecer casi con desgano. El gemelo del piedrazo no tenía un buen recuerdo de ese lugar. Le gustaba menos todavía que la habitación en la que habían muerto.

El "ciego" que estaba a cargo de la entrada apenas lo saludó, concentrado en hacer un castillo con cartas. Muishkin había encontrado al Murciélago en la boletería, mirando la nada con sus ojos negros, dilatados y

amables. Cuando su mirada se perdía así, el Murciélago tenía cara de estampita, de foto de comunión. Estaba vestido como siempre, a pesar del frío, de remera y jeans gastados.

–Para mí arriba no es arriba, es afuera nomás. Y ni siquiera –reflexionó el Murciélago–. ¿Qué hacés por acá si hoy no te toca?

Era la noche del martes para el miércoles, y era cierto que no le tocaba. En la cabina de DJ estaba Anastasia, una chica malhumorada que siempre vestía con ropa de gimnasia y tenía el cuerpo marcado, sobre todo los brazos y los hombros. Había poca gente bajo el flash de la pista y ella intentaba entusiasmarlos con viejos hits de los ochenta y principios de los noventa. Cuando Muishkin bajó con el Murciélago estaba pasando "Enjoy the silence", de Depeche Mode. En la pantalla y en los televisores se veía a Kyle MacLachlan y Max Von Sydow sobrevolando un desierto en *Dune*, de David Lynch.

Cruzaron la pista y se detuvieron en la esquina de la barra, el Murciélago delante y Muishkin detrás. Recién entonces el Murciélago vio que Muishkin había bajado con la bicicleta. Sonrió.

–Subversivo –le dijo.

–Subacuático –respondió Muishkin, desafiándolo.

–Submarino.

–Subjuntivo.

–Subtítulos.

–Subyacente.

–... –El Murciélago se encogió de hombros, aceptando la derrota. Después dijo, como justificándose–: Sos demasiado abstracto para mí.

Muishkin se dio cuenta de que su amigo estaba triste. Se lo veía más entero que otras noches, pero eso no era necesariamente algo bueno. A su vez el Murciélago notó la ansiedad de Muishkin.

–¿Qué tan serio es? –preguntó el monarca rojo de los subsuelos, y aunque intentó disimularlo, una luz de entusiasmo volvió más negros sus ojos inmunes al flash.

–Bastante, Daniel, tenemos que hablar en algún lugar. Tranquilos.

Muy pocos sabían el verdadero nombre del Murciélago, y nadie su apellido, que se había perdido en la superficie hacía ya mucho tiempo. Muy pocos lo sabían y muchos menos se animaban a usarlo.

El Murciélago no necesitó más. Con un gesto le pidió que lo acompañara. Cruzaron del otro lado de la barra y salieron por una puerta lateral. En el camino el Murciélago manoteó una botella de Smirnoff y Muishkin dejó la bicicleta. Recorrieron un largo pasadizo iluminado con luz negra, pasaron junto a un depósito y subieron una escalera de hierro adosada a la pared. Lo que parecía una salida de emergencia desembocaba en el piso de otra disco vacía. No había música y varios de "los ciegos", que habían acomodado sillones en el centro, miraban en la pantalla una película porno. El Murciélago los echó con un gesto y un par de palabras que Muishkin no llegó a entender. Cuando "los ciegos" se fueron los dos se quedaron mirando por unos minutos la pantalla.

–Tiene pezones muy grandes –dictaminó el Murciélago.

A Muishkin le picaron los dedos otra vez. También él estaba pensando en los pezones. Siempre que veía

una película porno le pasaba lo mismo. Le picaban los dedos y hasta que no tocaba en la pantalla los pezones de las mujeres que estuvieran en escena, no se quedaba tranquilo. Pero la pantalla estaba muy alta, y además el Murciélago, que había subido a la cabina, la apagó. Los gemelos, descorazonados, se quedaron mirando el telón sin imágenes. Pero no era la lujuria lo que los había atrapado.

–¿Qué querés escuchar?

Muishkin dudó un instante hasta que recordó lo que había venido cantando en el trayecto.

–REM –dijo.

El Murciélago asintió. Al rato se escuchó el murmullo de ruta y los primeros acordes de "Everybody hurts". La voz de Michael Stipe en la disco vacía resonó como si ésa hubiese sido su intención. Cantar, como en el video del tema, para que no quede nadie. Solo el láser solitario que recorría la pista dibujando melancólicas geometrías.

Se sentaron en uno de los sillones que habían abandonado "los ciegos" y el Murciélago abrió la botella de vodka. Había traído dos vasos con hielo desde la barra, los sirvió y le pasó uno a Muishkin. Bebieron un rato en silencio. Finalmente Muishkin habló.

–Necesito que me digas cómo llegar al CentrodelaTierra.

La cara del Murciélago era una máscara blanca y sonriente en la penumbra.

–¿A dónde?

–No me la hagás larga, Daniel. Siempre hablaste de ese lugar.

–Y vos nunca me creíste.

–Ahora te creo.

El Murciélago negó con la cabeza. El láser solitario pasó justo sobre él sacándole destellos rojos a su pelo rojo. Permanecieron en silencio hasta que terminó el tema y volvió a empezar. Repetir canciones una y otra vez era una de las innovaciones tourétticas de Muishkin como discjockey, y el Murciélago lo había adoptado como algo propio. Dejaron que Stipe insistiera, que el láser divagara sobre ellos y la pista vacía. Finalmente, el Murciélago se decidió a hablar.

–Esta ciudad crece para abajo. Está llena de sótanos y subsuelos, demasiados, incluso para mí... El problema no es encontrar la forma de llegar al CentrodelaTierra. Hay muchas entradas, muchísimas. El problema es saber cuál es la correcta. Debe haber por lo menos cincuenta accesos en diferentes partes de Buenos Aires, y sólo una está habilitado por vez, y el orden es aleatorio. En el resto, lo que te espera es alguna sorpresa desagradable.

–Para no haber estado nunca estás bien informado.

El Murciélago, que hasta el momento había estado mirando la curva del techo del viejo subterráneo, bajó la vista por primera vez. Apoyó una mano larga y pálida sobre el brazo de Muishkin, que miraba la pantalla vacía.

–Voy con vos. Ya es tiempo de que vaya a buscarlos.

Muishkin no preguntó, pero pudo imaginarse a quiénes se refería. Los viejos compañeros de la banda punk que todos creían muertos. Entonces estaban ahí, y sólo el Murciélago había logrado escapar.

–Con un poco de paciencia podés lograr que Santolaya te encuentre y te lleve, pero sólo yo sé cómo entrar sin su ayuda.

El Murciélago estaba serio. Muishkin nunca lo había visto así, grave y demostrando interés por algo. Se preguntó cómo sería ese lugar del que la gente no quería volver. Estuvo a punto de preguntárselo a su amigo pero se dijo que ya lo averiguaría por sí mismo. Como toda respuesta le alcanzó el vaso vacío. El Murciélago recuperó su sonrisa crepuscular y se lo llenó. Brindaron. No dijeron por qué lo hacían, no era necesario. Después, en algún momento de la noche, el Murciélago hablaría de bailarines perpetuos, de sombras torturadas por el movimiento, de cuerpos arrasados. Y la evocación haría que su sonrisa imperturbable se ensanchara de nostalgia y de miedo.

15. Dócilmente

Desde que llegó a Puerto Madero, no había parado de recorrer las oficinas vacías, subir y bajar escaleras, ordenar sobre los escritorios cosas que ni siquiera sabía para qué servían. Estaba inquieto, no podía esperar hasta la mañana para tener nuevas noticias. El teléfono había sonado varias veces, pero no atendió. Seguramente era Sara, y Maglier sabía que esa noche no sería capaz de sostener la ficción que tan laboriosamente habían construido entre mentiras más o menos eróticas y regalos nunca dados. Cómo sonaba ese teléfono, qué persistente era, qué larga la esperanza de que no sonara más entre un timbrazo y otro. Si llegaba a atender no podría evitar decirle la verdad, ¿y cuál era la verdad? La verdad era que su pasado se le había venido encima y él lo había recibido primero con terror y enseguida con una escandalosa devoción. Era un cuento chino que contaban las piedras chinas.

–Lllllllllameante –murmuró, mientras jugaba con una abrochadora, sentado sobre un escritorio que tenía toda la apariencia de pertenecer a una mujer.

Se sentía arrastrado por ese manoseo que podía durarle toda la noche. Había jugado con la lámpara prendiéndola y apagándola cien veces. En los cajones, entre

los marcadores, las gomitas y los alfileres de gancho, además de algunos cosméticos y pañuelos descartables, había una temible cantidad de caramelos sugus y chocolates que no se atrevió a tocar. Ahí estaba también la abrochadora. Decidió poner en práctica algo que le había sugerido Abelev. Cuando la compulsión de tocar y ordenar fuera muy fuerte, tenía que hacer algo en sentido contrario, un gesto extravagante y definitivo. Maglier no estaba seguro de a qué se refería su amigo, pero decidió probar. Se guardó la abrochadora en el bolsillo del saco y tomó la libreta de notas que había junto al teléfono. *"Me llevo la abrochadora pero te dejo un beso"*, escribió. Antes de dibujar una carita feliz, miró para todos lados. Nunca había dibujado una carita feliz.

Mientras bajaba la escalera se dio cuenta, con sorpresa y alivio, de que el consejo de Abelev había funcionado. Un acto mínimo que desordenaba el mundo casi sin que el mundo se diera cuenta, hasta que se diera cuenta. Maglier sonrió al pensar en la cara de la mujer cuando encontrara la nota. Pensó en sumar la abrochadora a la lista de regalos que guardaba para Sara, pero se dijo que tal vez la necesitara en otra ocasión. Otra noche en que los tics lo abrumaran. Entonces la abrochadora aparecería sobre el escritorio de alguien más, visible sólo para quien la buscara. O volvería a su lugar y ahora la nota diría: *"Te devuelvo la abrochadora, ahora vos tenés que darme un beso a mí"*. Pero mejor no pensar en eso, ya llegaría el momento. Por ahora, sólo esto, la cara de la dueña de la abrochadora, la nota en su bolsillo, un caramelo sugus sabor manzana en la boca.

Ya en la planta baja se dirigió a su escritorio. Se sentía exhausto y liberado, aunque sabía que la noche se le haría eterna pensando en lo que Abelev y Muishkin habrían averiguado. Pero al llegar a la entrada, la longitud de la noche se redujo a ese instante. De pronto la noche tenía la extensión exacta, la corta y precisa altura del descarado mayordomo pop que había osado pararse en el lugar donde Maglier solía dejar su bicicleta. Estaba vestido igual que por la mañana y su sonrisa era la misma. Maglier salió a enfrentarlo más para decirle que no podía pararse ahí, que para preguntarle para qué lo buscaba.

–Buenas noches, señor Maglier. Por un momento temí que usted no hubiese venido hoy a trabajar. Estuve llamándolo por teléfono pero no me atendía nadie.

Entonces había sido él. No sólo se paraba en donde no debía sino que también realizaba las llamadas que eran de Sara. A Maglier eso no le gustó, una cosa era no atender a Sara, otra muy distinta no atender al hombrecito ése.

–¿Qué es lo que quiere?

–Yo, jeje, nada... Vengo de parte de la señora. Me pidió que lo viniera a buscar. Quiere hablar con usted.

–Y por qué no vino ella –Maglier se dio cuenta de que estaba refunfuñando como un chico, pero no podía evitarlo. Con un poco de suerte podría hacer pasar sus protestas como reticencias de hombre duro.

–La señora está indispuesta y le pide por favor que acceda a visitarla. He venido a buscarlo con el coche y lo traeremos de vuelta antes de que su turno se cumpla.

Muy lejos de la señora y de mí, que usted tenga algún inconveniente en su trabajo.

La sonrisa del mayordomo pop estaba congelada esperando su respuesta, como el cura del cierre de transmisión esperando que le dijeran "Estamos en el aire". Y eso fue lo que dijo Maglier, "Estamos en el aire". Era una expresión muy rara, si se la pensaba un poco. El hombrecito interpretó que eso era un sí y descongeló su sonrisa para decirle que el auto estaba en la esquina, y que lo esperaba ahí mientras él dejaba todo en orden. Maglier no dijo nada pero pensó que definitivamente ese hombre no sabía lo que decía. Dejar todo en orden, para él, significaba casi una contradicción. O dejaba las cosas o las ordenaba. En este caso, prefirió dejarlas.

El auto era una enorme limousine negra y, cuando Maglier subió, el olor del cuero de los asientos lo mareó. Parecía el cuero de un animal vivo. Arrancaron sin que se escuchara más que un leve chasquido del motor, cruzaron el puente y comenzaron a deslizarse por las calles en silencio, cortando la niebla sin violencia. Maglier de pronto sintió que lo que había dicho no sólo era un sí, sino también una premonición. Estaban en el aire, montados en un ave negra y prehistórica, un cuervo desventuradamente grande que volaba sobre la ciudad a gran velocidad. Parecía que su presencia intimidaba al resto de los habitantes de la noche, porque no había nadie en las calles, sólo esporádicos autos en la distancia, doblando en alguna esquina como si llegaran tarde a esconderse ante el paso de ese pájaro

funesto. Y no había mejor jinete para él que el mayordomo pop, que tenía que levantar el mentón para mirar por encima del volante.

El viaje no duró mucho y entraron al barrio privado de Barrancas de Belgrano sin detenerse frente a la caseta del guardia. Anduvieron un par de cuadras bajo los árboles, con lentitud, dejando que la niebla lamiera los cristales, hasta que llegaron a un portón lateral que el mayordomo abrió con esfuerzo y alegría. La limousine entró y se detuvo en un garage en donde había por lo menos cuatro autos más en la penumbra. Bajaron y el mayordomo pop, luego de cerrar el portón, le pidió a Maglier que lo siguiera de cerca.

–Va a tener que disculparnos pero seguimos sin luz. No se aleje mucho de mí –dijo, encendiendo una linterna.

Subieron una escalera, recorrieron un pasillo y después otro, cruzaron varias habitaciones a oscuras hasta encontrarse con otra escalera y otros pasillos. Daba la impresión de que lo que el mayordomo quería era marearlo, no que se perdiera sino que cuando Maglier tuviera que enfrentar a la señora se sintiera desorientado. Pero para Maglier esas idas y venidas eran un juego de niños. No había nada más natural para él que vagabundear en la noche por el interior de un edificio en penumbras.

Pero había algo más. Porque él quería estar ahí, en esa casona. Acariciaba las paredes, respiraba gustoso el aire quieto de esos lugares que no parecían estar acostumbrados al paso de nadie. El olor de la madera, como el del cuero de los asientos de la limousine, era

un olor vivo. Por eso cuando escuchó la voz grave y solemne proveniente de la oscuridad, no se asustó, a diferencia del mayordomo pop que pegó un salto.

...Aunque los sabios al morir entiendan
que la tiniebla es justa,
porque sus palabras no ensartaron relámpagos
no entran dócilmente en esa noche quieta.

Los buenos, que tras la última inquietud
lloran por ese brillo
con que sus actos frágiles pudieron
danzar en una bahía verde
rabian, rabian contra la agonía de la luz.

Los locos que atraparon y cantaron al sol en su carrera
y aprenden, ya muy tarde,
que llenaron de pena su camino
no entran dócilmente en esa noche quieta...

La voz no provenía de la habitación en la que ellos estaban, pero se acercaba. El mayordomo había entrado en pánico, la luz de la linterna iba y venía por las paredes y los muebles. Parecía estar buscando dónde esconderse. Finalmente alumbró un amplio cortinado bordó que cubría una puerta-ventana.

–Por ahí, escóndase ahí. –La cara del mayordomo era de súplica. Una mueca que rebelaba que toda su seguridad era un acto de bufón, y que si encontrara la forma saldría gustoso de esa casa para siempre.

Maglier no se hizo rogar. Llegó justo a meterse de-

trás de la cortina en el preciso instante en que el dueño de esa voz aparecía. Era un hombre alto, fornido, de cabeza cuadrada y pelo blanco. Llevaba una vela en la mano y estaba cubierto por una bata.

–Señor, qué sorpresa... no esperaba verlo esta noche. ¿Necesita algo el señor? ¿Quiere que le lleve un té a la cama?

Su andar tieso, su voz que seguía desgranando los versos de Dylan Thomas, la manera en que pasó junto al mayordomo como si este no existiera, le daban al hombre aires de sonámbulo. Sin embargo Maglier, al ver sus ojos, no se dejó engañar. Ese hombre estaba bien despierto. Casi demasiado despierto. La luz inquieta de la vela sacaba llllameantes brillllos a esa mirada que parecía buscar algo un poco más arriba de la altura de su cabeza, algo que flotaba en la oscuridad.

Finalmente el hombre desapareció por el mismo lugar por donde ellos habían venido y Maglier salió de su escondite. El mayordomo tiritaba.

–Nunca voy a acostumbrarme a verlo así.

–¿Así cómo?

El mayordomo se escandalizó ante a la tranquila ignorancia de Maglier. Las palabras tardaron en salirle. Iba a insistir pero se dio cuenta de que si lo hacía, estaría hablando de más.

–Por acá, la señora lo está esperando –dijo, intentando recuperar su compostura.

Volvieron a encaminarse por pasillos y habitaciones oscuras. Subieron una larga escalera y llegaron a un corredor. El mayordomo se detuvo y le señaló una puerta cerrada con la linterna. Después la apagó y desapa-

reció. Sus pasos rápidos repiquetearon en la escalera y no se escuchó nada más. Maglier quedó solo frente a la puerta. Acercó la nariz y la olió. Casi con alegría se dijo que él sí entraría dócilmente porque sabía que la quietud no existía. Estiró la mano e hizo girar el picaporte.

16. Yegua de la noche

Era un dormitorio. El dormitorio de una niña. Guadalupe Huidobro estaba de pie junto a la única ventana de la habitación, asomada la noche y a los árboles y dándole la espalda. Vestía una bata igual a la de su marido.

–Hola, perro. ¿No se le hace difícil en estas noches no tener luna a la cual aullarle?

Maglier cerró la puerta. Desde algún lugar de la calle llegaba la escasa luz de un farol. Sobre la cómoda una vela llegaba a su final. Maglier recorrió la habitación con la mirada. Repisas con juguetes, animales de peluche en todos los rincones, muñecas sobre sillitas, una casa en miniatura y un caballito de madera. También había un gran televisor y un equipo de música. Todo lo que una niña puede querer. Todo como para que nunca tenga que salir de ahí. Maglier se sentía intimidado por la mujer pero se daba cuenta de que había ganado terreno, no por mérito propio sino porque el solo hecho de estar ahí la volvía vulnerable.

–Tiene la misma bata que su marido –dijo.

La mujer lo enfrentó.

–¿Con que lo conoció?... ¿Está acá? Hace varios días que no lo veo...

A pesar de que intentaba mostrarse indiferente, no lo lograba. ¿O acaso estaba fingiendo para que él bajara la guardia y así humillarlo una vez más?

–Espero que no haya tenido una mala impresión de él. Es un buen hombre –agregó. Lo decía con convicción, pero al mismo tiempo parecía que lo lamentaba.

–Tuve "una impresión". No sabría decirle si mala o buena –respondió Maglier.

La mujer rió brevemente. Desde que le había dado la espalda a la ventana, la luz agonizante de la vela desordenaba sus rasgos.

–Estamos a punto de quedarnos sin vela –dijo, como si pensara en voz alta–. Éste era el cuarto de María. Me gusta estar acá. Ella lo ocupó siendo niña, después nunca más. Pero para mí sigue siendo su cuarto y creo que para ella también. Estoy segura de que lo que ella está buscando es el camino hacia acá...

Maglier, después de haber cerrado la puerta tras de sí, no había dado un paso más. Guadalupe Huidobro se alejó de la ventana y se acercó a él. Desafiante se le plantó a medio metro.

–Dígame la verdad. ¿Todavía se masturba pensando en mí?

Maglier tardó en responder.

–Nunca lo hice.

–No me mientas, perro –dijo. Intentó abrirse la bata pero él la detuvo.

–Nunca lo hice –repitió Maglier.

Forcejearon unos segundos, hasta que ella desitió. Se desprendió de sus manos con desprecio y dio dos

pasos hacia atrás, como para ponerse en perspectiva. La vela entonces se apagó.

–Justo a tiempo, perro. Así no tengo que mirarte la cara de miedo.

–No tengo miedo –dijo Maglier–. ¿Para qué quería que viniera?

Por la respiración de la mujer Maglier pudo percibir cómo la furia iba quedando de lado para dar paso a la madre que buscaba a su hija. De repente cansada, Guadalupe Huidobro retrocedió hasta la cama y se sentó.

–¿Qué averiguó?

–Que Javier Casal no está rehabilitándose de nada. Que su hija ha andado por muchos lugares peligrosos y con gente peligrosa, y que es posible que ahora esté en un lugar que se llama CentrodelaTierra.

–¿Y eso qué es?

–Una especie de discoteca. No estoy seguro. Nadie sabe muy bien dónde queda, pero si todo sale bien esta noche vamos a estar ahí.

–¿Esta noche, perro?

–...

–Esta noche estás acá, perro, no te apures.

La mujer entonces volvió a ponerse de pie y, esta vez sin violencia ni provocación, se sacó la bata. Maglier la miró hacer. Ella se acostó desnuda sobre la cama. Era una cama de niña, por lo que los pies le quedaron afuera. Maglier pensó que Guadalupe Huidobro era una mujer siempre a punto de desnudarse, e incluso cuando eso no ocurría tenía un aura apremiante que lo hacía pensar en situaciones definitivas. Estaba

confundido y excitado, pero sabía que nada sucedería. Era cierto que nunca se había masturbado pensando en ella, y ahora él mismo se sentía extrañado por eso. La débil claridad que venía de la ventana le permitía ver cómo el pecho de la mujer subía y bajaba. Parecía la respiración de alguien que duerme, pero ella estaba despierta. Despierta y esperando.

–"Lllaves, anillllos, castillllos, cuchillllos"... ¿No querés tocar mis cicatrices?

La voz de la mujer sonó con una dulzura distante, una autómata hecha para la lascivia. Maglier estuvo tentado a hacerlo, pero se contuvo. ¿Qué podía pasar si la tocaba? Recorrer con el dedo su cuerpo, unir las cicatrices hasta cerrar el dibujo, susurrarle al oído todas las "elles" posibles y al terminar el recorrido encontrarse con su mirada hipnótica, sus ojos grandes y negros que lo invitarían a acostarse junto a ella, a entregarse. Y ahí quedaría Gaspar Maglier. Atrapado para siempre en un doble abrazo: el de la mujer, la Doncella de Hierro, y el de la casa, su guarida. Había algo oscuro y placentero en esa claudicación. Un enorme silencio envolvía la habitación y la noche. Nunca en su vida había visto objetos tan quietos, osos y jirafas de peluche, muñecas que sonreían tenebrosas en la penumbra. Y en el centro de la negrura, como si la oscuridad saliera de su cuerpo laxo sobre la cama, estaban sus ojos. Un brillllllo instrumental y filoso, inconfundible para un Maglier. Se había equivocado: sí, existía la quietud. Y era al mismo tiempo el lugar más atroz y cautivante que podía imaginar. Ahora sólo le quedaba abalanzarse sobre el cuerpo de la mujer o salir corriendo, pero por suerte ella decidió por los dos.

–Durante mucho tiempo creí que a María le encantaba estar en esta pieza. –Su voz ahora era solamente triste. Se dio vuelta sobre la cama y le dio la espalda a Maglier.– Creí que para ella era el mejor lugar del mundo. Después me di cuenta de que se quedaba acá porque le tenía miedo a mi marido. Imaginé cosas terribles, me hice preguntas espantosas. Lo vigilé, lo aceché, pasé noches enteras despierta con un cuchillo bajo la almohada esperando verlo dar un paso en falso. Esperé que la mirara de una manera inequívoca, que la tocara y que la caricia durara más de lo debido... pero no. Apenas sí se daba cuenta de su existencia. Martín siempre fue un hombre demasiado abstraído...

Maglier respiró aliviado. En la penumbra los osos, las jirafas de peluche y las muñecas tenebrosas ya no irradiaban esa quietud atemporal: eran objetos abandonados y, como en todo objeto abandonado, algo se movía con un tenue balanceo. Maglier aprovechó y volvió a la carga, estaba otra vez en juego.

–¿Por qué internó a Casal en ese lugar?

–Yo no lo interné. Lo busqué y lo encontré ahí. Me dijeron que estaban por sacarlo, "darle de alta" de la clínica porque nadie se hacía cargo de sus gastos. Él parece estar bien ahí, no se quería ir. Por eso estoy pagando, para que no lo echen. No tiene adónde ir. No soy una mala mujer, ¿sabe? –para decir esto último giró un instante y lo buscó en la penumbra del cuarto, después volvió a darle la espalda.

Maglier pensó en decirle que su hija había estado en la clínica acompañada por otro hombre, pero prefirió callarlo. En cambio dijo:

–Usted no es una mala mujer, su marido no es un mal hombre y su hija es una maravillosa persona. Una hermosa familia, señora.

–¡Ay, perro! No sabía que eras capaz de decir cosas así –le replicó ella con dulzura.

Maglier tampoco lo sabía. Pasaron varios minutos en silencio, él de pie junto a la puerta, sin animarse a terminar de entrar o irse, ella acostada, dándole la espalda y mirando por la ventana las ramas de los árboles que se movían como queriendo decir no, queriendo decir sí, queriendo decir no sé.

–¿La va a encontrar, no es cierto?

–Sí.

Más silencio. Más pantomima de árboles en la noche y de juguetes olvidados en la habitación.

–Gracias.

–De nada.

La entrevista había terminado. Antes de irse, Maglier por fin se decidió y entró al cuarto, levantó la bata del suelo y cubrió a la mujer. Después se fue tratando de no hacer ruido, aunque sabía que ella estaba despierta. No se preocupó por encontrar la forma de salir enseguida. Anduvo un buen rato a la deriva, recorriendo habitaciones y pasillos y respirando el olor de la madera. Finalmente, al no encontrar puerta alguna, salió por una ventana como un ladrón. El frío de la noche, la caricia de la niebla y el olor húmedo de los árboles lo hicieron sentir que salía de una pesadilla para meterse en otra. En la calle, el mayordomo lo esperaba con la limousine.

17. El hombre más amable del mundo

Desde ese despertar en adelante, el dolor de cabeza, y particularmente el dolor de cabeza de la resaca, estarían asociados para Lucas Abelev con una sonrisa. Pero no con cualquier sonrisa. Cuando abrió los ojos lo primero que distinguió fue el ventanal del departamento y el paisaje gris de las ruinas de Constitución. Estaba en casa. De alguna manera había llegado hasta ahí a salvo. Lo que no había logrado era llegar hasta su pieza, por lo que había dormido sobre la silla de ruedas. Le dolía el cuello, la cabeza le retumbaba, tenía el cuerpo entumecido y veía manchas que crecían delante de la luz gris que entraba por el ventanal. Manchas que crecían y se acercaban. Cuando logró hacer foco descubrió que la mancha tenía figura de hombre, y que la figura tenía una sonrisa.

–El problema de siempre, el día después. ¿Se imagina la melancolía orgásmica de Dios después del séptimo día, cuando terminó de crear el mundo? Y quién le dice que todavía no estemos pagando el precio de esa tristeza...

Mientras el hombre decía esto, le alcanzó primero un pañuelo para que se limpiara la boca de los restos innobles del sueño, y después un vaso con agua. No dijo nada mientras Abelev empinaba el vaso.

–Porque es claro que alguna tristeza estamos pagando. Es el dilema de los crepúsculos, casi un problema matemático, le diría, pero no quiero abrumarlo con elucubraciones mías. ¿Quiere más agua?

Abelev asintió moviendo apenas la cabeza. Comenzaba a entender, a sacudirse la niebla del cuerpo. Mientras el hombre se perdía en la cocina trató de tener una idea clara de su situación. Ese hombre lo había perseguido o encontrado después de sus andanzas en *Kaput*, donde seguramente todavía conservaba sus espías, y fueran cuales fueran sus intenciones, estaba claro que se encontraba completamente a su merced. Pensó en que Maglier y Muishkin debían llegar en cualquier momento, y no supo si eso era bueno o malo. En ese momento el hombre volvió con el vaso con agua.

–Tome.

Abelev lo recibió y esta vez tomó con los ojos abiertos, despacio, mientras la vista se le aclaraba. El hombre no era ni muy alto ni muy bajo, ni flaco ni gordo, y podía tener tanto veinte años como cuarenta. Era elegante, vestía un saco de cuero entallado, una camisa tan blanca como sus dientes y un pantalón de vestir negro. Era morocho, un galán secundario de telenovela de segunda, y su pelo brillaba como recién peinado por algún producto no mucho más moderno que la gomina. Sonreía. Sin exagerar, apenas, pero sonreía.

–Bien, vayamos a nuestro asunto. No soy un hombre dado a las explicaciones y creo que en su situación me lo va agradecer. Seré breve. Como se lo estará imaginando, mi nombre es Santolaya. Sé que usted me ha estado buscando porque quiere ir al CentrodelaTierra.

No voy a preguntarle por qué quiere ir. Yo me limito a encontrar a quienes me buscan –su sonrisa por un instante se estiró un poco más, sus labios se tensaron y ocultaron sus dientes. Tenía una boca perfecta–. Y ahora me corresponde hacerle una pregunta: ¿le gusta bailar, señor Abelev?

–Sí... –contestó él, sin saber muy bien lo que significaba su respuesta. Ese hombre mareaba como el olor de ciertas cosas nuevas recién desenvueltas.

–Entonces, señor Abelev, dése por encontrado.

Abelev se dio por encontrado y descubierto, por desnudado. Pensó en María Huidobro y con un esfuerzo sobrehumano logró no palparse el bolsillo donde tenía la foto.

–Gracias –atinó a decir después de un rato.

–No tiene nada que agradecerme. O sí. El tiempo lo dirá.

–El tiempo lo dirá.

Ser un eco le parecía a Abelev la opción menos peligrosa. Estaba nervioso y no pudo evitar empezar a enumerar los objetos que lo rodeaban, una plegaria al dios de los catálogos. Lo hacía en un murmullo, apenas moviendo los labios, pero Santolaya estaba atento a cada uno de sus gestos.

–¿Síndrome de Tourette, no es cierto? Al Profesor eso le va a interesar mucho, se lo aseguro.

Abelev estaba tan confundido que no sabía qué tic lo había delatado. Pero no se le escapó la referencia de Santolaya. Algo en la forma de decir "Profesor", resultaba sugestivo. Como si de alguna manera le dictara la pregunta que tenía que hacer.

–¿El Profesor?

–El Profesor, sí. El Profesor Lawrence, él es quien está a cargo de las actividades en El CentrodelaTierra. No voy a decirle que se trata de un genio incomprendido. Es lisa y llanamente un pobre diablo, un suculento hijo de puta. Un hombre brillante, eso sí, con muchas debilidades y una sola obsesión. Pero ya tendrá tiempo de conocerlo a él y a su obsesión, y le aseguro que su obsesión es mucho más interesante que él mismo. Incluso le diría... –Santolaya se detuvo, entre indeciso y divertido. Se acercó a Abelev al punto de que éste pudo sentir su aliento mentolado. Lo miró como si lo midiera, aunque era evidente que ya tenía decidido lo que haría, y finalmente le dijo bajando la voz–: Sí, creo que en usted puedo confiar, le diría que Lawrence en realidad es el nombre de su obsesión. Él es un González más de los tantos que habitan estas tierras.

Santolaya había vuelto a erguirse. Abelev recordaba la expresión del fotógrafo, que lo había descripto como un reclutador. Si eso es lo que era, lo hacía muy bien. Abelev otra vez sintió que le estaban dictando la pregunta.

–¿Voy a conocerlo?

–Sí, va a conocerlo –la sonrisa de Santolaya pareció largar un destello dorado que cegó a Abelev, como si tuviera un diente de oro que sólo se mostraba en los momentos clave–. Esta noche –agregó, y le estiró un papel con una dirección–. En este lugar. Sea puntual, por favor.

Abelev asintió mirándolo fijo, ansioso de que ese diente brillara otra vez. Estaba seguro de que no po-

día habérselo imaginado. Pero en cambió descubrió la opacidad de sus ojos. No había alma detrás de esos ojos, sólo una inconmensurable amabilidad que daba ganas de llorar. Y de ir al baño. Abelev de pronto sintió que la vejiga le iba a explotar.

–Tengo que ir al baño.

–Vaya, no lo retengo más. Lo espero esta noche en esa dirección. Está de más decirle que es necesario que vaya solo.

Abelev asintió como un buen alumno.

–Me alegra que nos hayamos entendido tan fácilmente. Y me alegra también de que no esté ansioso por hacerme preguntas. Generalmente los que me buscan quieren saber más, y yo no tengo muchas respuestas para dar. Sólo soy una especie de portero, de guía –Santolaya se alzó de hombros, apenas, y luego le tendió la mano para despedirse–. Nos vemos esta noche, señor Abelev. Y le dejo esta inquietud: si usted pudiera elegir un sentimiento para que dure eternamente, ¿cuál elegiría? –y ni bien hizo esta pregunta levantó una mano como para detener cualquier respuesta suya–. Pero espere, no se apresure por contestarme, piénselo durante el día y me lo dice esta noche. No es tan fácil como parece. La sensibilidad humana envejece de maneras extrañas...

Con esas palabras Santolaya se despidió. Abelev aguantó hasta que escuchó que el ascensor bajaba y se lanzó hacia el baño. Por suerte el papagayo estaba a mano y no tuvo necesidad de sentarse en el inodoro para descargarse. Un vez que terminó y pudo pensar con claridad, intentó recordar cómo era la mano que

había estrechado, pero no pudo hacerlo. Santolaya tenía la perturbadora cualidad de borrar todos sus atributos con su sonrisa y sus maneras gentiles. Incluso había logrado obviar la incómoda e inquietante situación de haberse aparecido en el departamento como por arte de magia. Podrían haber estado hablando sobre una cornisa tambaleante, dentro de una canoa que se hunde en un mar infestado de tiburones, que nada habría cambiado.

Abelev se lavó la cara y las manos, pensativo. El dolor de cabeza se había extendido por todos lados y necesitaba dormir. La sonrisa de Santolaya era ahora un hachazo en la nuca, un latido en la sien que marcaba los segundos que faltaban para el encuentro nocturno. Recién cuando fue a secarse se dio cuenta de que tenía sobre sus piernas el pañuelo que el reclutador le había prestado. Era blanco, blanquísimo. Lo arrojó al inodoro y volvió a tirar la cadena. El pañuelo giró varias veces y luego desapareció, pero Abelev no se sintió mejor por eso.

18. Vigilia

Ahí estaba, como todas las mañanas, entre la ropa mojada y la niebla que no terminaba de levantarse. Hermosa e indiferente, paseándose por la terraza como si fuera una pasarela. Cuanto más gris era la mañana, más resplandecía ella. Una lágrima se desprendió del ojo izquierdo de Muishkin. Al rato el ojo derecho no soportó más su carga y con un pestañeo liberó la suya. La resaca en Muishkin tenía inclinaciones místicas. La sangre rusa, diluida por las generaciones, no dejaba de correr por sus venas. Horas antes le había contado al Murciélago Rojo sobre la existencia de la muchacha. Le había dicho que estaba enamorado y habían brindado por eso también. Y ahora, en una mañana fría como pocas, con el cuerpo destemplado por la falta de descanso y los ojos irritados, Muishkin contemplaba a la mujer de sus sueños y pensaba en cosas como el destino.

–No he visto cosa más enferma que esta, y mirá que he visto cosas enfermas... –dijo el gemelo del piedrazo, sacudiendo la mano como para señalar un montón.

–Y las que he visto yo... Pero esto: borracho y voyeur. Pobre chica, si supiera que la están espiando así –acotó su hermano.

Por primera vez los gemelos parecían estar de acuerdo. Desde la visita a los subsuelos se mostraban molestos con Muishkin, y ahora buscaban provocarlo sin éxito. Pero él apenas los escuchaba. Sus palabras eran como el crujir de los muebles o las maderas del piso, el cimbronazo del ascensor a la distancia, el paso de los colectivos en las calles. Cuando se piensa en el destino todo se vuelve lejano, salvo el destino, que se revela en todo su esplendor, incluso cuando se trata de algo tan sencillo como la imagen de una muchacha colgando la ropa recién lavada en una mañana de invierno. Otra lágrima se desprendió del ojo izquierdo de Muishkin.

–Algún día vas a tener que hacer algo con eso.

Esta vez las palabras sonaron más cercanas. Muishkin dejó los binoculares y se encontró con Maglier parado en la puerta de su habitación.

–Ya era hora de que llegaras. La próxima vez que te vayas a demorar tanto, avisá. Nos preocupamos.

Maglier echó un vistazo hacia la pieza de Abelev, en la que éste dormía y hablaba en sueños.

–Sí, ya veo... Vení, dale. Hoy el café lo hago yo. Vos contame lo que averiguaste.

Pasaron al comedor y mientras Maglier preparaba un desayuno para la resaca, Muishkin le contó sobre ese extraño lugar llamado el CentrodelaTierra y sobre el plan que habían elaborado para esa noche con el Murciélago.

–Estás incluido, por supuesto. El tema va a ser explicarle a Lucas por qué no puede ir. Según el Murciélago, el descenso tiene sus complicaciones.

–No es necesario que me expliquen nada. Yo tengo mi propia ruta.

A Abelev lo había despertado el olor del café. Si bien el hombre de la cocina era Muishkin, nadie podía hacer un café tan café como Maglier. Su olor era inigualable. Abelev había tomado su famosa pastillita roja para los dolores de cabeza, y ahora se sentía vacío y con hambre. Lamentablemente a Maglier no se le podía pedir más que el café, así que se conformó con el pan del día anterior.

Mientras desayunaban cada uno relató los avatares de la noche. Aunque Abelev intentó quitarle gravedad a la visita de Santolaya con algunas bromas, no fue muy convincente.

–No deberías ir, Lucas –dijo Maglier, mientras Muishkin dejaba escapar un sonido gutural que quería decir más o menos lo mismo.

–Ustedes tampoco deberían, y sin embargo van a hacerlo.

No tenían mucho que decir contra eso. Terminaron de desayunar en silencio, acompañados por el traqueteo de los helicópteros de la policía. Pero esta vez a ninguno de los tres les despertaron tic alguno. Estaban cansados y perplejos por la larga noche que habían pasado.

–Discutiendo no vamos a resolver nada. Mejor descansemos un rato y más frescos nos organizamos para correr la menor cantidad de riesgos –propuso Maglier.

Sus compañeros aceptaron. Luego de levantar la mesa y lavar las tazas, cada uno se fue para su cuarto y cerró la puerta. Muishkin y Maglier se durmieron ape-

nas apoyaron la cabeza sobre la almohada, pero Abelev ni siquiera se acostó. Esperó un rato y salió de la pieza. Moviendo con cuidado la silla de ruedas para no hacer ruido, fue al teléfono y marcó un número.

–¿Hola, mamá?

La conversación que siguió, hecha de monosílabos y silencios, fue muy extraña para Abelev, y no porque habitualmente fueran diferentes. Era la primera vez que Abelev llamaba a su madre desde que se había mudado, y recién se dio cuenta de eso cuando del otro lado escuchó la voz apacible de ella preguntando quién era. Generalmente era ella la que llamaba, pero por suerte no se sorprendió ni se asustó por la iniciativa de su hijo. El que sí se sorprendió fue Abelev. Había algo raro en la voz de su madre, parecía distraída. Tal vez la había interrumpido en medio de alguna tarea hogareña en la que ella ponía todo su ser, pero ese argumento no terminaba de convencerlo. También era posible que fuera sólo su estado de ánimo, teniendo en cuenta su próximo encuentro con Santolaya y ese extraño Profesor a cargo del CentrodelaTierra. Pensó por un instante en contarle sobre María, la chica de la foto de la que se había enamorado, pero no lo hizo. Finalmente terminaron de hablar y cortó la comunicación sin saber para qué había llamado, y si había obtenido lo que quería. Volvió a su habitación más desconcertado que antes y se acostó a dormir. Al rato estaba otra vez hablando en sueños.

Y cuando Abelev se durmió, Maglier se despertó.

"¿Quisiera bailar conmigo, Sr. Verdugo?" Había escuchado con tanta nitidez esa frase, había sentido tan

deliciosamente el aire tibio de la boca que se la había susurrado al oído, que se despertó dando manotazos. Sin embargo estaba solo en la habitación. Por las dudas miró debajo de la cama, aunque era un lugar indigno para que ella se escondiera. Porque la voz, entre triste y juguetona, era inconfundible. Era la voz de Guadalupe Huidobro. Lo único que le faltaba, pensó Maglier, escuchar voces como Muishkin. Se recostó nuevamente y dejó que su vista vagara por el techo, creyendo que ya no podría volver a dormirse. "¿Quisiera bailar conmigo, Sr. Verdugo?" La pregunta se repetía en su cabeza una y otra vez. Una pregunta enigmática, a la que no se atrevía a responder por miedo a equivocarse. Del relato de Abelev lo que más lo había perturbado era esa pregunta de Santolaya: "¿Le gusta bailar, señor Abelev?". Había en esa interrogación tanto una promesa como una amenaza. Bailar era al mismo tiempo un festejo y algo desconocido. Qué clase de danza sería, en qué lugares. Porque por lo que había contado Muishkin, el CentrodelaTierra era algo más que una disco. Era una trampa en la que si caías, nunca terminabas de caer. El pozo sin fondo de la euforia, la noche eterna que él siempre había adivinado detrás de toda música alegre y moderna. La imagen de Guadalupe Huidobro apareció en su mente nuevamente atraída por el sueño. Estaban en la oscura casona de las Barrancas de Belgrano, y ella se acercaba a él, desnuda, y estiraba la mano invitándolo. No se escuchaba música alguna, la habitación era enorme y no tenía muebles. Él aceptaba y tomaba la mano de la mujer, y juntos comenzaban a danzar un vals mudo. Ella no tenía cicatrices y él no tenía piedra china, y bailaban con gracia y

melancolía, como fantasmas que festejan la partida de los últimos osados que intentaron habitar la casa que les pertenece. Y mientras lo hacían se miraban dulcemente a los ojos.

Y así los tres pasaron el mediodía y la tarde, entre sueños y despertares confusos. Algunas veces se cruzaron sin cambiar palabra en el camino hacia el baño o en la cocina, mientras intentaban aplacar con grandes cantidades de agua una extraña sed que poco tenía que ver con los alcoholes de la noche o las visitas a deshoras. Era como si los tres tuvieran fiebre, como si la niebla de la noche se les hubiese metido en el cuerpo fermentándoles los sueños, volviéndolos más vívidos y perturbadores. El sol pálido que apenas se había dejado ver comenzó a caer detrás de los edificios, y uno a uno se fueron resignando a no dormir más. El último en despertar, como siempre, fue Muishkin. Para él dormir era uno de los más grandes placeres que la vida le deparaba. Pero esta vez no lo estaba disfrutando demasiado. Inquieto y tapado hasta la cabeza con la frazada, soñaba al final de la tarde con los hombrecitos azules que había encontrado en las paredes de la ciudad, en el barco frente al hospicio. Y los hombrecitos azules bailaban y bailaban. Hacían una ronda alrededor de él, giraban dando saltitos. Él estaba en el centro, tocando la flauta, y sin dejar de tocar intentaba escuchar lo que los hombrecitos azules, sin bocas ni ojos, intentaban decirle. Era terrible no poder escucharlos. Era importante que lo hiciera. Pero no había caso. Lo que Muishkin estaba teniendo mientras el día llegaba a su fin, era algo más que una pesadilla.

III

Viaje al CentrodelaTierra

19. El bosque encantado

Así como la medianoche es el horario de las brujas y de los aparecidos, las diez de la noche es la hora de las almas peregrinas. Ésas que no están en el calor de sus hogares, en el aire ruidoso de los restaurantes frente a una cena caliente, o esperando ansiosas frente al televisor que se haga más tarde para poder salir. La noche, propiamente, no ha comenzado, pero el día ha terminado hace rato en las calles de la ciudad. Quienes andan a esa hora no depositan sobre la noche ninguna expectativa, no se lanzan a ella ni con desesperación ni con miedo, y las angustias del día son algo tan distante y extraño como la vida de los otros. Son almas con los ojos abiertos en esos momentos en que tendrían que estar cerrados, cuando la vida cambia el decorado y muestra las bambalinas tristes, los resortes quejosos de su continuidad. Eran las diez de la noche y en la plazoleta de Primera Junta, frente a la boca de la última estación habilitada del subte A, dos hombres aguardaban. Dos hombres y dos fantasmas.

–Ya es hora.

–No. Fue bien claro. Ni a las diez ni a las diez y diez. A las diez y siete minutos, ni un segundo antes ni uno después.

Gaspar Maglier aceptó nuevamente las instrucciones, a pesar de su ansiedad. Tenían que bajar a la estación a esa hora precisa para reunirse con el Murciélago Rojo. No le encontraba sentido a tanta precisión, y tampoco le encontraba sentido a tener que esperar para encontrarse con alguien que se llamaba Murciélago Rojo. Eso era demasiado. Y encima Muishkin que no dejaba de tocar la flauta. Pero no podía decirle nada, sabía que el muchacho estaba tan nervioso como él y eso lo tranquilizaba, tenía que aguantar. Miró el reloj, ya estaban más cerca, un minuto más cerca. Un hombre de traje arrugado y mirada cansada pasó junto a ellos y se detuvo un instante hurgando en sus bolsillos. Sacó un billete y buscó a los pies de Muishkin un sombrero o un estuche para dejarlo, y al no encontrar nada levantó la vista. Muishkin siguió tocando y Maglier puso su mejor cara de circunstancia. El hombre, finalmente, antes de seguir su camino, le extendió el billete y Maglier no tuvo más remedio que agarrarlo.

"Por fin. Qué distraída parece la gente. Es como si ellos fueran tan invisibles como nosotros", meditó en voz alta uno de los gemelos. "¿Y no será entonces que sólo podemos vernos entre invisibles, como si fuéramos una cofradía?" arriesgó el otro. "Si fuera así, entonces Maglier nos vería." "Para mí que nos ve, y se hace el que no." "Si es así, se hace muy bien. Estamos muertos, hermano. Y ellos están demasiado vivos. Es sólo eso, la invisibilidad de ellos es otra..."

Muishkin ignoró por completo a los gemelos, que siguieron deshilvanado posibilidades. Hizo un viboreo de sonidos para festejar la propina y dejó de tocar.

–Ahora sí –dijo–. Voy a comprar caramelos.

Cuando volvió del kiosco eran exactamente las diez y siete minutos. Bajaron la escalera de la estación Primera Junta y sacaron los boletos. En ese momento uno de los trenes del subte A estaba saliendo hacia el Bajo. La estación se llenó de ruido y al instante quedó desierta y en silencio, el estruendo del tren perdiéndose en la oscuridad de los túneles. Maglier y Muishkin bajaron hacia el andén y miraron hacia todos lados, pero no había señales del Murciélago. Después se miraron entre ellos y se alzaron de hombros. Muishkin le ofreció a Maglier un caramelo, pero él no aceptó. Pasó un largo rato más. El silencio y la soledad del lugar se endurecieron rápidamente, como si fueran a durar toda la noche, pero unos pasos bajando la escalera disolvieron esa sensación que comenzaba a impacientarlos. Era el muchacho de la boletería. Un joven flaco, de andar desganado, que fuera de su cabina parecía más desdichado que adentro. Los miró y negó con la cabeza. Después les hizo un gesto para que lo siguieran. Volvieron a subir. El muchacho los esperaba junto a la cabina con la puerta abierta. Maglier y Muishkin dudaron. Los subtes habilitados eran tan peligrosos como los inhabilitados, y corrían historias tan extrañas como las que se contaban de las discos clandestinas. Se hablaba de criaturas deformes que de pronto aparecían en la soledad luminosa de las estaciones viniendo de los túneles, se hablaba de gente que las cazaba. Ese muchacho no tenía nada de deforme. Era solamente flaco y alto, y ahora se mostraba inquieto. Maglier y Mushkin se resignaron a seguirlo. Lo hubiesen hecho más tranquilos

si el joven tuviera una joroba, pero así como era tenía más pinta de cazador, aunque difícilmente podría levantar un arma con sus delgados brazos.

–...Diez y siete. Tan difícil no es, pero nunca funciona. Así no puede ser, siempre termino siendo yo el que corre el riesgo... –murmuró.

Habían entrado a la cabina y el muchacho se metió detrás de ellos mientras largaba su queja. Apenas podían estar los tres ahí adentro. Abriéndose paso entre los visitantes golpeó dos veces una de las paredes, e inmediatamente un ruido de metales en movimiento inundó el estrecho recinto. El piso tembló y, al instante siguiente, sin saber cómo había ocurrido, se encontraron con un extraño paisaje en el lugar donde había estado la pared trasera. Una galería oscura con columnas revestidas de azulejos iguales a los de la estación, columnas y más columnas que se perdían en la negrura, como si fuera un bosque. Delante de ellas, el Murciélago Rojo los esperaba con su media sonrisa crepuscular, acompañado por tres de "los ciegos". Ahí donde llegaba la última de las viejas estaciones, comenzaba su reino.

–I am the Murciélago Rojo; and I bid you welcome –dijo burlón, haciéndole una reverencia a Maglier, mientras le guiñaba un ojo a Muishkin.

Los dos amigos habían salido de la cabina. El joven boletero quedó refunfuñando solo, mientras todo volvía a su lugar. Ahora por donde habían venido sólo había una pared.

–Este es uno de mis lugares preferidos –continuó el Murciélago, y con un gesto abarcó las sombras que lo rodeaban–. Pensaban construir una especie de centro

comercial, es un sitio enorme. Fue uno de los últimos espacios que liberaron, porque a pesar de que ya sabían que no iban a habilitar las estaciones construidas, tenían la esperanza de habilitar este sector. Por suerte no lo hicieron. Cuando se resignaron ya las discos estaban funcionando, y este lugar quedó reservado como mi jardín secreto. Mi propio bosque encantado.

La sonrisa del Murciélago Rojo era de beatitud. Maglier lo examinó detalladamente. Por un lado se sentía aliviado. Había temido que el famoso Murciélago se les apareciera con una capucha o una capa, pero en cambio estaba vestido como un rockero más de esas bandas que se veían en televisión. Jeans gastados, remera negra con inscripción, zapatillas de lona y una mochila al hombro muy parecida a la que llevaba Muishkin. Sin embargo, por otro lado, a Maglier lo perturbaba ese aire de emperador en ojotas, esa indiferencia al frío que corría entre las columnas y que los tenía a él y a Muishkin casi tiritando.

–Pero no quiero ser grosero, me presento como corresponde –interrumpió su monólogo, al sentirse observado–. Soy Daniel, un viejo amigo de Federico. Acá todos me conocen como el Murciélago Rojo, pero usted puede llamarme como quiera.

La mano que Maglier estrechó era firme y estaba seca. Eso terminó por decidirlo. El muchacho iba a simpatizarle. Aunque los tres hombres sucios y silenciosos que lo acompañaban parecían "demasiado" confiables, y eso le daba escalofríos. Los gemelos, a este respecto, estaban de acuerdo con él, pero Maglier no podía saberlo.

–Gaspar Maglier –se presentó.

Iluminados por las linternas que llevaban "los ciegos", comenzaron a caminar entre las columnas. El Murciélago se había dado cuenta de que Muishkin no dejaba de mirarle la remera, pero no decía nada.

–¿De dónde la sacaste? –le preguntó finalmente Muishkin.

–Ah... es un secreto. –El joven monarca disfrutaba de estas cosas. La remera decía "Laura Palmer no ha muerto", y era evidente que la portaba con orgullo.– Es un reliquia, edición limitada. La conseguí junto con una de la Pequeña Orquesta Reincidentes.

Mientras Muishkin mostraba su asombro, Maglier los escuchaba con incredulidad. Estaban por meterse en algo que podía ser el mismísimo infierno, y ellos hablaban de remeras y de inscripciones. Debía ser una marca generacional que no podía entender. Él era más trágico. No podía enfrentarse a lo desconocido sin arquear las cejas y tener pensamientos definitivos.

Anduvieron un tramo más en silencio, entre el polvo que levantaban sus pasos y restos de escombros apilados en los rincones.

–Es un lugar especial. Siempre quise hacer un recital, pero no con gente. Un recital como el de Pink Floyd en las ruinas de Pompeya –el Murciélago Rojo había vuelto a ensimismarse mirando las columnas que pasaban, acariciando de vez en cuando algunos azulejos como si se tratasen de cortezas, como si pudiera sentir dentro de ellas el correr de una savia secreta–. Íbamos a hacerlo, pero entonces descubrimos la entrada... –por

un instante calló, su perenne sonrisa se deformó un poco con una mueca de amargura o de fatalidad, y luego continuó–: Cada tanto vengo, me paro frente a la entrada, incluso a veces levanto la tapa y respiro el olor de la tierra, pero no soy capaz de atravesarla...

Se habían detenido y el Murciélago señaló a uno de los costados. Maglier y Muishkin siguieron las luces de la linterna, pero solo vieron otro camino entre columnas que se cerraba en una pared. El Murciélago Rojo rió apenas.

–Nosotros, a pesar de todo el tiempo que pasábamos acá, tampoco la hubiésemos descubierto si no hubiera sido por el engendro con el que nos encontramos un día. Andaba medio arrastrándose y medio saltando, y cuando nos vio salió corriendo. Era rápido el hijo de puta. Lo seguimos, y cuando creímos que lo teníamos acorralado contra la pared, de pronto desapareció. Literalmente, se lo tragó la tierra.

Un metro antes de llegar a la pared, el Murciélago se detuvo y se puso en cuclillas. Con el puño cerrado golpeó el piso. Las baldosas se aflojaron y él fue sacándolas una a una, apilándolas ceremonialmente. Sacó ocho baldosas, hasta dejar al descubierta una losa que removió con ayuda de "los ciegos".

–Lo que más me cuesta es sacar las baldosas. Hay algo que me entristece mucho y no sé qué es. Cada vez que vengo espero que alguien las haya sacado, pero siempre están en su lugar –dijo el Murciélago, respirando el aire negro que salía del agujero negro–. Y este olor a tierra ciega... hace cosquillas de llorar, no de reír.

Se habían acercado y Muishkin tiró una piedrita hacia el fondo. La oscuridad se la tragó y no se escuchó nada, ninguna caída. Permanecieron un rato en silencio, admirando el sortilegio de esa tiniebla perfecta.

–Hay unos escalones de hierro pero hay que tener cuidado, la mayoría están flojos –dijo el Murciélago, iluminando con la linterna el primero, un hierro precario que salía de una de las paredes de barro. La luz de la linterna no llegaba mucho más allá. Después, inclinado sobre la entrada, como hablándole a la oscuridad, gritó–: El que no se escondió se jodió.

El eco remoloneó en el fondo del pozo, débil, y murió enseguida. Uno de "los ciegos", entonces, habló. Dijo que la luz viaja rápido, pero que siempre que llega la oscuridad ya está ahí. Después calló y nadie supo cuál de los tres había hablado.

20. Un patio cuadrado en un mundo redondo

Eran las diez de la noche, también, cuando Lucas Abelev se encontró frente a la puerta del almacén sin nombre en el que lo habían citado. La persiana estaba baja, y por los agujeros del óxido no salía luz alguna. La calle estaba oscura y la niebla comenzaba a espesarse por la cercanía del río. Después de que el taxi que lo había traído se marchara, nadie más había pasado por esa cuadra. Otra vez estaba en una calle de adoquines en San Telmo, en Balcarce al 1100. Abelev golpeó la persiana de metal que se sacudió como si fuera a caerse, y lo que siguió fue silencio. Antes de volver a insistir, se preguntó una vez más si no sería una trampa. La respuesta fue la misma que se había dado durante todo el día: lo era. Lo importante era estar atento para discernir su fin último, si eliminarlo entre pasadizos oscuros que no llevaban a ningún lado o depositarlo a salvo en el CentrodelaTierra. Volvió a golpear y, recién entonces, mientras el silencio volvía a ganar sobre los quejidos de la persiana, prestó atención al dibujo en aerosol que tenía frente a sus ojos. Lo tenía tan delante de él que no lo había visto. Un hombrecito azul que no sonreía ni miraba ni nada. No tenía rasgos, y podía estar tanto de frente como

de espaldas, pero Abelev sabía que estaba de frente. A eso se limitaba el hombrecito, a enfrentarlo. Estaba aceptando su intrascendente desafío cuando por fin se escucharon ruidos en el interior del almacén. Alguien, del lado de adentro, batalló un rato con la persiana. Finalmente la puerta se abrió.

–Estaba cerrado –dijo la viejita encorvada que apareció.

–Y ahora está abierto –atinó a responder Abelev.

–No, que no me entiende. Estaba cerrado. Cuando escuché los ruidos, jeje, me asusté, creí que otra vez me había olvidado de bajar la persiana. Pero no, estaba cerrado...

Después de decir esto, calló, aunque su boca siguió moviéndose. Masticaba algo la viejita, y mientras tanto su ojo derecho miraba hacia arriba y el izquierdo hacia el costado. Abelev no sabía si tenía que decir algún tipo de clave, pedir algún producto en especial o hacer algún comentario sobre la persiana que había estado cerrada. Se decidió por lo más directo.

–¿Se encuentra el señor Santolaya?

–¿Quién?

–El señor Santolaya.

La viejita tardó un rato en masticar la pregunta, en hacer con la respuesta una bolita de saliva que finalmente se tragó.

–Él me citó en esta dirección a esta hora. Es un hombre elegante, morocho...

–Ah, sí sí. Ya sé. Pero él no está.

–Sí estoy, Esther, o al menos eso es lo que me dicen mis sentidos.

La voz había salido del interior en penumbras del almacén. La viejita se dio vuelta y después de tantear las sombras con su mirada estrábica, lo descubrió.

–¡Ay, y yo que creí que no estaba! –gimió divertida. Luego encaró al visitante–: Sí está, mire usted, el señor Santolaya sí está y yo no me había dado cuenta.

–Es que cuando comés chipá y mirás la tele te olvidás de todo, Esther.

–Jeje –rió la viejita con coquetería–. Y, de algo hay que morir, ¿no?

Santolaya había salido de las sombras y se inclinó para asomarse por la puerta de la persiana.

–Buenas noches, señor Abelev, me alegro de que se haya decidido a venir.

Estaba vestido con la misma ropa de la mañana y lucía igual de impecable. Puso el mecanismo de la persiana en marcha y entre chirridos ésta se levantó lo suficiente como para que Abelev pudiera pasar. Luego Santolaya la volvió a bajar. Cerró la puerta de la persiana con un candado y la interior con llave.

Una vez que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Abelev distinguió la vieja heladera que hacía de mostrador y los estantes con mercadería. Había más espacios vacíos que productos, y una enorme caja registradora en un rincón. Todo el lugar olía a chipás calientes, y de algún sector venía la tibieza de un horno encendido. La viejita había desaparecido, pero se escuchaba su risa, proveniente de un cuarto trasero del que también venían los resplandores cambiantes de un televisor.

–Esther hace los mejores chipás del mundo, y así y todo no puedo entender cómo sobrevive con una dieta

como ésa. Alfajores y chipás. Ella dice que es por el sol. Se pasa el día, cuando el clima de esta triste ciudad se lo permite, y si no también, buscando el sol como una planta. Se para en la vereda por la mañana, como un granadero, bien frente al almacén, y se queda ahí. Sólo se mueve si entra algún cliente, lo que rara vez sucede. Después, a medida que el sol se va corriendo, ella también, hasta terminar en la esquina. Y desde ahí se viene cuando alguien decide probar suerte y ver si Esther tiene azúcar, yerba, alguna gaseosa o paquete de galletitas, y no sólo si tiene lo que busca, sino también si tiene cambio para dar. Porque si no tiene refunfuña y no te vende nada, y refunfuñando se vuelve al sol, ahí donde esté. No importa que haya grandes nubarrones grises, ella puede distinguir el más sutil matiz en su piel... Y cuando llueve se pasa el día cocinando chipás que ella misma se come para soportar la falta de sol. Porque ella toma sol para calentar los huesos para la noche. Así, dice, no tiene pesadillas.

La risa de la viejita desde la otra habitación acompañó las últimas palabras de Santolaya. Abelev, aferrado a la pequeña pistola que le había dado Maglier, había estado esperando que en cualquier momento sacara el hacha de algún lado y lo atacara, pero las cosas parecían más tortuosas que eso. El hombre más amable del mundo lo guió por la siguiente habitación, llevándose un dedo a la boca para advertirle que hiciera el menor ruido posible. Pasaron por detrás de Esther, que se reía con todo el cuerpo sentado en un sillón desvencijado. Todo estaba ahí, la cama, la cocina, el ropero, un baño detrás de un biombo apolillado. En la pantalla del tele-

visor se veía una trágica escena de telenovela, y cuanto más trágica era, más se reía Esther.

Salieron por una puerta trasera a un patio diminuto, que se extendía hacia el fondo por un pasillo angosto a la intemperie. Santolaya se ubicó detrás de la silla de ruedas y comenzó a empujar. Abelev, con el paso de las semanas, mientras esperaba que los huesos se soldaran para empezar la rehabilitación, había descubierto que empujar una silla de ruedas era toda una ciencia. No todos sabían hacerlo. Y Santolaya, por lejos, era el que mejor lo hacía.

Doblaron varias veces, pasaron junto a puertas cerradas de las que se escuchaba apenas alguna voz cansada o el chasquido musical de una radio, y frente a escaleras que subían a pequeñas habitaciones traseras colgadas del vacío, pero Abelev tenía buen sentido de la orientación. Iban siempre en la misma dirección, hacia el centro de la manzana. Zigzaguearon entre macetas y parras hundidas en patios húmedos y fríos, sortearon juguetes en el piso, desniveles de cemento y trastos viejos. Algún gato los vio pasar, algún perro invisible les ladró. Finalmente llegaron a un patio más, que no tenía salida. Un patio cuadrado, tan cuadrado que angustiaba, rodeado por altas paredes de varios pisos. El único acceso era por el que ellos habían venido. Abelev miró hacia todos lados. "Ahora es", pensó, "ahora saca el hacha y yo muero". No estaba asustado, y no porque tuviera el arma. Sabía que Santolaya tenía todas las ventajas y se daba por perdido. Lo único que le llamaba la atención era lo dócil que había sido. "Morir en un patio así de cuadrado...", se dijo. Cuando se encontraba

con geometrías tan terribles, Abelev no podía evitar descreer de la imperfecta redondez de la Tierra. Sólo en una Tierra perfectamente redonda podían ocurrir cosas como las que ocurrían en este mundo, podían existir criaturas como Esther, como Santolaya y como él mismo. Sólo dentro de una esfera perfecta podía existir un patio así. El hacha podía estar en el aire, a sus espaldas, pero él se puso a contar las baldosas: dieciséis baldosas de una pared a otra, por dos. Miró hacia el cielo, al cuadrado perfecto que coronaba el final de los edificios. Una sola estrella en un rincón traspasaba el resplandor de la ciudad. Recordó el cielo que había visto desde el techo del colectivo 86, casi en otra vida, y las palabras volvieron a llenarle la boca. ¿Llegaría a decirlas antes de que el hacha interrumpiera su visión del cielo con su filo negro y último? El cielo parecía alejarse, y Abelev comenzó a desgranar lentamente la invocación, cuando se dio cuenta. El cielo se alejaba de verdad.

–...transformen este cuerpo decadente... –llegó a decir, mientras miraba a su alrededor.

Las paredes primero se oscurecieron y después se volvieron oscuridad. El patio era una plataforma que descendía lentamente. La voz de Santolaya, a sus espaldas, le dijo algo así como "de eso se trata, mi amigo, ya lo verá". Bajaron y bajaron y cuando ya parecía que no bajarían más, lo siguieron haciendo. Un resplandor rojizo comenzó a filtrarse desde abajo. Estaban yendo hacia el CentrodelaTierra, y la visión del cuadrado de cielo sobre sus cabezas quedaba tan lejos que daba vértigo. Cuando por fin se detuvieron, estaban rodea-

dos por paredes de piedra. Delante de ellos se abría un largo pasillo iluminado apenas por luces rojas de emergencia. Tenía toda la apariencia de ser un pasillo en el corazón de un mundo redondo, un mundo muy pero muy redondo.

21. Adentro del adentro

Maglier y Muishkin nunca se pondrían de acuerdo en la cantidad de escalones que habían pisado antes de llegar al final del pozo. Los dos los contaron, pero las cifras estaban lejos de coincidir. Era como si hubieran bajado a pozos distintos. Maglier, por supuesto, era el que había bajado al pozo más profundo. Lo único cierto era que habían bajado muchos escalones, mientras el aire se volvía cada vez más frío y más negro, más difícil de respirar sin aprensiones.

–Si sienten de pronto ráfagas de aire caliente no se asusten. Es sólo aire.

Estaban en una cueva, y la voz del Murciélago resonó en la inmensidad que se abría delante de ellos.

–Creo que es por acá.

El Murciélago comenzó a caminar y el resto lo siguió. En esa caverna de dimensiones que no podían distinguir, los pasos tenían una naturaleza distinta a la que conocían, se volvían ajenos y distantes, rebotaban en las sombras y regresaban transformados en algo que a veces parecía una burla, y a veces una amenaza. Era como si, amparado por la oscuridad, alguien o algo caminase por las paredes desparejas de la cueva, imitándolos o asechándolos para saltarles encima. Pero

cuando iluminaban con las linternas no encontraban nada, salvo piedras y cavidades de barro. Y frente a una de esas cavidades se detuvieron.

–Se derrumbó...

–¿Qué cosa?

–Era por acá, había una especie de túnel, pero se derrumbó.

–¿Estás seguro?

–No, pero estoy convencido.

Si Muishkin no dudaba del convencimiento del Murciélago, Maglier tampoco. Entre todos comenzaron a palpar el barro. Podían hundir las manos con facilidad, remover las piedras sin demasiado esfuerzo. Esa pared no llevaba mucho tiempo ahí. Al principio tocaron el barro con cierto recelo, pero al rato ya estaban trabajando casi con voluptuosidad. No era desagradable, después de todo, meter las manos en esa tierra negra y húmeda. Los únicos aburridos eran los gemelos rubios, que miraban con envidia cómo trabajaban en silencio, con entusiasmo, compenetrados en ese cavar con las manos, en ese rascar el barro. Pero no sólo había envidia en su mirada, sino también una esperanza aterradora: que al final aparecieran sus cuerpos enterrados. Como si al fondo de cualquier desentierro, estuvieran ellos. Y Muishkin, que los escuchó secretear esto, pensó, con las manos metidas en la tierra, que hay que ver lo narcisistas que se ponen los muertos.

Finalmente, después de casi media hora de trabajo, la mano de uno de "los ciegos" cavó en el vacío. El "ciego" primero se desconcertó, porque había olvidado para qué estaba cavando. Después, resignado, avisó.

Entre todos ensancharon la grieta. Al iluminar con la linterna vieron un pasadizo angosto y bajo que se perdía en la oscuridad. El Murciélago sonrió.

–¿Vieron que era por acá? Como diría el filósofo: "Sólo me pierdo cuando no me he perdido aún; cuando ya estoy perdido, no me pierdo más".

A Maglier la frase le sonó más a Pepe Biondi que a un filósofo, pero no dijo nada. Lo iban a tratar de viejo choto otra vez, iba a poner en evidencia que no era muy leído. Además, estaban sus manos llenas de barro, y de pronto eso había dejado de ser aceptable. En la oscuridad que las linternas hacían retraer a duras penas, ese tierra húmeda en las manos se volvía ambigua, podía ser cualquier cosa.

Uno a uno fueron atravesando la abertura. Del otro lado el techo era bajo, y todos tuvieron que inclinar la cabeza. En fila india comenzaron a avanzar. Al principio el piso era desparejo y parecía subir. Caminaron unos cincuenta metros y la sensación cambió. Ahora bajaban. Veinte metros más adelante volvieron a sentir que subían, y después de otros veinte cada uno de los que componía el grupo creía una cosa diferente. Bajaban o subían, doblaban a la izquierda o a la derecha, avanzaban en línea recta. Pero a ninguno le importaba demasiado. Ya habían sentido, de pronto en el aire helado, varias caricias de calor. A pesar de que el Murciélago se los había advertido, todos, incluso él, se sobresaltaron una y otra vez. Pero lo más desconcertante no era eso, sino que una vez acostumbrados al olor de la tierra profunda, habían descubierto otros olores que dormitaban debajo. Olores de heladera, olores salados

que hacían pensar en el mar, olor a sábanas sucias y llenas de pliegues en una cama que ya nadie usa. Y qué incómodos se volvían esos pliegues en la nariz. Y cuántas algas transparentes había en ese mar. Y qué blandas se ponían las frutas en esa heladera.

Poco a poco, al principio sin que ninguno de los exploradores lo percibiera, el túnel fue achicándose. Pero pronto tuvieron que asumirlo y dejar de lado las distracciones olfativas. Ya no sólo tenían que inclinar la cabeza, sino también la espalda, y cada tanto se golpeaban con alguna saliente. Muishkin se las vio negras cuando empezó a sentir el impulso incontrolable de erguirse. Tenía que dejarse caer de rodillas para no golpearse, y no siempre lograba hacerlo a tiempo. Ninguno era claustrofóbico, pero, salvo el Murciélago Rojo, nadie había estado en ese lugar, así que estaban empezando a serlo. Era el lugar ideal para volverse claustrofóbico, sobre todo porque ninguno olvidaba que antes de meterse en ese pasadizo habían tenido que sortear un derrumbe. Muishkin, cansado de golpearse la cabeza, estaba por preguntar cuánto faltaba, cuando el Murciélago se detuvo. Todos respiraron con alivio pensado que por fin habían llegado, pero entonces el guía de los abismos les mostró con la linterna lo que los aguardaba. Frente a un nuevo recodo, el túnel se achicaba tanto que sólo podían avanzar gateando.

–Deben ser como unos cien metros más y listo –dijo el Murciélago.

El joven monarca había querido alentarlos, pero no estaba seguro de haberlo hecho. ¿Qué podían ser cien metros en donde estaban? Hundidos en las entrañas

del subsuelo porteño, tenían que gatear como bebés robustos e incrédulos. ¿Quién había cavado esos túneles malintencionados? ¿La criatura que no había vuelto a ver? El Murciélago nunca había podido recordar qué había sentido al hacer ese recorrido por primera vez, con sus compañeros de la banda punk. Pero sí podía recordar el recorrido inverso, solo y en la oscuridad total, todavía aturdido por los efluvios del CentrodelaTierra. Babeaba, lloraba, reía, se arrastraba. Y ahora estaba nuevamente ahí, y no le parecía cierto.

–Yo voy primero –dijo Maglier, al ver que el guía dudaba.

De a uno se arrodillaron, se metieron en el túnel dentro del túnel. Eran topos absurdos. Eran topos que veían y sobre todo imaginaban. Ya no importaba que la ciudad de Buenos Aires estuviera arriba. Ni siquiera importaba si había algo arriba, algo en alguna parte. Lo único que había era ese adentro. El intestino de un animal macizo. De rodillas, gateando, bastaba preguntarse cuál era el animal más macizo de todos para pensar en Dios. Sin saberlo, cada uno llegó a ese mismo pensamiento. Dios. Porque el problema no era todo lo que podían imaginar, sino todo lo que no podían. Avanzaban lento, sintiendo los rasguños en las rodillas y las manos, la tierra húmeda, escuchando la respiración de cada uno de sus compañeros. Querían imaginar pero no podían, y la imaginación quieta, vacía, los asfixiaba. Dios entonces era una certeza que no los reconfortaba. Todo lo que había era la conciencia de ese adentro remoto, en donde el espacio y el tiempo se volvían uno y el adentro no sólo era remoto sino también antiquísimo.

Era una palabra rara, "adentro". Gateaban y gateaban, ya no había nada adelante y nada detrás. No sólo no podían imaginar sino que tampoco podían recordar. Insectos increíbles huían ante la luz de las linternas, pero no había nada más increíble que ellos mismos ahí, adentro de ese animal macizo que de tan grande ni siquiera podía reconocerse, abarcarse con una idea porque la conciencia de su sola inmensidad lo haría colapsar. Dios no puede saber que es Dios. No había imaginación ni memoria, sólo el gatear. Y quién sabe a dónde hubiesen ido a parar sus mentes gateantes, pasando de largo por el CentrodelaTierra y haciéndolos cavar nuevos túneles intestinales como topos furiosos, si Muishkin, que era el último, no hubiese pensado en la palabra "chinchulín". Fue pensarla y decirla, desbaratar ese universo amébico que los iba devorando de a poco: "chinchulínchinchulínchinchulín". Un nuevo big bang touréttico para reestablecer el mundo. Y cada uno, con asombro, escuchó los latidos de su propio corazón. Latidos que los inundaban, que crecían, que parecían venir de afuera de ese adentro en el que estaban. Y así era. Eran los latidos rítmicos y electrónicos del CentrodelaTierra...

El túnel había llegado a su fin. Desembocaba en una habitación estrecha con una nueva escalera. Mientras subían podían sentir las vibraciones de los escalones de hierro, pequeños y pausados terremotos. Era una escalera corta esta vez. El Murciélago, que había vuelto a tomar la delantera, empujó con todo el cuerpo un pesado cuadrado de cemento que al desprenderse dejó pasar los destellos de una luz negra. Lo corrió lo suficiente como para poder deslizarse, y subió. Desde

abajo sus compañeros lo vieron terminar de correr el cuadrado de cemento. La luz negra los cegó. Uno a uno fueron subiendo y, mientras sus ojos se acostumbraban a esa luz, fueron descubriendo las dimensiones de un baño público. Compartimentos, mingitorios, azulejos, y un joven mirándose en el espejo sobre los lavatorios. El agua corría de la canilla pero el joven no parecía que fuese a usarla. Incluso no parecía que hubiera sido él quien había abierto la canilla. Permanecía de pie, frente al espejo, y ni siquiera les dirigió una mirada en el reflejo a los recién llegados. Bajo la luz negra, fue el turno de que ellos se miraran en el espejo. Los dientes y los ojos fosforecían. Estaban sucios. Se acomodaron la ropa, se sacudieron lo mejor que pudieron. Se lavaron las manos y la cara mientras el joven comenzaba à saltar sin dejar de mirarse en el espejo. El joven bailarín los ignoraba y ellos decidieron ignorarlo a él.

–Los anteojos.

A la orden del Murciélago, "los ciegos" distribuyeron anteojos negros que Maglier y Muishkin se pusieron sin preguntar. Salieron del baño. Estaban ya en el CentrodelaTierra, bajo los flashes y las palpitaciones de la música electrónica. Para Maglier todo era algo novedoso y extraño, como estar en otro planeta. Sólo que para llegar a otro planeta no había que alejarse de la Tierra sino meterse bien adentro de ella. Para Muishkin también era raro. Había estado en innumerables fiestas de ese tipo, pero en ninguna la música tenía esa gravedad envolvente e hipnótica. Retumbaba como si estuvieran adentro de una tumba. Le daban unas ganas terribles de bailar.

22. El Profesor

Abelev sabía que el miedo no era un sitio habitable. Nadie puede quedarse mucho tiempo en el miedo sin enloquecer, y él aceptó traspasarlo a medida que avanzaban por ese pasillo de luces rojas deslizándose en el silencio, como si flotaran. Santolaya empujaba la silla de ruedas y él se dejaba llevar. Después del primer recodo comenzaron a aparecer puertas a los costados. Todo era de metal, salvo el piso cubierto por una mullida alfombra de un rojo oscuro. Abelev ya había perdido la cuenta de las puertas que habían quedado atrás, cuando se detuvieron frente a una. Santolaya golpeó y esperaron. Y mientras esperaban, Abelev descubrió que del otro lado del miedo todo intoxicaba más. El aire quieto y extrañamente tibio del lugar, con olor a óxido, la curiosidad y la indiferencia por lo que se demoraba del otro lado de la puerta, el ruido arisco del hierro como un eco que tenía que conjurar. Se irguió sobre la silla y repitió los golpes que Santolaya había dado, respetando incluso la pausa entre uno y otro. Lo hizo una, dos, tres, cuatro veces, hasta que logró sacarlos de su cuerpo. Finalmente, la puerta se abrió.

–No hay nada que me ponga más impaciente que la impaciencia.

El hombre que hablaba con aire juguetón y se hacía a un lado para dejarlos pasar, era alto y viejo, sobre todo para Abelev que lo veía desde abajo. Tan alto y tan viejo como un árbol alto y viejo. Aunque tal vez simplemente era que se parecía a un árbol de dibujo animado, de esos que hablan y tienen siempre caras tristes, incluso cuando sonríen. Estaba vestido con una bata celeste y corta, un pantalón de vestir a cuadros y zapatos muy gastados de punta redonda y suela de goma. Más que a un doctor, a Abelev le recordó un farmacéutico. Era el hombre ideal a quien uno debía comprarle profilácticos.

–No era impaciencia, Profesor. Era Tourette. Éste es el caballero de quien le hablé.

–¡Ah, pero qué grata sorpresa! No lo esperaba tan pronto... –dijo, mientras cerraba la puerta y se apoyaba sobre ella para mirar a su visitante con detenimiento. Después asintió, negó, volvió a asentir y agregó–: A veces uno tiene la respuesta frente a los ojos, y no puede verla. En los años que llevo sumergido en esta búsqueda, nunca se me ocurrió pensar en el síndrome de Tourette como una variable interesante para mis investigaciones. Y acá está usted, moviendo la cabeza hacia arriba y hacia abajo, demostrándome lo ciego y torpe que he sido...

–Profesor, creo que lo primero que debería hacer es presentarse –lo interrumpió Santolaya, con esa suavidad que daba escalofríos. Pero al Profesor sus maneras no parecían inquietarlo.

–Tiene razón. Sea bienvenido ¿señor...?

–Abelev. Lucas Abelev.

–Señor Abelev, mi nombre es Lawrence. Soy el profesor Lawrence, aunque acá abajo me conocen como Profesor y allá arriba no tienen nombres para mí. Soy lo contrario del diablo, jeje, que tiene muchos nombres. Yo apenas tengo uno que casi nadie usa.

Definitivamente era un árbol alto y viejo, que ahora se inclinaba peligrosamente para saludarlo, como empujado por el viento. La mano que Abelev estrechó era seca y áspera. El hombre tenía ojos pequeños y de un azul intenso. El poco pelo que cubría su cabeza, blanco y fino, estaba peinado hacia atrás.

–De hecho –dijo inclinándose más hacia Abelev, que casi podía jurar que escuchaba un chasquido como el que hacen los árboles cuando el viento los maltrata–, usted es la primera persona ante quien me presento en mucho tiempo... –agregó, mirando por encima de su cabeza hacia una nada seguramente tan azul como sus ojos.

–Pero la ocasión lo ameritaba –comentó Santolaya desde algún lugar a sus espaldas.

Su voz sonó lejos. Abelev se dio vuelta para buscarlo, y recién entonces descubrió en qué clase de habitación se encontraba. Era una mezcla de museo natural y biblioteca. Las paredes estaban llenas de estantes con libros. Un piano en un rincón, un enorme escritorio antiguo y un par de sillas completaban el mobiliario central. Al fondo, sobre una vitrina que cubría toda la pared, había frascos de diferentes tamaños con partes del cuerpo humano y fetos flotando en el sueño perpetuo del formol. Junto a esa vitrina estaba Santolaya. En un rincón había una pequeña heladera de la que

había sacado una botella de vodka, y estaba sirviendo tres vasos.

–Acá nuestro amigo Santolaya es muy optimista. Por ejemplo, estaba convencido de que usted vendría de buen grado. Armado, pero de buen grado.

–Yo no estoy armado –dijo Abelev, y tuvo que reprimir un fuerte impulso de tantear la pistola.

–No, no lo está –confirmó Santolaya, mientras se agachaba para medir que los vasos tuvieran la misma cantidad de líquido y mostraba el revólver que le había sacado sin que se diera cuenta.

Abelev intentó tartamudear una disculpa y una explicación, pero el Profesor lo interrumpió.

–Jeje, no se asuste ni se sienta avergonzado, señor Abelev. Era natural que se mostrara precavido, y el señor Santolaya tiene artes ocultas que superan al hombre más atento.

Para confirmarlo, Santolaya sacó una moneda del bolsillo y la tiró al aire. La moneda nunca llegó a caer, se desvaneció en su camino ascendente.

–Pero antes de que piense que ha llegado a un circo, voy a explicarle, a grandes rasgos, qué es lo que hacemos en el CentrodelaTierra. Para decirlo rápido y sin ruborizarme, dejando de lado los necesarios y enojosos asuntos económicos a los que debemos responder y no le incumben, le digo que acá estamos buscando lo que yo llamo la chispa de la felicidad. El cortocircuito exacto en el que el cuerpo del ser humano llega a su plenitud y comienza a decaer. En ese instante, que en vano he intentado aislar y prolongar una y otra vez a lo largo de los años, está el secreto. ¿Cuál secreto?, me

preguntará usted. Y yo le responderé que no sé cuál es el secreto. Que si lo supiera no lo estaría buscando. Pero he descubierto muchas cosas en el camino... Verá, yo soy un convencido de que para ver, hay que descomponer las partes. El ser humano es una máquina tan perfecta, que las cosas fluyen en él, y para poder ver cómo funciona, es necesario forzarlo a mostrar sus mecanismos. Los hilos de la marioneta, los artificios que se esconden detrás de sus huesos ¿me entiende?

Abelev asintió. Estaba empezando a entender otras cosas también, el porqué de ese trato especial con él, el porqué de que el Profesor tuviera la deferencia de introducirlo en los secretos del CentrodelaTierra. Santolaya ya había repartido los vasos y brindaron en silencio. El vodka puro y helado, en el fondo de ese primer trago, tenía siempre un oculto y evasivo sabor que se asemejaba al de la sangre. Después el Profesor continuó.

–Esta idea podría ser atroz, si lo que nos interesara estuviera escondido entre los pliegues del dolor. Pero lo que nosotros buscamos está en el extremo opuesto. Nosotros queremos ver cómo funciona la felicidad, cómo se articula la alegría, cuáles son los mecanismos, las pistas que nos deja el placer para recorrer el camino hacia el punto culminante de la existencia humana. El segundo de esplendor antes de la irremediable caída. Verá, yo me considero más un filósofo que un científico. Soy humano... demasiado humano, como decía Nietzsche.

A medida que el Profesor hablaba, sus ojos se volvían más azules, más oscuros. El árbol alto y viejo daba más sombra de la que parecía capaz de dar, y cuando reía todo se oscurecía a su alrededor.

–Y no hay nada más humano que la fascinación que nos atrapa cuando los resortes de la vida se vuelven visibles. ¿Se ha detenido, alguna vez, a contemplar un atardecer? Yo he visto el atardecer del hombre una y otra vez, he visto su cuerpo deteriorarse en los más mínimos detalles. No hay espectáculo más grande que la tormenta química que se desata en el cuerpo cuando alguien es expuesto a situaciones extremas... la euforia y el desasosiego, el orgasmo y la muerte. Hormonas y más hormonas, neurotransmisores que son como guerreros fanáticos iluminados por una idea. Todo corriendo por la sangre y los nervios... Le juro, señor Abelev, que he llorado ante el paisaje de un cuerpo humano que recibe a la muerte liberando endorfinas. La primera vez pasé cinco días con sus noches anotando cada cambio, cada minúsculo avance de la descomposición. ¿Y sabe lo que descubrí? Que la descomposición era más lenta. ¿Puede comprender la maravilla de todo esto? Sí, veo que puede comprenderlo. Salteamos a la muerte y hemos podido actuar sobre ella. ¿Se imagina las cosas que podemos hacer en la vida?

El árbol volvía a inclinarse hacia Abelev, los ojos azules y frondosos del Profesor brillando de emoción, mirándolo fijo. ¿Qué extraños pájaros anidarían en esa cabeza? Cuanto más lo miraba Lawrence, más tics se despertaban en Abelev. Y la sonrisa del Profesor crecía, la corteza del árbol se abría para tragarlo.

–No sabe lo feliz que me hace observarlo, señor Abelev, contemplar el titilar de sus cejas, el temblor de su nariz, la inquietud de sus manos, los temblores de su

columna. En usted, el secreto está vivo. Habla y habla y no va a dejar de hacerlo...

El Profesor se había acercado tanto que por un momento Abelev pensó que iba a besarlo. Los tics recorrían su cuerpo descontroladamente y no podía quedarse quieto. Todos los músculos de su cuerpo saltaban y se retorcían en breves espasmos, y cuando creyó que por fin el grito iba a salir, algo nuevo surgió de su interior. Algo poderoso y único que lo hizo elevarse de la silla y saltar sobre Lawrence. Santolaya demoró sólo unos segundos en golpearlo y dejarlo inconsciente. Pero esos segundos bastaron para que sus dientes desgarraran la piel, la corteza del viejo árbol, que finalmente tan alto no era. Le había arrancado un pedazo de mejilla. Lo último que llegó a escuchar fue la risa salvaje del Profesor, festejando con la cara cubierta de sangre.

23. El CentrodelaTierra

–Dios mío –murmuró Maglier, con el corazón encogido–. Esto es enorme. ¿Cómo vamos a encontrarla?

La imagen era sobrecogedora. Cientos de almas bailando bajo la intermitencia de los flashes y los movimientos sincronizados de los lásers, saltando y gritando, los brazos levantados, las caras vueltas hacia la cúpula gótica que coronaba el lugar treinta metros más arriba. Caras pálidas, inexpresivas hasta la euforia, risas endurecidas en una mueca, cuerpos mutilados por los estallidos de luz. De a partes los intrusos iban descubriendo la fantasmagórica escena en la que se habían metido. Cada vez que el flash iluminaba la pista, un nivel más abajo en el centro de ese templo abovedado, se formaba una imagen ominosa y desconcertante. Porque esa gente que bailaba era muy diferente a la que podrían haber visto en cualquiera de las discos clandestinas del Murciélago. Eran zombies festivos, muertos vivos que bailaban en el umbral de una eternidad de música electrónica. Sus cuerpos flacos y filosos eran incapaces de detenerse.

–No se saquen los anteojos. Si cortan el flash y encienden las luces, el shock te deja inconsciente. Los

anteojos amortiguan el cambio –les advirtió el Murciélago.

–¿Pero por dónde empezamos? –insistió Maglier. Tenían que hablar a los gritos para poder escucharse.

A primera vista, el CentrodelaTierra era una megadisco como cualquier otra, con su estilo dark sobrecargado de gárgolas y demonios en bajorrelieve, sus luces negras y pantallas en las que se veían viejas imágenes de películas de terror; una catedral inmensa con sus barras que parecían confesionarios alargados e irradiaban una luz azul, y los sectores privados con sillones bajos en donde el flash no llegaba. Pero bastaba mirar no sólo a los que bailaban, sino a los que deambulaban por ahí, para notar la diferencia. Estaban absortos, eran sonámbulos sudorosos que iban y venían sin propósito alguno. Si seguían a alguien enseguida se daban cuenta de que su comportamiento se fragmentaba. Iban, pedían un trago, se acercaban a otro, y de pronto lo olvidaban todo, el trago, la conversación, y comenzaban de vuelta. Nada de lo que hacían parecía incumbirles demasiado, eran autómatas, cientos de autómatas en una coreografía enloquecida que giraba sobre sí misma sin agotarse nunca. Había parejas teniendo sexo en los rincones, extrañas criaturas de dos cabezas. El ritmo mecánico de sus cuerpos exhalaba negrura, como si fueran una máquina que generaba las sombras que los rodeaban.

–Vean ahí. De ésos tenemos que cuidarnos –dijo el Murciélago, señalando a un hombre que juntaba los vasos que los bailarines iban abandonando en cualquier lado. Estaba vestido con traje, llevaba anteojos negros

y a pesar del trabajo ingrato que hacía, era evidente que era mucho más que un simple mozo–. En general se mantienen al margen y se limitan a limpiar un poco el lugar. Sólo actúan cuando la fiesta se interrumpe.

–¿Cuando la fiesta se interrumpe?

–Por eso los anteojos. Cortan el flash y encienden reflectores. Caen todos, no queda nadie en pie salvo ellos. A los que están en los rincones les echan un gas que los duerme, y ahí entran "los doctores". Andan entre la montaña de cuerpos, seleccionan un par y se los llevan.

Mientras el Murciélago hablaba, en el crepúsculo imperturbable de su entusiasmo Maglier creyó ver un destello, el recuerdo de los cuerpos amontonados, como muertos, durmiendo un sueño artificial y profundo bajo los reflectores. Una imagen de una belleza de ensueño que ya corría por sus venas antes de que pudiera decirle que no. Una imagen que era hermana de otras que ya estaban en su sangre, en la sangre de un Maglier.

–A los otros les inyectan no sé qué sustancia, pero cuando vuelven a levantarse es como si recién llegaran a la disco después de una semana de trabajo. Tienen un hueco negro en vez de memoria. Al principio, los que son nuevos perciben atontados lo que está pasando, pero no son capaces de resistirse. Como acá todos llegan porque quieren, pronto olvidan, y después ya no hay nada que recordar.

El único que escuchaba atentamente lo que el Murciélago estaba contando, era Maglier. Los tres "ciegos" y los gemelos no dejaban de mirar el extraño mundo

que los rodeaba, el brillo perfecto de las mujeres que bailaban cerca de ellos. Muishkin, en cambio, contemplaba las altas paredes curvas del recinto. Se le habían ido las ganas de bailar desde el momento en que distinguió la primera de las figuras en aerosol. Había hombrecitos azules por todas partes refulgiendo en la penumbra, tomados de la mano dibujaban un círculo que abarcaba todo el contorno del lugar. Ellos bailaban también, una danza en ronda, infantil y siniestra, que se parecía mucho a la de su sueño. Y aunque sabía que le hablaban era imposible escucharlos, el susurro de sus voces se perdía en el estruendo de la música.

–Vamos a tener que separarnos, si no no los vamos a encontrar nunca –sugirió el Murciélago–. Yo voy con los míos, ustedes vayan juntos.

Maglier asintió. Tomó del brazo a Muishkin, que todavía contemplaba a los hombrecitos azules, y se metieron en la pista. Se avanzaba con dificultad, y pronto descubrieron que la mejor manera de moverse entre los bailarines, era bailando. No habían avanzado ni dos metros y ya estaban a los saltos. Maglier con la torpeza del desconocimiento y el peso de la edad, Muishkin con la soltura de un joven disc-jockey en la plenitud de su Tourette. Iban de un lado para otro mirando atentamente las caras de las mujeres, pero en el frenesí y el flash todas se parecían a María Huidobro. Estuvieron dando vueltas a los tumbos durante varios minutos, apretujados y a destiempo, hasta que Maglier le pidió con gestos a su compañero que salieran de ahí. Estaba exhausto.

–¿Sentiste el olor? Huelen raro. Todos huelen raro.

Maglier no podía articular palabra, pero movió la cabeza mientras se sentaba en un escalón. Era cierto. Los bailarines exhalaban un sudor extraño.

–Algo les están metiendo.

–O les están sacando. O las dos cosas.

Bajo la intermitencia del flash, a través de la penumbra de los anteojos, sus miradas lograron entenderse. Los dos estaban pensando en Abelev, en su encuentro con Santolaya y ese misterioso profesor.

–Si está acá tenemos que encontrarlo, Gaspar.

–Lo vamos a encontrar, tranquilo. Estoy seguro de que está bien.

–¿Cómo podés estar seguro?

–Porque estoy seguro, Federico.

Más que la afirmación, lo que terminó por convencer a Muishkin fue la forma en que su amigo pronunció su nombre. Maglier nunca le mentiría. Estuvo tentado en darle un abrazo pero sabía que ese gesto lo ponía muy incómodo. Lo ayudó a pararse y lo disimuló en el movimiento. Maglier se dio cuenta pero no dijo nada al respecto, prefirió volver a retomar el tema de la búsqueda.

–¿Nos volvemos a meter?

–No tenemos otra opción. A bailar se ha dicho.

Otra vez se sumergieron en el tumulto de la pista dejándose llevar por las mareas internas de los bailarines, naufragando entre los cuerpos y buscando una cara en particular. No era encontrar una aguja en un pajar sino una brizna en un agujar brillante y cegador. Caras y más caras con ojos alucinados y grandes ojeras, la piel pálida y casi transparente, los rasgos como

si saltaran de un rostro a otro, burlándose de ellos. Y ni siquiera eran capaces de distinguir si ya habían pasado por ese sector de la pista, si ante esa cara ya se habían detenido. Detrás de ellos, los gemelos, que al principio se habían mostrado recelosos, bailaban ahora enloquecidos y promiscuos, fascinados ante el desfile de hombres y mujeres que los atravesaban sin prestarles atención. Maglier ya estaba por desfallecer, cuando reconoció al Murciélago Rojo en el enjambre de cuerpos y logró agarrarlo del brazo antes de que pasara de largo. Parecía ido, como si la fiesta lo hubiese atrapado, como si el retumbar de la música se hubiese amalgamado a los latidos de su corazón, confundiéndolo. El Murciélago tardó en ubicarlo, y cuando lo hizo sonrió como sólo él sabía hacerlo. Después se acercó y le dijo al oído:

–No me reconocieron. Ni siquiera se reconocen entre ellos. Ya es tarde para los dos, ya es tarde para mí.

Maglier entonces, sobreponiéndose al raro goce que sentía ante el continuo frotarse de los cuerpos, dejó que la lucidez del asco lo guiara. A los empujones se abrió paso y arrastró al Murciélago hacia fuera de la pista. Luego buscó a Muishkin y le hizo señas para que los siguiera. Se acercaron a los sillones llevando al Murciélago a la rastra.

–Está como drogado.

–No, justamente cuando está drogado no está así.

–Pegale –dijo Maglier.

Muishkin lo miró.

–Dale, pegale un par de cachetazos. Vos tenés más confianza.

Muishkin contempló a su amigo caído y reconoció que era necesario. Pegó un primer cachetazo inseguro. Para el segundo y el tercero ya se había afirmado. Cuando pegó el cuarto el Murciélago se llevó una mano a la cara.

–Ahí está. Ya vuelve.

Pero la alegría le duró sólo unos segundos. Entre las sombras bajas de los sillones, distinguió un par de ojos que lo observaban. En ese lugar nadie miraba así. Cuando intentó descubrir de quién se trataba, la silueta se perdió en la oscuridad, moviéndose como un enorme felino. Sin embargo, Muishkin sabía que en esos ojos había algo indefectiblemente humano.

24. Variaciones en azul

Lo primero que vio al volver en sí, fueron los ojos azules del Profesor Lawrence. Los vio y creyó que se caería adentro de ellos. Afortunadamente, estaba atado a la silla de ruedas, no podía caer. Pestañeó cinco veces antes de darse cuenta de que la fortuna puede ser engañosa. Le dolía la cabeza y la base de la nuca y no sabía cuánto tiempo había pasado. Estaba atado a su propia silla en una habitación desconocida con hileras de camillas, archiveros, vitrinas con frascos monstruosos y demasiada luz blanca. Bastante más atrás del Profesor, distinguió la silueta de Santolaya que hablaba con dos hombres. Santolaya les decía algo y ellos asentían. Los hombres se fueron y de pronto el dolor de cabeza creció. La figura solitaria de Santolaya se difuminó en la luz. Sólo quedó el Profesor y el resplandor dañino de sus ojos azules.

–Despiértese, señor Abelev. Enfréntese a su destino. Tengo una pregunta para usted, ¿está en condiciones de contestarla?

Abelev asintió. Lawrence hablaba con tranquilidad, no parecía guardarle rencor por su ataque. Por un segundo pensó en pedirle una de esas pastillas rojas que tan bien le hacían cuando le dolía la cabeza. Seguro que el Profesor debía tener.

–Muy bien, señor Abelev, ésta es la pregunta. ¿Qué sintió cuando saltó sobre mi cara y me mordió? ¿Qué lo impulsó a hacer eso?

Los ojos azules del Profesor estaban cerca, muy cerca. Y lo inquietante no era que estuvieran fijos sobre los suyos sino que lo recorrían, iban de un lado a otro de su cara capturando sus temblores más ínfimos. Abelev todavía podía sentir el gusto de la sangre en la boca.

–No sé. A veces siento que si no hago una cosa algo malo va a pasar.

Sobre la mejilla del Profesor, una gasa tapaba la herida.

–¿Algo malo como qué? ¿Algo que yo pudiera hacerle?

–No. Algo malo. Nada más que eso. Lo verdaderamente malo ocurre sin que nadie se dé cuenta, pero yo lo siento venir.

–¡Maravilloso! Eso comprueba una de mis teorías. El cuerpo es tan supersticioso como el alma. O mejor, ¿dónde termina el cuerpo y empieza el alma? Porque así como me ve, yo creo en el alma humana... sólo que creo más en el cuerpo. Estoy convencido de que muchas de las cosas que se le atribuyen al alma son producto del cuerpo, que tiene mucha más conciencia de sí mismo de lo que se cree y se prolonga también en, digamos, vívidas invisibilidades carnales...

–Usted es un árbol.

La frase de Abelev dejó al Profesor sin palabras. Sus ojos se clavaron en los suyos por primera vez, como si pudiera encontrar ahí el sentido de lo que había dicho.

–¿Qué es lo que dice?

–Que usted es un árbol.

Lawrence se inclinó sobre él, acercó tanto su cara áspera y flaca que Abelev pudo sentir en su aliento los rastros del vodka.

–¿Y eso es bueno o es malo? Digamé, señor Abelev, y sea honesto: ¿me está insultando?

La mirada azul de Profesor se había oscurecido. Como si ahora mirara de más adentro y quisiera escarbar en su cabeza. Abelev sentía la presión de sus ojos metálicos, y por primera vez identificó la infinita capacidad que tenía ese hombre para elaborar el odio. Esa mirada nacía de lugares recónditos, en ese cuerpo seco había más entrañas y recovecos de los que se podía imaginar.

–Estoy esperando una respuesta, señor Abelev.

Pero él no la tenía. Aturdido por la mirada del Profesor, Abelev cerró los ojos. No quería estar en ese lugar. Convocó alguna imagen que le trajera tranquilidad, rebuscó en su pasado, en la casa de su madre, pero su mente no se detuvo ahí. Para su sorpresa volvió a vislumbrar el cielo nocturno desde el techo del colectivo 86, después de haber caído doce pisos, de haber rebotado en los cables de alta tensión y haberse rotos innumerables huesos. Y lo que escuchó lo llenó de un triste regocijo. Las había olvidado. Las voces de las mujeres sonaban alegres dentro del colectivo, era una despedida de soltera. Cantaban y él, desde el techo, creyendo que se moría, podía escucharlas con claridad. Y entonces, casi sin darse cuenta, habló, cantó. Les cantó a ellas desde esta nueva muerte pero también al Profesor.

–"*...Porque nuestro amor es azul como el mar azul...*"

–¿Qué dice?

–El amor es azul, Profesor, y usted es un árbol alto y viejo con ojos azules como el mar azul.

El Profesor estuvo a punto de perder los estribos pero se contuvo. Ese hombre ridículo en silla de ruedas se burlaba de él, lo estafaba con sus sinsentidos. Se alejó por un instante a donde estaba Santolaya, hablaron un largo rato y éste le dio una cartulina rectangular. Cuando el Profesor volvió, sonreía. Había recuperado la calma, tenía la carta necesaria para cambiar el rumbo del juego.

–Usted es un hombre difícil, señor Abelev. Es difícil seguirlo en sus pensamientos. Por eso voy a tener que acorralarlo. Digamé, ¿quién es esta chica tan simpática?

La carta que el Profesor tenía para jugar era la foto de María Huidobro que él llevaba en uno de los bolsillos de su campera. Abelev pegó un brinco en la silla y recién entonces se dio cuenta de cuán atado estaba. Había sido un error llevar la foto, pero no había sido capaz de desprenderse de ella.

–Por lo que me dice Santolaya, esta chica está con nosotros desde hace unas semanas. ¿Sabe lo que voy a hacer? –el Profesor ahora estaba disfrutando, su sonrisa era cada vez más ancha, sus ojos se habían replegado–. La voy a traer acá con nosotros... veo por su reacción que eso es lo que más quiere... y lo que más teme. Seguramente todos saldremos enriquecidos con este encuentro.

Volvió a alejarse y le dio una orden a Santolaya. Era la primera vez que lo escuchaba hablarle así, con esa autoridad absoluta que ni siquiera se molestaba en mos-

trar. Santolaya se limitó a asentir e irse. Iba a buscar a la chica en la disco. Abelev entonces pensó en Maglier y Muishkin. Ahora eran ellos los que estaban en peligro. Tenía que desatarse, tenía que encontrarlos y unirse a ellos en lo que fuera que tuviera que pasarles. Todo iba mejor si estaban los tres juntos. Recién entonces encontrarían también a María, porque ésa era la forma. Ella no tenía que aparecer ante él, sino que él tenía que aparecer ante ella. Era importante que fuera así.

–María.

–Ya viene, señor Abelev, en un rato la tendremos acá.

–No quiero que venga, sólo quería nombrarla.

Habían quedado solos en la habitación. El Profesor se sentó en una de las camillas y rió.

–Es usted un romántico, ¿sabía?

–Usted también. Sangra y no se da cuenta.

Las muecas de la risa habían abierto la herida, y a través de la gasa una mancha oscura crecía lentamente. El Profesor se palpó la cara.

–Todos sangramos, señor Abelev. Todos sangramos todo el tiempo. Es parte del encanto de nuestra naturaleza. Pero volvamos a su trabalenguas. Si el amor es azul, ¿de qué color es el odio?

–Me extraña, Profesor. Usted debería saberlo mejor que nadie. El odio también es azul.

–¿Azul como el mar azul? –le retrucó burlón Lawrence, la sangre había excedido la gasa y comenzaba a correr por su mejilla.

–El mar no es azul. Es transparente. El azul no existe.

–¿Y mis ojos de qué color son, señor Abelev?

–Sus ojos no tienen color ni fondo, Profesor. ¿No le dije que usted es un árbol? Un árbol hueco por dentro. Usted no sangra, Profesor. Recuerde que tengo el sabor en mi boca. Lo que sale de adentro suyo no le pertenece, es sangre ajena.

Lawrence abandonó la camilla y se acercó.

–Señor Abelev, ¿está insultándome otra vez?

–Chsssсshсsssshsscshssscshc –saboreó él como toda respuesta.

–Le juro que voy a disfrutar mucho experimentando con usted, palpando sus excentricidades, encontrando los resortes de su tragedia. ¿Le gusta bailar, señor Abelev? Pero no se preocupe, lo voy a cuidar. No voy a permitir que se me muera. Sería una picardía y un gran traspié para la ciencia.

–Chsssssschssschchchchchsssschchchsss...

El Profesor no era un hombre dado a los golpes, por eso cuando su palma abierta impactó contra el mentón de Abelev, el dolor fue compartido. El movimiento brusco además hizo que se desprendiera la gasa de la mejilla, y la herida quedó al descubierto.

Abelev, con la boca llena de saliva y ahora de su propia sangre, insistió.

–Chsssssschssschchchchchsssss...

Lawrence lo miró con desprecio, la mejilla mostrando el pedazo de piel que le faltaba. Abelev seguía haciendo crujir su saliva y él se limitaba a observarlo en silencio. Estuvieron así largos minutos. Bajo el zumbido blanco de los fluorescentes, había algo más azul que los ojos del Profesor, algo que era la suma de su amor y su odio. Era su insaciable curiosidad.

25. ¿Con qué danza sueñan los bailarines?

–¿Vieron eso? –Muishkin señalaba la penumbra entre los sillones más alejados, pero ya no había nada ahí.

–¿Qué cosa?

–Esos ojos, la criatura esa...

Sólo se veía una pareja enredada en las sombras, debajo de un láser que dibujaba naderías sobre sus cuerpos. Ella estaba montada sobre él, semidesnuda, una sonámbula que parecía cavar con las manos sumergida en un sueño ciego, y él dejándola hacer, quieto, perdido en algún otro sueño o aceptando el de ella. El movimiento era tan uniforme que al mirarlos sintieron vértigo, atrapados por el encanto de su monotonía.

–Era como un gato grande –insistió Muishkin, sacudiéndose la imagen de la pareja.

Mientras intentaba explicarle a Maglier lo que había visto, el Murciélago terminaba de recuperarse. Lo ayudaron a ponerse de pie.

–¿Estás bien?

El Murciélago asintió. Miraba para todos lados como si buscara algo entre los refucilos del flash, la mano aún en la mejilla con la que se había ensañado Muishkin.

–¿Dónde están mis "ciegos"?

–No sé, cuando te encontré venías solo.

–Tengo que encontrarlos. No puedo perder a nadie más acá.

–Tranquilo, los vamos a encontrar, pero no nos separemos más.

El Murciélago aceptó las palabras de Maglier. Parecía confundido, como si estuviera buscando adentro suyo ese ánimo crepuscular que habitaba en él, cegándolo e iluminándolo todo el tiempo. Maglier estaba atento ante cualquier reacción suya y vigilaba también a Muishkin, que además de ver a los gemelos ahora veía gatos gigantes en la oscuridad. Jóvenes. No podía permitir que se le desbandaran.

–Ahí están –gritó Muishkin, señalando uno de los extremos de la pista.

Los tres "ciegos" se acercaban, el Murciélago estaba por salir a su encuentro cuando Maglier lo detuvo. No venían solos. Dos de los hombres de la disco los escoltaban.

–Que no nos vean con anteojos, rápido.

Los tres se los sacaron justo a tiempo. "Los ciegos" pasaron de largo junto a ellos.

–¿Y ahora qué hacemos? ¿Los seguimos? –el Murciélago había delegado las decisiones en Maglier, pero cada vez se parecía más a sí mismo. Pronto sonreiría.

–Esperen a que se alejen un poco.

Mezclados entre los bailarines del borde de la pista, los siguieron a distancia. Los ciegos y sus captores se detuvieron junto a una de las barras. Aparecieron dos hombres más, todos vestidos con traje. Mientras deci-

dían qué hacer, uno de ellos se llevó la mano al oído y se desentendió de la conversación. Unos segundos después los otros tres hacían lo mismo. Parecían estar escuchando algo a través de un dispositivo en la oreja. Miraron sus relojes y volvieron a hablar entre ellos. Uno sacó un aerosol y les tiró a los ciegos en la cara, que al instante cayeron inconscientes al piso. Otro de los hombres los pateó con suavidad y desprecio. Eran pesos muertos.

–Hijos de puta... Tenemos que escondernos, van a prender los reflectores –reconoció de inmediato el Murciélago al ver sus movimientos.

Se volvieron a poner los anteojos y a los empujones avanzaron entre los bailarines. Pero no alcanzaron a llegar a ningún lado. La música se cortó de golpe, el flash se apagó y de pronto unos reflectores desde el techo iluminaron todo el lugar. Los bailarines comenzaron a desplomarse unos sobre otros, blancos bajo la impiedad de la luz. Era como si el color de los huesos les hubiese alcanzado la piel. El Murciélago y Muishkin atinaron a caer, a dejarse arrastrar por los bailarines que se les venían encima. Pero Maglier no. Quedó de pie, solo, mirando los cuerpos desarticulados unos sobre otros, incapaz de comprender un cuerpo entero entre la multitud de brazos y piernas, de torsos y cabezas. Mareado a pesar de los anteojos, alcanzó a presentir el movimiento de los hombres de la disco que se le acercaban. Eran tres. Sacó el revólver y disparó sin pensarlo. Los tres hombres cayeron sin siquiera emitir un quejido, y Maglier sintió que era mentira, que matar nunca era tan limpio. Pero no tuvo tiempo de pensarlo demasiado, detrás de ellos

venían más, y antes de que pudiera dispararles ya estaban sobre él. Lo golpearon y lo desarmaron, le aplicaron una descarga eléctrica con la vara de metal que usaban como arma, y lo obligaron a ponerse de rodillas. Muishkin quiso levantarse para ayudarlo pero el Murciélago lo contuvo. Maglier, adivinando lo que su amigo pensaba debajo de ese revoltijo humano, movió la cabeza en señal de negación, como en un tic. Tenía el labio partido y le sangraba la nariz.

–Ves, dice que esperes, todavía no –susurró el Murciélago, ahogado bajo el cuerpo de un bailarín que debía pesar más de cien kilos. Ahora, bajo la luz de los reflectores, las caras alcanzaban a tener edad, los cuerpos ya no irradiaban ese brillo perfecto que los había encandilado.

Uno de los hombres, más bajo que el resto pero que parecía tener alguna autoridad, habló por el micrófono que tenían cerca de sus bocas, unido al auricular. En ese momento entraron "los doctores", hombres de previsibles batas blancas que con un aparato del tamaño de una radio portátil, comenzaron a caminar entre cientos de bailarines inconscientes. El pequeño instrumento emitía una pulsación regular, como un latido. Parecían astronautas caminando por la superficie helada de una luna remota, tanteando las pieles grises y brillantes de sudor. Eran vampiros rabdomantes buscando el líquido exacto sepultado en la maraña de cuerpos. Por fin el aparato comenzó a emitir un pitido más acelerado. Se detuvieron y removieron varios cuerpos hasta que encontraron lo que buscaban. Acercaron el aparato al cuello de una mujer, y el pitido se convir-

tió en un tono monótono. La alzaron y se la llevaron. Tanto Maglier como Muishkin tardaron en reconocer a María Huidobro. Estaba más flaca que en las fotos, la luz blanca de los reflectores resbalaba sobre la palidez húmeda de su piel.

Una vez que "los doctores" desaparecieron por donde habían venido, el resto de los hombres comenzaron a preparar el lugar para poner todo en marcha otra vez. El Murciélago y Muishkin los miraron hacer desde la trinchera humana en la que estaban. Los hombres de traje separaban los cuerpos, los alineaban para inyectarles un líquido oscuro en la espalda, a la altura de la médula. No eran más de diez haciendo ese trabajo, y debía haber más de quinientos bailarines apilados. Podía llevarles el resto de la noche terminar de hacerlo, pero ahí adentro ni siquiera era de noche. Era un paisaje de pesadilla, y ellos eran quienes ejecutaban los actos mínimos que la componían. Ni siquiera se habían molestado en trasladar los cuerpos de sus compañeros muertos. Remover, ordenar, inyectar, iban y venían mudos y sin apuro. El Murciélago y Muishkin comprendieron que no podían permanecer escondidos donde estaban, que pronto tendrían que enfrentarlos.

Mientras el resto realizaba la operación, los dos que vigilaban a Maglier recibieron una orden al mismo tiempo por el auricular. Con gestos y empujones lo hicieron ponerse de pie y lo guiaron hacia la misma puerta por la que habían desaparecido "los doctores" con María Huidobro. Pero no llegaron a traspasarla. En un descuido, Maglier se volvió sobre ellos, derribó a uno con un golpe en la garganta y al otro lo atacó con

la vara eléctrica de su compañero. El guardia se sacudió un instante y luego se derrumbó. Los que estaban trabajando en la pista se detuvieron. Parecieron dudar. No habían recibido ninguna orden de interrumpir lo que estaban haciendo.

Mientras tanto, Muishkin y el Murciélago se habían liberado sigilosamente del peso de los cuerpos, y cada uno había sacado de sus mochilas lo que habían llevado para defenderse. Muishkin su gomera con una bolsa de bolitas de vidrio, el Murciélago un par de picahielos de la barra de uno de sus boliches. Todo duró menos de treinta segundos. Saltaron de su escondite con un grito de guerra y cruzaron la pista. La puntería de Muishkin derribó a tres hombres a la carrera, las bolitas estrellándose en el medio de sus frentes. El Murciélago se deslizó a los saltos entre los cuerpos de los bailarines, como si volara, y atacó a dos de los que estaban poniendo las inyecciones. Maglier se unió desde el otro lado y dejó a otros dos fuera de combate con la vara eléctrica. Esos hombres laboriosos no estaban habituados ni a los imprevistos ni a la lucha. Eran lentos y caían en silencio. Los tres que quedaban intentaron retroceder pero no llegaron muy lejos. El último de ellos fue derribado por el Murciélago, que había abandonado los picahielos en las espaldas de los anteriores y ahora le hundía en la sien una de las jeringas. Le arrancó los anteojos para verle los ojos mientras le metía lentamente el extraño líquido ámbar, pero no había dolor ni desesperación en su mirada. Sólo desconcierto.

Cuando el Murciélago Rojo se puso de pie, se encontró con la mirada impávida de Maglier y Muishkin.

Ninguno de los tres dijo nada hasta que sus respiraciones se normalizaron. Muishkin le señaló al Murciélago un lugar en la cara.

–Tenés sangre.

El Murciélago se limpió con la remera.

–No, ahí no, más abajo.

De los doce hombres sólo quedaban cuatro con vida. La vara de Maglier estaba al máximo de su potencia, les había freído el cerebro a cinco. El Murciélago había matado a tres con los picahielos y la jeringa, y Muishkin, con una de sus bolitas, a otro. Sin embargo, ninguno se sentía como si acabara de matar. No podía ser tan fácil. Los hombres habían caído sin quejarse, sin aspavientos, casi con mansedumbre. Bajo la luz de los reflectores, contemplaron los cadáveres sobre los cuerpos de los bailarines, que dormían en ese sueño imperturbable. ¿Qué estarían soñando esas quinientas almas mientras ellos mataban con la misma incredulidad con la que los otros morían? ¿Se mezclarían los sueños de unos con otros, se perderían en los miedos y los deseos desconocidos de alguien más para nunca más volver? De pie en el centro de la pista, resplandecientes como si la luz saliera de ellos mismos, Muishkin descubrió a los gemelos, que habían contemplado toda la escena. Y ellos, que estaban bien muertos, eran los únicos horrorizados ante el increíble paisaje que los rodeaba.

26. Danzad, danzad, malditos

"¿Pueden percibir la insólita poesía que hay en todo esto? El Centro de la Tierra está constituido por la materia más inestable que se puede encontrar en su superficie: seres humanos. Un corazón de carne palpitante para el planeta, hombres y mujeres que por propia voluntad lo único que hacen es bailar días enteros hasta derrumbarse y después soñar que viven."

La voz, apacible e hipnótica, venía de todas partes y ninguna, rebotaba en las paredes más alejadas del recinto donde no llegaba la luz y volvía para depositarse dócilmente sobre la pila de cuerpos como una capa de ceniza volcánica. La voz bajaba de los implacables reflectores, de los silenciosos y burlones hombrecitos azules dibujados en la cúpula, pero también se arrastraba por los rincones, entre los cuerpos de los bailarines y los sillones donde los amantes habían abandonado el hechizo del movimiento. Incluso si alguno de ellos, Maglier, Muishkin o el Murciélago, miraba los cadáveres de los guardias, la voz parecía salir también de ellos, con la misma lentitud con la que aún sangraban. Y mientras la voz hablaba diez hombres más aparecieron y los rodearon, esta vez portando armas automáticas. No parecían más peligrosos que los anteriores, ni

siquiera se los veía cómodos apuntándoles, pero esta vez ellos llevaban las de ganar.

"La vejez debería delirar y arder cuando se cierra el día,/ rabia, rabia contra la agonía de la luz..." recitó la voz, vibró un instante conmovida y luego calló. Durante unos largos segundos el silencio fue perfecto. Los guardias vivos apuntaban, los muertos se desangraban, los bailarines soñaban y Maglier, Muishkin y el Murciélago esperaban con tranquilidad oír los estampidos de los disparos. Después de todo si matar era tan fácil morir debía serlo también. Finalmente la voz agregó: "Caballeros, los invito a acompañar a nuestros guardias. Creanmé que no queremos derramar más sangre. Somos hombres de ciencia y de fe. Por favor. Los estoy esperando".

–Mirelá, señor Abelev, ¿qué es lo que ve? ¿Una mujer que sueña, o una mujer que sólo duerme? Cuidado con lo que ve, señor Abelev, porque quien contempla a una mujer dormida en el momento en que no sueña, puede quedar atrapado en el maravilloso abismo de su alma vacía. ¿Recuerda que le dije que yo creía en el alma? Así es, creo en ella, señor Abelev, creo en ella y en su subyugante vacío.

La reconoció ni bien vio entrar a los hombres que la cargaban. Pero reconocerla había sido algo descorazonador. Abelev había esperado un temblor, un tic que nacería en su estómago y lo aniquilaría para depositarlo intacto en una nueva vida donde esa mujer existiría por fin. El Profesor Lawrence tenía razón, era un romántico. Porque nada de eso había pasado. Los

hombres la habían colocado sobre una de las camillas y se habían marchado. El Profesor había empujado la silla de ruedas hasta donde estaba ella, y le había desatado los brazos y el torso mientras hablaba. Era hermosa, sí, incluso más que cómo él la había visto en las fotos que la madre les había dado. Ahí estaba, pálida bajo los fluorescentes, la piel con marcas de sudor, el delineador negro corriendo por su cara, estirando sus ojos cerrados. Pero Lucas Abelev seguía siendo el que había sido. Nada había cambiado en él.

–Muy bien, señor Abelev, no podía esperar menos de usted. Huélala, olfatéela, ¿puede sentir el aroma perfecto de sus hormonas incansables, ese perfume dulce y picante como el de las uvas chinche? Porque eso es parte de lo que hacemos acá. Ella duerme, pero sus hormonas están despiertas. Viven el insomnio del placer.

Y era cierto que olía a uvas chinche. Pero también pudo sentir, la nariz casi tocándole el cuello, el olor ácido de la transpiración. A Abelev se le llenaron los ojos de lágrimas. Le tiritaban los pulmones cada vez que inhalaba. "María", dijo con voz inaudible, "Lucas", susurró. Después pensó que sus nombres eran palabras muy extrañas.

–Aunque siempre me siento inclinado a creer en la sabiduría del azar, con pena tengo que aceptar que la realidad en ocasiones se torna mezquina. Acá no hay ninguna casualidad, y aunque no me guste ponerlo en evidencia, vamos a tener que revisarlos. Seguramente ustedes también tienen una foto de esa muchacha,

igual que nuestro amigo mutuo, el señor Abelev. Siéntanse reconfortados, porque ahora su amigo está con ella. Con ella y con el Profesor. Pero ellos tienen sus propios problemas que resolver. Lo nuestro es lo siguiente: necesito que me digan cómo llegaron hasta acá y quién los manda.

Maglier, Muishkin y el Murciélago habían sido trasladados a la habitación en la que antes había estado Abelev, con bibliotecas en las paredes y una enorme vitrina en la que se alineaban frascos de diferentes tamaños con partes del cuerpo humano y fetos en formol. Santolaya, sentado sobre el escritorio del Profesor, esperó a que sus prisioneros fueran revisados. Efectivamente tanto Maglier como Muishkin tenían las fotos de María Huidobro. Uno de los guardias se las acercó a Santolaya, que negó con la cabeza, consternado.

–Cuántos rostros para una misma persona... Deberían verla ahora, está más linda que nunca. Estar acá revela la esencia de las personas. Algunos se encogen, se opacan, se estrujan, y otros resplandecen, todo lo accesorio desaparece y sólo queda la belleza. Ese es el caso de... ¿María, no? ¿Ése es su nombre?

De los diez hombres que los habían escoltado, sólo habían quedado cuatro, el resto había vuelto a la disco a continuar el trabajo interrumpido con los bailarines. El show debía continuar. Santolaya los miró uno por uno esperando que contestaran, pero ninguno parecía dispuesto a hacerlo. Entonces se acercó a Maglier. Desde que había entrado a la habitación, ese hombre lo había mirado como hacía mucho tiempo no se atrevían a mirarlo. Mientras sus compañeros no podían dejar

de contemplar las criaturas, algunas deformes, que flotaban en los frascos a sus espaldas, Maglier tenía toda su atención puesta en él.

–Usted está convencido de que va a matarme, ¿no? –dijo Santolaya dirigiéndose a él, dedicándole una de sus sonrisas.

Luego hizo unos pases de magia con las manos y una pequeña margarita apareció de la nada. Pero Maglier no había seguido el revoloteo en el aire. Lo miraba a él y sólo a él.

–Siéntase privilegiado –le dijo Santolaya, mientras le alcanzaba la margarita–. No todos mis muertos reciben una flor.

A pesar de que podía hacerlo, de que sabía que ella no despertaría, Abelev no se atrevió a tocarla. No por un exceso de timidez, sino porque sabía que el profesor Lawrence estaba detrás de él, esperando que lo hiciera. Siguió oliéndola, y mientras sus pulmones iban adaptándose a respirarla como un aire difícil de las alturas, comenzó a analizar fríamente la situación. El Profesor y él habían quedado solos en esa sala, por lo tanto él era el único obstáculo. Siguió oliendo, y al mismo tiempo comenzó a prestar atención a los ruidos mínimos que hacía Lawrence moviéndose a sus espaldas. Los pequeños crujidos de sus zapatos, su respiración de hombre viejo, el latido de su curiosidad esperando su próximo gesto. Con la cara casi pegada al cuello de María buscó reflejos a su alrededor. Los encontró en los azulejos blancos de las paredes, en los bordes metálicos de las camillas y los armarios. El Profesor era un fantasma fragmentado

y quieto que lo observaba desde arriba. Abelev siguió oliendo, tratando ahora de no intoxicarse, de no llenarse del olor de María porque necesitaba toda su lucidez, todos sus reflejos para el momento que se acercaba. Sabía que el Profesor iba a cansarse de esperar e iba a querer intervenir. Y así fue. Los zapatos rechinaron, la respiración se alteró. Los azulejos temblaron, los bordes de las camillas se oscurecieron y luego refucilaron. El Profesor había girado para tomar una jeringa y una ampolla con un líquido oscuro y brillante. Ese era el momento que Abelev había estado esperando. Con todas sus fuerzas se lanzó marcha atrás con la silla de ruedas. El Profesor no tuvo tiempo de reaccionar. Abelev se lo llevó por delante de espaldas, chocaron contra una camilla y cayeron al piso. Todavía estaba de espaldas y podía escuchar los quejidos de Lawrence debajo de él, cuando los fluorescentes que tenía sobre su cabeza desaparecieron detrás de la mano con la jeringa que buscaba su cuello. Alcanzó a detenerla justo a tiempo. No le costó mucho doblegar la fuerza del Profesor. Hizo que soltara la jeringa y dando pequeños saltos, impulsándose con los codos, se fue dando vuelta para enfrentarlo. Ahí estaba, otra vez al alcance de sus dientes. Los ojos azules del Profesor parecían violetas por el miedo, como esos gallitos del tiempo que su madre tenía en el living de su casa y que cambiaban de color para anunciar tormenta. "Chsssssschssss." Pero esta vez no lo mordió. "Árbol caído", susurró, y sus manos le rodearon la garganta.

Maglier miró a la margarita y la margarita miró a Maglier. No le gustaban las flores, nunca le había

encontrado sentido a esa forma estridente y al mismo tiempo muda de estar en el mundo, pero esta margarita tenía algo que le resultó simpático.

–¿Pensás deshojarla para saber si ella te quiere? –dijo Muishkin, con tono burlón.

Estaba junto a él y Maglier pudo ver en el rostro del muchacho el agobio que le afilaba los rasgos, el deslumbramiento que los embellecía. No importaba que estuvieran en el fondo de los abismos, rodeados de libros y extraños especímenes que nunca habían cerrado los ojos flotando en frascos de galletitas. No importaba que nadie pudiera venir en su ayuda y que ese hombre que tenían enfrente tuviera la sonrisa de los que no conocen la piedad, mientras alrededor suyo cuatro hombres les apuntaban a las cabezas. Él había matado, y lo había hecho con una de las bolitas con las que solía jugar cuando era chico. Él era David, y Dios le hablaba al oído.

–Yo también quiero una margarita.

Y entonces Maglier tuvo un presentimiento. Pero no uno de esos presentimientos oscuros que solían abrumarlo en las madrugadas de Puerto Madero, que luego lo dejaban exhausto frente a las dársenas imperturbables. Fue un presentimiento luminoso. Más tarde no lo podría explicar, pero pudo verlo. Pudo ver a Abelev avanzando por los pasillos a gran velocidad en la silla de ruedas, con la joven María sobre su regazo como uno de los jinetes del Apocalipsis, y no pudo evitar sonreír ante la idea. Estaban tan perdidos que daba risa. Sonriendo se llevó la margarita a la boca y comenzó a masticarla.

–Ustedes me conmueven –dijo Santolaya, apenas sorprendido.

Su voz sonó más tersa y amable que nunca, mientras del interior de la campera de cuero sacaba un delgado y largo estilete.

No podía haber nada más estimulante para el Tourette de Abelev que un pasillo que no llevaba a ningún lado. Estaba en un laberinto de corredores que ya había recorrido en sentido inverso, y aunque lo había hecho estando inconsciente, no tardó en ubicarse. Tenía que dejar a María en un lugar seguro y luego buscar a sus amigos. Volvería a la biblioteca y de ahí buscaría ascender al patio por donde había bajado con Santolaya. Llevaba a la joven atravesada sobre la silla, pero a pesar de eso avanzaba con facilidad por esos pasillos alfombrados que lo hacían sentir que volaba. Sorteó curvas y dejó atrás desvíos y puertas de hierro que no eran la que buscaba. Finalmente desembocó frente a la biblioteca.

Con el envión que venía empujó la puerta justo en el momento en que Santolaya hundía el estilete. Si Maglier hubiera sabido lo que ese hombre iba a hacer, si hubiese conocido la sutileza de su crueldad, no hubiera permanecido quieto. Pero para cuando reaccionó ya era tarde, Santolaya había hundido el estilete en el pecho de Muishkin. En el camino se había desviado y los había agarrado a los dos por sorpresa. Muishkin apenas llegó a emitir un quejido antes de desplomarse; Maglier, con la margarita desbordándole la boca, intentó sostenerlo. A su vez, el Murciélago quiso atacar

a Santolaya pero los guardias lo detuvieron. Todos estaban demasiado ocupados para verlo entrar a Abelev, que se lanzó con la silla y María encima como enloquecido. En el camino agarró la botella de vodka que había quedado sobre el escritorio y la revoleó. Santolaya se atajó y eso bastó para que Maglier se pusiera de pie y lo agarrara del cuello, haciéndolo soltar el estilete.

–Suelten las armas o lo mato.

Santolaya apenas podía respirar, pero logró emitir algo parecido a una risa. Maglier apretó más y los guardias soltaron al Murciélago y le entregaron sus armas. Abelev se había acercado a Muishkin, que parpadeaba lentamente. Al reconocer a su amigo, sonrió. Sonrieron los dos, mientras Maglier apretaba la garganta de Santolaya como si por algún designio simétrico eso hiciera que los ojos de Muishkin no se cerraran. Él podía hacer eso. Si era necesario iba a apretarlo hasta matarlo y después seguiría apretando, su mano como la mandíbula de un dogo acompañándolo del otro lado de la muerte y para toda la putísima eternidad. Eso era algo que un Maglier podía hacer.

27. El triste apogeo de Federico Muishkin (rabia, rabia contra la agonía de la luz)

Lo único que le faltaba. Un hombrecito azul tatuado en el cuello de uno de los guardias. Estaban en todas partes, lo perseguían, y seguramente ahora lo habían alcanzado. El guardia estaba junto a él, en el piso. Se miraron. No parecía un matón, más bien tenía cara de meteorólogo de televisión. Tenía el pelo negro y la piel blanca, y esa mañana no se había afeitado bien. Se había querido hacer el héroe y el Murciélago, con una de las armas que les habían quitado, le había metido un tiro en la cabeza. El guardia se moría, los dos se morían. Se morían y miraban morir al otro. Muishkin intentó hacerle una mueca, un gesto de complicidad entre moribundos, pero el guardia no parecía capaz de entenderlo.

Arriba de ellos había ruidos, voces lejanas y nerviosas. ¿Qué estaba pasando? Buscó a sus compañeros que todavía lo rodeaban. Era gracioso verlos desde ahí abajo. Abelev les explicaba algo y señalaba una puerta. Maglier tenía agarrado del cuello al morocho sonriente que lo había apuñalado. ¿Lo habían apuñalado, era cierto eso? Por sobre el hombro de su amigo vio, a lo lejos, la vitrina con los frascos, y pensó que ese feto con dos cabezas le resultaba conocido, aunque no podía re-

cordar de dónde. Recorrió la habitación con la vista, y no supo si era la cantidad de libros lo que lo mareaba, o ese ardor frío que sentía en el pecho, que de repente se volvía caliente caliente y al instante siguiente lo hacía temblar. En uno de los rincones, por fin los encontró. Los había estado buscando sin saberlo, pero ahora que los veía ahí, se daba cuenta de que los había buscado temiendo que ya no estuvieran. Pero los gemelos estaban ahí, y discutían. Hablaban en voz baja, cuchichea-ban como si alguien más pudiera escucharlos. Muis-hkin iba a intentar preguntarles qué les pasaba ahora, pero sintió que lo levantaban. Era el Murciélago que lo cargaba sobre el hombro como una bolsa de papas. "¡Bolsssa de papassss!" pensó Muishkin, recordando una antigua novia a la que le gustaba que la alzara y la cargara así, para luego girar hasta que se marearan los dos. Pero el Murciélago no giró, salió por la puerta que había estado señalando Abelev, detrás de su amigo en silla de ruedas que también llevaba su carga. Último y caminando de espaldas los siguió Maglier, arrastrando del cuello a Santolaya, mientras amenazaba a los tres guardias que quedaban de pie.

El pasillo por el que marchaban estaba iluminado por luces rojas y cubierto por una mullida alfombra también roja. Ni bien vio la alfombra a Muishkin le dio sed. Le dio sed y sintió que si no la tocaba se iba a morir, no de la herida que tenía en el pecho, sino de las ganas de tocarla. Tenía que acariciar su pelambre morada, sentir en la yema de los dedos esa suavidad que le daría escalofríos, aunque ya tenía escalofríos. Gimió, se estiró para alcanzarla mientras avanzaban

por el corredor. El Murciélago entonces le dijo que aguantara, creyendo que se quejaba por el dolor en el pecho, por la sangre que se iba. Pero Muishkin sólo quería tocar la alfombra. "Es acá, ahora hay que hacer bajar la plataforma del patio." La risa de Santolaya se abrió paso entre los dedos de Maglier. "Dejalo hablar", dijo Abelev. A Muishkin las voces le llegaban mullidas, él miraba la alfombra y veía las voces. Ahora Santolaya les decía que estaban equivocados, que no saldrían al patio de San Telmo, que aunque la disco estaba quieta toda la estructura alrededor se movía, que se habían estado moviendo todo el tiempo sin saberlo. Cuando una entrada se usaba, el mecanismo se ponía en movimiento y la construcción subterránea giraba hacia la entrada siguiente, así nadie sabía por dónde se entraba o se salía cada vez, salvo ellos. "¿Y ahora a dónde vamos a salir?" La voz de Maglier le pareció extraña a Muishkin, tal vez por la alfombra, tal vez porque cuando la voz de su amigo pisaba esa superficie de ensueño, se le erizaban los pelos de la nuca. Porque así sonaba su voz, como erizada. Tenía gustos raros, Maglier. En lo único que parecían gustarle los colores era en esas chucherías por dos pesos que compraba y ponía en la repisa del departamento. Santolaya volvió a reír pero Maglier no lo dejó terminar, y Muishkin intentó imitar en vano el quejido ahogado del hombre que lo había apuñalado. ¿Qué estaban esperando? Un ruido de ultratumba vino del cuadrado donde desembocaba el pasillo. Ultratumba, pensó Muishkin: la acústica de los días por venir. Para quien estaba en una tumba, el ruido de ultratumba vendría a ser todo lo demás, cualquier

ruido de afuera, menos los pocos ruidos que pudiera hacer él ahí adentro. Otra vez la palabra "adentro". Si al menos pudiera hablar, decirle al Murciélago que lo único que quería era tocar la alfombra. Pero ya se estaban moviendo otra vez.

Una plataforma de cemento había llegado hasta el nivel del piso, y se subieron a ella. Abelev tocó los controles hasta que la plataforma volvió a ponerse en movimiento, comenzó a ascender. "Chau alfombra", intentó decir Muishkin, pero no encontraba su voz. Qué tristeza, qué tristeza tonta no haber podido tocar la alfombra. Ascendían lentamente y todo se iba poniendo más oscuro. Desde el pasillo que abandonaban les llegaron las voces de los guardias que se habían decidido a perseguirlos. Por lo que se oía eran más de tres, y uno de ellos dijo algo sobre una escalera. "¿Hay alguna otra salida cercana?", preguntó entonces Abelev. Santolaya reía, se ahogaba y reía, se burlaba de ellos en la oscuridad rojiza por la que se deslizaban hacia arriba con una lentitud desesperante. Si los guardias llegaban primero no tendrían nada que hacer. Los emboscarían con facilidad. Poco a poco el aire se iba enfriando y humedeciendo, pero aún faltaba bastante. "¿Eso es el cielo?", preguntó el Murciélago, y Muishkin, que sólo podía ver la superficie de cemento sobre la que estaban parados, logró sonreír. ¿Hacía cuánto tiempo que el Murciélago no veía el cielo? Ni él debía saberlo ya. Pero no era el cielo, era sólo la niebla. "Estamos tardando demasiado, el descenso duró menos", se quejó Abelev, y Santolaya emitió otra de sus risitas estranguladas. Ni siquiera sabían a dónde saldrían, y los guardias segu-

ramente sí. La plataforma continuaba subiendo. Ahora la luz rojiza ya no se filtraba por los bordes del suelo, la tenue claridad que les permitía adivinar las siluetas expectantes de sus compañeros venía de arriba, del cielo nocturno y cubierto de nubes que cada vez estaba más cerca, de la niebla que flotaba y comenzaba a bajar hasta ellos. Cuando sus cabezas estaban a punto de alcanzar el nivel de la superficie, Maglier y el Murciélago se agacharon, mientras Abelev sólo atinaba a revolverse en la silla con el cuerpo de María entre sus brazos. Lo primero que vieron al asomarse fue la niebla, y después, más niebla. Los guardias podían estar ya ahí, agazapados, y en cualquier momento comenzarían a disparar. Cuando la plataforma se detuvo, el silencio fue perfecto.

Esperaron un rato como si alguien fuese a aparecer para indicarles en qué lugar se encontraban. "¿Dónde estamos?", preguntó Abelev en un susurro, pero nadie contestó. Por entre los jirones de bruma, todos al mismo tiempo alcanzaron a ver el borde de cemento y, más allá, las estructuras fantasmales que se elevaban a la misma altura. Estaban sobre un cruce de autopistas, pero ninguno llegó a comunicarlo a sus compañeros. Los primeros disparos sonaron en alguna parte, cerca y lejos simultáneamente. Quedaron paralizados, sin saber para dónde correr. Cualquier dirección que eligieran podía llevarlos justo hacia donde estaban apostados los tiradores. La segunda ráfaga de disparos pasó más cerca. Los guardias habían escuchado la pregunta de Abelev, pero tampoco los veían a ellos. Se quedaron inmóviles y en silencio, como estatuas en la niebla.

Pero bastó que pensaran en el silencio y que Santolaya gimiera para que, como un eco, Abelev y Muishkin lo imitaran. Fue como si tres pájaros melancólicos dialogaran en la noche. Una nueva ráfaga de disparos pasó rasante junto a ellos, tan cerca que Maglier sintió en la cara la oleada de aire húmedo de las balas que se abrían paso en la bruma. Y se distrajo. Santolaya aprovechó que la mano sobre su cuello aflojaba para darle un codazo en la boca del estómago y desprenderse. Se zambulló en la niebla y desapareció justo cuando los guardias, guiados por el repiqueteo de sus pasos sobre el asfalto de la autopista, volvían a disparar. Esta vez Maglier alcanzó a ver el fogonazo de un arma, y a su vez abrió fuego. Un quejido siguió a su disparo. Y detrás del quejido vinieron más disparos, pero no en dirección donde estaban ellos. La niebla transportaba los ruidos de manera caprichosa y había confundido a los guardias, que ahora se disparaban entre ellos. Se escucharon varios gritos y algunas corridas, voces de hombres que pedían que dejaran de tirar. Eso les permitió guiarse. Comenzaron a alejarse en dirección contraria, Maglier cubriendo la retaguardia. Habían avanzado unos diez metros cuando el Murciélago alcanzó a ver unas sombras corpulentas moviéndose al costado. "¡Ahí!" alcanzó a gritar. El primer tiro le dio en el brazo y cayó al piso con Muishkin. El asfalto de la autopista no era la alfombra, pero su rugosidad no estaba mal, y Muishkin lo acarició. Cerca suyo Maglier disparó hacia las sombras y le dio a una, pero aparecieron más, y de pronto un jirón espeso de niebla se los tragó. Por un momento todos quedaron aislados, dete-

nidos en ese limbo blanco. Maglier se había quedado sin balas, sin rehén, y no podía ver a sus compañeros. Un par de tiros dispersos lo ubicaron. Decidido se lanzó hacia el lugar de donde venían, y casi se choca con el Murciélago que con el revólver levantado apuntaba al vacío, torpe bajo el cielo olvidado. Estuvo a punto de dispararle pero Maglier fue más rápido y lo desarmó. Cuando el Murciélago lo reconoció, temblando lo abrazó y en un sollozo le dijo al oído "¡No encuentro a Federico!". Maglier trató de tranquilizarlo, y en ese instante la niebla se abrió y volvieron a verse las siluetas de los guardias. Arrastró al Murciélago al piso y desde ahí Maglier disparó. Los guardias respondieron y no muy lejos de él apareció Abelev, quieto en su silla de ruedas, cargando todavía a María, abrazándola. Tenía los ojos y los puños cerrados, apretados con fuerza, y escuchaba pasar las balas alrededor suyo. No podían quedarse ahí. De un tirón Maglier levantó al Murciélago y se lo llevó, y al pasar junto a Abelev empujó la silla para que lo siguiera. Podían oír el avance de los guardias cada vez más cerca. "¡Federico! ¡Federico!", gritaron una y otra vez, pero la única respuesta que obtuvieron fueron más tiros. Gritaban desesperados, como si estuvieran convocando a las balas, tanteaban el piso, pero nada. Ni las balas ni Muishkin. Con la cara mojada por la niebla y ardiente de lágrimas, Maglier arrastró a sus compañeros hacia el fondo de la noche.

A menos de tres metros, Muishkin los había podido ver de a ratos desde el cemento de la autopista. Los escuchó gritar su nombre, los oyó intentar quedarse a pesar de los tiros. Y aunque supo que podía gemir, que

podía gritar y tal vez lo escucharían, prefirió no hacerlo. Los hombrecitos azules no los atraparían a ellos. Pero era difícil no gritar, no llamarlos. Era difícil, también, no nombrarlos con todo el amor que sentía. Cerró los ojos haciendo fuerza para permanecer callado, y entonces la vio a ella. Vio a la muchacha de la terraza colgando la ropa bajo el cielo gris de la mañana, bajo la llovizna y el sonido de su flauta. Y como siempre que la veía los ojos se le llenaron de lágrimas. Qué hermosa era. La nitidez de la imagen le dolía en el pecho, pero era otro dolor sobre el dolor de la herida, que ya no dolía. De pronto sintió que una mano se apoyaba sobre su frente, y abrió los ojos. Uno de cada lado, de rodillas, los gemelos lo miraban con una ternura infinita. Y por primera vez, mientras sus párpados le pesaban cada vez más, Muishkin no supo diferenciarlos.

Epílogo

Ellos dos

28. *Ring, ring*

Lo peor era que la mole de la autopista seguía ahí, como si nada, inconmovible. La primera claridad del día llegó con la llovizna y la niebla bajó y se concentró en las calles. Maglier contemplaba a través del ventanal del departamento los edificios abandonados de Constitución, las torres de algunas iglesias que el fuego había convertido en depósitos de ecos y vagabundos, y en el extremo del horizonte, las autopistas. Casi podía ubicar el lugar a donde habían abandonado a Muishkin. Porque eso era lo que sentía, que lo habían abandonado, y cada vez que esa palabra se dibujaba en su mente el pecho se le cerraba y se le abría en un desgarro como si el estilete también lo hubiese herido a él. No podía imaginarlo muerto, pero era terrible también imaginarlo vivo, en las manos de Santolaya y sus hombres. Estaba tan tenso que sentía rígida la nuca. Algo adentro suyo iba a explotar en cualquier momento. El Murciélago, después de comprobar que la herida había sido sólo un rasguño, después de maldecirse una y otra vez por haber perdido a Federico, se había ido hacia su reino de sombras. "Tengo que reunir a mis ciegos", había dicho, los ojos negros dilatados por la bronca, la tristeza y el desconcierto de estar otra vez sometido

a la luz del día. Tenían que volver. Aunque recuperar a Muishkin significara que todos tuvieran que morir, que todo tuviera que arder, volverían.

–Se mueve. Se agita. Parece que en cualquier momento se va a despertar pero no.

Abelev había acostado en su cama a María, la había arropado, le había limpiado la cara con un pañuelo húmedo y luego la había mirado dormir. Se había quedado junto a ella intentando entender qué podía tener que ver su belleza con la muerte de su amigo, cómo podía ser que esas dos cosas estuvieran relacionadas. Los hilos de la vida, la forma en que los eventos se encadenaban unos a otros, era demasiado confusa. Necesitaba un mapa de todo eso, algo que le dijera que el desenlace no era real, que no podía terminar así.

–Nos van a estar esperando –dijo Abelev, acercándose él también al ventanal–. Seguramente ya saben por dónde entramos.

Maglier tardó en responder. Tenía la cabeza llena de brillllos, y además había algo que quería abrirse paso, una sospecha que no llegaba a formularse en el aturdimiento.

–Nosotros también vamos a ir preparados.

Brillllllos y filos que no eran reales pero que sin embargo estaban delante de sus ojos, un contradictorio temblor le recorría el cuerpo para dejarlo agarrotado. No podía pensar en nada y estaba bien así. Sus músculos contraídos en algún momento se pondrían en movimiento y sabrían qué hacer. Cómo cortar, romper, quebrar, destruir. Era una herramienta, algo tan puro como eso. Era la perfecta creación de los Maglier, el

último después de siglos y generaciones. Todavía podía sentir en la mano el vacío, la ausencia de la garganta de Santolaya.

Detrás suyo Abelev reprimía las ganas de hablar, quería respetar el silencio de su amigo, pero al no decir las palabras que quería decir, la cabeza se le llenaba de frases absurdas. Sonidos sin sentido, como en un mantra, salieron por fin de su boca. Estaba inquieto. Por primera vez desde que había salido del hospital se sentía ansioso por volver a caminar. Porque ahora lo que quería era correr. Correr hasta que su cuerpo se desintegrara en la carrera. "Crashbumbumpumshrrrrrsssssss..." Él tampoco podía creer que la autopista estuviera ahí, tan como siempre, indiferente bajo la llovizna. Había que dinamitarla para que entendiera, hacerle cosquillas al cielo con sus escombros. Porque ese cielo gris e invernal también tenía que entender. Tan llena de ruidos tenía la cabeza que cuando el teléfono comenzó a sonar, no lo escuchó. Creyó que era un ruido más que salía de él. Sonó y sonó, insistente, hasta que Maglier se decidió a atenderlo.

–Hola, sí, con el señor Maglier, por favor.

Era una voz dura, autoritaria, pero que sin embargo intentaba no parecerlo. A Maglier le resultó vagamente conocida.

–Él habla.

–Mi nombre es Martín Huidobro. Usted estaba realizando un trabajo para mi señora, Guadalupe Huidobro, y quiero contratar sus servicios.

Eran cerca de las siete de la mañana pero el hombre no se disculpó por la hora. Maglier no tenía idea de lo que estaba hablando. Lo recordó paseándose por la

mansión como poseído, la mirada perdida en las penumbras, recitando versos con lúgubre fervor. ¿Contratar sus servicios? ¿A qué se refería?

–Mi mujer desapareció, señor Maglier. La secuestraron, y creo que es la misma gente que tiene a nuestra hija. Es importante que nos encontremos pronto. Pago lo que sea necesario.

Por un instante Maglier pensó en Guadalupe, la vio acostada en la cama de su hija. Eso había sido la noche anterior a la que acababan de pasar, pero la imagen tenía la misma consistencia remota que el paisaje nocturno que alcanzó a vislumbrar desde el árbol en que había intentado ahorcarse hacía más de treinta años.

–¿Y por qué no le paga a los secuestradores?

–Porque ellos no quieren dinero.

–¿Qué es lo que quieren?

–Eso es parte de lo que quiero que ustedes averigüen.

–Y si no sabe lo que quieren, cómo está seguro de que no quieren su dinero.

–Porque no son esa clase de hombres, señor Maglier. Tienen que ayudarme.

–¿Tienen?

–Usted y sus socios.

Él y sus socios. La idea lo fulminó como un rayo. Fue como si su propia mano le estrujara la garganta. Acababa de caer en la cuenta de que Muishkin se había sacrificado para salvarlo a él. Todo había ocurrido tan rápido, todo había sido tan irreal que se había olvidado por qué estaban haciendo lo que estaban haciendo. Mansiones sin luz y mayordomos absurdos, el manicomio donde Casal languidecía mientras en sus desvaríos decía más de

lo que ellos podían entender, los subterráneos y esas criaturas deformes que tanto el Murciélago como Muishkin habían visto, el CentrodelaTierra y sus fantasmagóricos bailarines, los hombrecitos azules por toda la ciudad y debajo de ella, Santolaya y ese siniestro Profesor del que hablaba Abelev, todo desencadenado por la aparición de esa mujer que ahora había desaparecido.

–Señor Maglier, le repito que es importante que nos encontremos lo antes posible.

Se había quedado perplejo. No hubiese podido responder si Abelev, que se había acercado a él al verlo tan desencajado, no le hubiese apoyado una mano sobre el brazo. Maglier miró a su amigo. Abelev le hacía gestos para que continuara, tenían que continuar, ir hasta el final.

–Tome nota –dijo, y la pasó la dirección del departamento–. Lo vamos a estar esperando.

–En una hora estoy ahí.

La conversación había terminado, pero Maglier no cortó. Se quedó con el tubo aún apoyado contra su oído, perdido en sus pensamientos. Tardó un buen rato en darse cuenta de que del otro lado no se escuchaba el tono, sino un silencio que no era silencio.

–¿Todavía está ahí?

–Sí –respondió Martín Huidobro.

–¿Quiere decirme algo más?

–No, ¿y usted?

–Tampoco.

Permanecieron unos segundos más en silencio, escuchando uno la respiración del otro. Finalmente fue Maglier el que cortó.

–¿Quién era? –preguntó Abelev.

Maglier iba a responder, pero un brillllo se le metió en los ojos, un destellllo fugaz y secreto que no estaba dentro de él. Era su bicicleta junto a la puerta del departamento, sus caños que titilaban como si fueran un eco de la noche que había quedado atrás. Pero seguía sin hablar, y si la bicicleta no hablaba, era porque aún quedaban cosas por decir, cosas por hacer. Buscó en el bolsillo su piedrita china, la sacó y la puso en la palma de la mano para que la luz gris de la mañana la iluminara. Abelev lo miró hacer y entonces la piedrita, Yorick, les dijo a los dos lo que esta vez tenía para decir. Les habló largo rato mientras el día frío y lluvioso crecía sobre la ciudad, les habló y habló, y en sus corazones el amor mostró sus más filosas certidumbres.

ÍNDICE

Bajar es lo peor 7

I. Balada del árbol del ahorcado

1. Todos los lugares son Dinamarca 15
2. Tres son muchedumbre (que no es lo mismo que multitud) 23
3. Cartografías 31
4. El abrazo de la Doncella de Hierro (genealogía I) 39
5. El ahorcado (genealogía II) 47
6. Los pies fríos del viejo Buster 55
7. No toda tiniebla tiene corazón 61
8. Nuestro nombre es Legión 71
9. Los pasajeros del arca de Noé 79

II. Dejemos hablar a la niebla

10. El Pasaje San Lorenzo 89
11. Sitcom 95
12. Un hombrecito para la casa mínima 103
13. *Kaput* 109
14. Hombres en la Luna 119

15. Dócilmente 127
16. Yegua de la noche 135
17. El hombre más amable del mundo 141
18. Vigilia 147

III. Viaje al CentrodelaTierra

19. El bosque encantado 155
20. Un patio cuadrado en un mundo redondo 163
21. Adentro del adentro 171
22. El Profesor 179
23. El CentrodelaTierra 187
24. Variaciones en azul 195
25. ¿Con qué danza sueñan los bailarines? 201
26. Danzad, danzad, malditos 209
27. El triste apogeo de Federico Muishkin (rabia, rabia contra la agonía de la luz) 219

Epílogo
Ellos dos

28. *Ring, ring* 229

Impreso en Verlap S.A.,
Comandante Spurr 653, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires.

Lo que se viene es ***Los bailarines del fin del mundo***, una novela negra de aventuras, si cabe. De aventuras más o menos fantásticas o por venir. Algo así, saludablemente inclasificable. Hay que dejarse ir, tomarse el buque imaginario y empezar a andar por arriba y por debajo de la Buenos Aires que parece que se nos viene.

Los lectores que tuvo y tiene ***El síndrome de Rasputín*** –la novela anterior de Ricardo Romero, publicada en esta misma colección– se reencontrarán con el amistoso terceto protagonista que debutó con ella: los increíbles Abelev, Muishkin y Maglier, los íntegros amigos rengos de cuerpo y alma marcados por el síndrome de Tourette, que lidian con sus síntomas mientras empujan la acción aventurera o son llevados tormentosa, solidariamente por ella hasta donde sea. De ahí, protagonizarán una aventura que transita en el sentido de los grandes relatos ejemplares: partir, cada uno con su foto, en busca de la esquiva María Huidobro es tarea asimilable al rescate de la Princesa perdida, arrebatada y llevada a los Abismos. Los muchachos se mandan hacia Abajo –a lo Verne, hacia el danzante CentrodelaTierra (sic)– y desembocan en el más puro folletín con Profesor loco incluido y tiros y experimentos y jeringas y guardias y enfermeros, pero también terminan chapoteando, antes de emerger, en la perturbadora alegoría: este horror de muertos vivos es lo que queda/quedará de la Fiesta.

Juan Sasturain